

Siringa

Memorias de un colonizador del Beni

Juan B. Coimbra

Coimbra, Juan

Siringa

230p., 12,5 x 18,5 cm.

Ministerio de Culturas y Turismo. La Paz, 2003.

1ra Edición: Editorial Cruz del Sur, Chile, 1946

De esta edición:

© Juan B. Coimbra

© Ministerio de Culturas y Turismo 2013

Depósito legal:

Equipo proyecto “Biblioteca Plurinacional”:

Fernando Barrientos, Alfonso Hinojosa,
Marco Montellano, Martín Zelaya.

Diseño de portada y diagramación: José Manuel Zuleta

Impresor: Prensa digital, Ministerio de Culturas y Turismo.
Unidad de Producción Comunicacional.

La Paz — Bolivia

Siringa

Memorias de un colonizador del Beni

Juan B. Coimbra

Índice

**PRÓLOGO. Bitácora de una expedición a
Siringa Por Emma Villazón Richter / 9**

**Prólogo a la primera edición
por Fabian Vaca Chávez / 25**

PRIMERA PARTE / Sugestión de la selva

Reenganches en Santa Cruz / 40

Lanzas y guitarras / 43

Los conquistadores / 45

Mauro / 47

Nicolás Cuéllar / 51

Carabelas / 56

El río San Miguel / 59

Los bárbaros / 62

Sur y Chilchi / 66

SEGUNDA PARTE / El gran Moxos

La tierra fabulosa / 72

Santa María Magdalena / 74

Huacaraje / 81

Los Baures / 84

Otros pueblos indígenas / 94

Los tejidos de algodón / 103

La guasca / 108

El árbol de oro / 110

La fortaleza de Beyra / 113

Las cachuelas / 119

TERCERA PARTE / El mito de la siringa

Villa Bella / 124

El caserío / 127

El padre Mamoré / 133

Cimarrones / 138

La pica / 142

Dramas del monte / 148

La variolosis / 151

El oro de Londres / 153

Fanfarrones / 156

Pero el diablo no duerme / 159

Argonautas / 163

San Antonio / 172

La fiebre / 177

Río arriba / 182

Cachuela Esperanza / 187

Orton / 192

Riberalta / 197

Otra vez en Villa Bella / 204

El Eco / 206

Vida social / 210

Oro y sangre / 214

El filibustero / 218

Epílogo / 221

Glosario / 222

PRÓLOGO

Bitácora de una expedición a Siringa

“Todo enloquecía a esa pobre humanidad dentro de aquella viripotente selva, siniestra y bella a la vez”.

Juan B. Coimbra

Por Emma Villazón Richter

1. Por los alrededores de la obra

Así como los exploradores a fines del siglo XIX hacían expediciones riesgosas a la selva amazónica en busca del caucho, del mismo modo esta lectura es una expedición, pero una que no parte en busca de algo, sino que quiere dar cuenta de una experiencia personal de relectura de *Siringa. Memorias de un colonizador del Beni* (1944)¹, de Juan Bautista Coimbra. Es una expedición en el siglo XXI a una *Siringa* de palabras.

Desde su nombre, *Siringa* evoca el auge de la explotación del caucho en la Amazonía boliviana a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Nos remonta a ese periodo en que descubierto, en el noreste del Beni, el árbol de la siringa (o *hevea brasiliensis*), del que se extrae el caucho, surge como una avalancha irresistible el sueño del desarrollo económico

¹ La edición ocupada fue publicada en La Paz en Librería Editorial G.U.M., 2010.

de la nación. Nos recuerda que esta resina similar a la leche adquirió tanto valor entonces que le decían el “árbol de oro”, y al caucho, el “oro elástico”, y que era codiciada no solo por los empresarios nacionales, sino por las potencias mundiales, como Inglaterra y Estados Unidos. Con el caucho se fabricaba desde chicles, impermeables, zapatos, hasta neumáticos para automóviles y aviones, que eran el lujo de entonces e instrumentos primordiales para la guerra. *Siringa* alude a esa historia compartida por los países amazónicos, con énfasis en la boliviana; sin embargo, no es una obra histórica ni mucho menos.

Publicada dos años después de la muerte de Coimbra, y nada menos que con fondos del presupuesto del Estado de Bolivia, gobernado por el presidente Gualberto Villarroel, se difunde a fin de dar un “homenaje a los trabajadores caucheros del Beni”, según señala el Decreto de la República que ordenaba la edición. No obstante, *Siringa*, más allá del interés que se le adjudica en su momento, es una obra doblemente valiosa, por un lado, como urdimbre literaria, y por otro, como la escritura de la memoria de un sujeto que participó en la explotación cauchera del Beni.

Es la memoria de un siringuero cruceño (Santa Cruz, 1878 — Cachuela Esperanza, Beni, 1942) que fue “combatiente en la Guerra del Acre, cauchero, explorador, fundador de periódicos en el Beni” (Mariano Baptista Gumucio)². Al concluir la guerra, el autor se convirtió, de acuerdo con Germán Vargas Martínez, a quien cita Elías Blanco en su

² Citado en Josep M. Barnadas y Juan José Coy. *Juan Bautista Coimbra. Siringa. Esquema metodológico de aproximación a la narrativa boliviana*. Cochabamba: editorial Los Amigos del Libro, 1977, p. 14.

Enciclopedia Gesta de autores de la literatura boliviana (2004), en un “profesor improvisado, poeta, compositor, guitarrista, violinista, discursador, político liberal de cepa así como bohemio empedernido y pendenciero cuando llegaba la ocasión, nómada e impenitente con su actividad intelectual y artística”. Se trata, por lo tanto, de la memoria de un joven trabajador de la siringa que más adelante fue el intelectual de su tierra.

2. *Siringa* como crónica

A primera vista, *Siringa* es el relato de un viaje que parte desde Santa Cruz de la Sierra a los siringales benianos, narrado por una voz distante, que poco a poco se revela como un “nosotros”, conformado por unos jóvenes que han sido contratados para trabajar allí como siringueros, aquellos que rasgan la corteza de la siringa para extraer el látex. El recorrido se cuenta en cuarenta y dos capítulos sucintos, que actúan como “cuadros” (término que el mismo narrador usa) o postales de viaje. En ellos se hacen presentes diversos discursos: está la voz del historiógrafo, la del costumbrista, la del geógrafo, la del poeta y la del conocedor de mitos. Sin que haya un orden predeterminado, los discursos se entretajan difuminando la aventura de los protagonistas, para dar cabida al afán principal del texto: hacer una memoria sobre la explotación del caucho en el Beni, o como el narrador caracteriza a la obra: un “libro sin pretensiones —páginas de heroísmo civil—” dictado “por la contemplación y el recuerdo” (60).

Esa declaración explícita es fundamental porque da cuerpo al texto, permite comprender que la diversidad discursiva obedece al afán de documentar una memoria sobre la Amazonía boliviana. Por ello, también el subtítulo: *Memorias de un colonizador del Beni*. (Recuérdese que “colonizador” se llama a la gente que va a establecer una “colonia” en un territorio que carece de presencia del Estado). Así, la obra pretende ubicarse como una “memoria”, es decir, como una forma literaria específica dentro del género memorístico (al que pertenecen las biografías, las autobiografías, etc.), diferenciada de la autobiografía, porque, aunque usa el “nosotros”, no se propone narrar el comienzo y la situación última de unas vidas, sino —supuestamente— los recuerdos comunes de un “nosotros” en un momento dado de sus vidas, desde la mirada de uno de ellos, Juan B. Coimbra.

Digo “supuestamente” porque en *Siringa* el relato de lo que vive ese “nosotros” no es lo central. Como ya lo han dicho JosepM. Barnadas y Juan José Coy, a contracorriente de lo que varios escritores y críticos han sostenido: *Siringa* no adquiere la forma de una novela³, pues la descripción se sobrepone a la narración. El narrador no se enfoca en urdir la trama de un nosotros, aunque dé la apariencia de que lo hace (al arrojar unos nombres, ciertos datos de sus vidas, un aparente quiebre y el final de la aventura en el

³ En el estudio *Juan Bautista Coimbra. Siringa. Esquema metodológico de aproximación a la narrativa boliviana* (1977) ambos investigadores dicen: “Efectivamente, si pasamos lista —por decirlo así— a la serie de características que parecen definir en mayor o menor medida al género novela, observamos por contraposición o contraste en qué medida **Siringa** deja de ser novela” (11).

siringal), porque la fuerza de la escritura está volcada en retratar las escenas capitales de esa trama mayor que fue la explotación del caucho. Trama que se podría sintetizar con algunos capítulos del libro, como: “Reenganches en Santa Cruz” – “Los conquistadores” – “La tierra fabulosa” – “Las cachuelas” – “La pica” – “Río arriba” (o la desilusión del trabajo) y “Oro y sangre” (o la Guerra del Acre), en la que participan los personajes propios de esa trama histórica: siringueros, enganchadores, capataces, fleteros, vaderos, los decentes (o los dueños de la siringa).

Por ello, se puede leer a *Siringa* como la crónica de un viaje cuyo principal objetivo es dejar un testimonio sobre la explotación del caucho, no así sobre unas individualidades. Valga la insistencia: el ojo de Coimbra no está puesto en la intimidad de unas personas, sino en el relato mayor del acontecimiento que afecta a una región. Por eso, la obra alcanza sus momentos más altos en esos grandes “cuadros” de la explotación cauchera, cuadros cargados de intensa plasticidad y poesía, como los de un muralista.

3. ¿Qué memoria?: La gesta cauchera o la reiteración del sueño colonial

Sobre los textos del género memorístico, es oportuno recordar que hasta la autobiografía más pródiga en datos veraces, desde el momento en que se escribe, construye un cuerpo textual relativamente autónomo, no un reflejo de una realidad. Esto quiere decir que cualquier forma de escribir una “memoria” implica un “hacer memoria”, en

el sentido de recordar, pero también en el de “construir”, de “inventar”. En este sentido, sobre un acontecimiento es imposible afirmar la existencia de un único relato, sino que habrá varios, dependiendo de lo que cada sujeto recuerde, edite, calle, invente. Es así que una memoria, como *Siringa*, está relacionada con un hacer literario.

Pero ¿qué memoria se construye en *Siringa*? En primer lugar, la de un narrador en primera persona del plural que representa la mirada de unos jóvenes humildes que cuenta el éxodo de los cruceños a los siringales, y desea subrayar como importante la participación de Santa Cruz en la empresa gomífera. Nótese en este párrafo las virtudes que destaca en los cruceños que son seducidos por el trabajo en los siringales, y el linaje que les adjudica:

“Hombres dotados de coraje y penetración y sobre todo de ambiciones: hombres en cuyas venas si se había dormido, no perdió jamás su impulso la sangre celtíbera, reaccionaron como era de esperar. Y estimulados por los nuevos ricos, por esos gomeros que andaban con la fábula a flor de labio y su fama bien ganada de “hombres”, se aprestaron lo mejor posible para marchar rumbo a lo desconocido” (22).

En el capítulo siguiente, el narrador usa el término “conquistadores” para calificar a esos trabajadores, en clara alusión a los conquistadores españoles. A través de esta metáfora, se podría leer a la explotación cauchera como una reedición del sueño de la conquista colonial, pues el territorio amazónico vuelve a estar en la mira de

exploradores y comerciantes, que desean aprovechar sus recursos. Pero los cruceños no son los únicos participantes de esa empresa, también están los paceños y los extranjeros:

“Este movimiento [...] interesó también a muchos paceños que pronto rompieron lanzas poniendo en alto su espíritu valeroso”. (27)

“Y también concurrieron al Beni [...] sabios y aventureros oriundos de otros pueblos” (ibídem).

Como se ve, a todos estos personajes se les atribuye la figura de héroes: son ambiciosos y valientes, nuevos conquistadores republicanos, “sabios y aventureros” (27), que apuestan por seguir el camino de “lo desconocido”, que es la selva, a fin de llevar el progreso. Entre estos héroes también están los “vaderos” y “fleteros”, los hombres que cruzaban a la gente por el río; a los primeros, Coimbra los llama poéticamente “los domadores del vórtice bravío” (32), y a los otros, “argonautas” (119). Pero, además, menciona con nombres y apellidos a los potentados, a esos hombres de negocios y cultura que financian las expediciones, ilustres “por su capacidad intelectual” y apreciados “por sus cualidades de nobleza y generosidad”, de “espíritu inquieto y emprendedor” (29), que se constituirán más adelante en los barones del caucho.

Este tono épico en la descripción del movimiento cauchero, que se autojustifica por la peligrosidad y barbarie que ofrece la selva, nos muestra cómo la memoria de Juan B. Coimbra se inscribe dentro del relato de la “gesta

cauchera”. Es decir, *Siringa* forma parte de un discurso nacional que germinó a fines del siglo XIX y que narró la explotación del caucho como una epopeya colectiva, en la que unos bravos ciudadanos llevaron la civilización a la selva, en beneficio del emergente negocio comercial para la patria, y de la necesaria colonización de esa parte de la frontera. Indudablemente la intención de tal discurso era animar a la ciudadanía a ir hacia la conquista de ese “Dorado Fantasma”, que, dadas las precarias condiciones en caminos y tecnología, implicaba ciertamente una gran aventura; pero a la vez también significaba aprobar de manera silenciosa el abusivo régimen de trabajo impuesto a los siringueros y el ataque a los indígenas de la zona, que se requería para entrar a esas tierras.

De este modo, el discurso de la gesta cauchera está vinculado con la idea de “hacer Patria”, pues se da, como dice Ana Pizarro en *Amazonía. El río tiene voces* (2009), en “un espacio en donde las fronteras están siendo demarcadas y en un momento de tensiones políticas con los países limítrofes” (120); por lo tanto, constituye un discurso no solo boliviano, sino uno que aparece en todos los países de la región amazónica. Resulta interesante comprobar por ejemplo cómo, en Brasil, a los partícipes del movimiento cauchero no les decían “conquistadores”, sino su equivalente dentro de la historia colonial brasileña: “*aqueles valerosos bandeirantes amazônidas*”, que llevaban a cabo la “*obra de um brasileiro útil [à] Pátria*” (Mario Diogo Melo, p. 135)⁴.

⁴ La obra es *Do sertão cearense às barracas do Acre*, y el texto está citado en Ana Pizarro. *Amazonía. El río tiene voces*. Santiago: Fondo de Cultura Económica Chile, 2009, p. 121.

Entendido así el discurso de la epopeya, manifestaba un rasgo más, importante de destacar. El discurso épico, al exaltar las escenas de valor de los siringueros, tendió a ser evasivo o reticente a la hora de contar los sucesos que equivaldrían a la historia del talón de Aquiles para los griegos, por no decir el lado oscuro de los héroes. Esto se observa especialmente en Coimbra cuando se pronuncia sobre el reenganche, o el reclutamiento que se hacía en Santa Cruz para llevar gente a los siringales:

“No hay para qué detenerse en patentizar el desenvolvimiento de los reenganches que por los métodos fraudulentos e ignominiosos que emplearon algunos agentes [...]. Se reclutaba hasta entre los párvulos y se robaba los sirvientes [...] Y no queremos describir tales cuadros, pues comprendemos que semejantes fenómenos sociales han ocurrido siempre” (25).

Se podría deducir que Coimbra no está dispuesto a hacer una obra de denuncia. Su interés es recalcar la valentía del sujeto boliviano enfrentado a “esa viripotente selva, siniestra y bella a la vez” (123), y no profundizar en los sujetos envilecidos por el poder y la riqueza, puesto que quizás aquello mancharía la epopeya. Aun así, en ciertos capítulos, su carácter de cronista le exige señalar la violencia que hubo en el espacio laboral de la extracción del caucho:

“Los agentes de la Colonia implantaron el castigo con azotes a nalga pelada, imponiéndolo a los nativos

que cometían faltas graves. Era un medio riguroso de establecer disciplina, propio de aquellos tiempos inquisitoriales” (74).

Es innegable el valor del dato, pero llama la atención que cuando se indican estas acciones los responsables resulten anónimos, y el narrador, en vez de denunciar la investidura de esos sujetos, que parecían gobernar como representantes de señores feudales, tiende a justificar su comportamiento. Al defender la “guasca”, arguye que los empleados la requerían como corrección, porque “los mozos y sirvientes del servicio doméstico no hacían ya caso de amonestaciones verbales [...] siempre requerían de algo contundente y sonoro, como eran los cimbrones” (75).

Con ese mismo tono, nos enteramos que al instalarse el “imperio de la mala fe”, a través de los especuladores, los reenganches de sirringueros se convirtieron en un “comercio de negrería” (23), es decir, se comerciaba con trabajadores de la misma manera que se hizo en tiempos de la colonia con los esclavos. Y la forma en que los sirringueros salían de este régimen laboral era a través de la cimarronería, es decir de la fuga, lo cual muestra que en la epopeya de Coimbra estaban los valientes sirringueros que se embarcaron en la travesía voluntariamente, y también los que fueron como prisioneros.

Justamente es curioso que los protagonistas de *Siringa* huyan de Villa Bella, debido a que llegan a la conclusión de que la fábula del caucho no les dio lo soñado: “ninguno se había vuelto rico y más bien faltaban varios” (135). Tal

relato pareciera contener una elipsis, porque nunca se llega a conocer a cabalidad las condiciones laborales de los jóvenes (cuánto ganaron, cuánto trabajaron), solo que de un momento a otro huyen porque se resisten al nuevo patrón y al trabajo. El silencio en esa parte de la historia lleva a imaginar la situación laboral de los sirringueros, cuál sería el sueldo del jornal, o con qué se les pagaba. Frente a esa elisión, el/la lector/a posee un cuadro poético y vivo en detalles sobre la “pica”, el trabajo de herir a la siringa para que derrame el látex; cuadro que podría ayudar a imaginar la jornada del sirringuero:

“Trabajo de negro era esto de ‘picar’. No se tenía domingos; es más no se conocía el día que se estaba viviendo. El tiempo era una sucesión de soles y lunas, de estaciones secas y lluviosas” (101).

“Y peleando a palmadas con los mosquitos, rayado el [árbol] ‘principal’ [...]. Agredido [el sirringuero] por las cortaderas dispuestas sobre la senda, cortaderas que le arrancaban la ropa —la poca ropa— que se le prendían y enredaban tironeándole, se defendía igual que el tigre: de un solo tajo” (102).

En este cuadro se observa a un sirringuero cualquiera, sin nombre propio; simplemente es el sirringuero cuyo trabajo monótono y sin grandes remuneraciones le hace perder la cuenta de los días.

En este sentido, quizás, en lugar de la denuncia, en *Siringa* está presente la tragedia, entendida como ese “sentimiento

fatalista de la vida” (133) de los siringueros y fleteros de fuerza hercúlea que remaban contra cachuelas desafiando a la naturaleza, por el sueño de la riqueza. La tragedia está en el atrevimiento de esos hombres que se lanzan a la siempre vertiginosa selva, y caen en su mayoría presos de ella, pero también está en el trabajo duro del siringal y en la irrefrenable caída en una guerra por el Acre. Son esos hechos, contados desde una mirada trágica o fatalista, los que ayudan a narrar la epopeya, pues cuando, en vez de la demanda, se sobrepone la aceptación de unas circunstancias hostiles y naturales solo queda realizar la hazaña memorable y lanzarse al abismo. Por ello, en esta aceptación de las circunstancias cumple una función vital la concepción de la selva como espacio amenazador, como lugar de caos, delirio y barbarie. Se podría decir que la fatalidad se da cuando los siringueros se lanzan a ese espacio devorador, y que la epopeya surge cuando lo hacen por la patria.

Incluida en esta relación de fatalidad y epopeya se halla también la alusión a la “valentía”, sin la cual “ellos” no pueden realizar la aventura (porque vale decir que la epopeya no es un asunto de mujeres, los únicos héroes son los hombres; ellas están como cocineras, compañeras). La “valentía” es necesaria en este discurso, comprendida como esa cualidad de fuerza meramente masculina, instalada desde la antigüedad en Occidente a favor del sexo masculino. Al pedírsela a estos hombres, se los pone a prueba como tales. No es casualidad que en *Siringa* la frase “Nadie muere en la víspera” sea recurrente como un amuleto para dar ánimo. Valga este párrafo para observar cómo el discurso de la epopeya cauchera adquiere el cariz

de tragedia nacional, y para evidenciar la necesidad de afirmar la valentía:

“Cada embarcación, doce tripulantes con dos proeros y el piloto. Cuatro rifles de a 25 balas cada uno. Delantero para escoger las paradas e indicar los pasos, tenía que ir don Ascencio que, a la hora de partir, siempre pagaba la banda, obsequiaba a los peones con aguardientes y desplegabla sobre su camarote la bandera nacional, dando valor a sus hombres:

—¡Tchi! Cuidado con tener miedo: lo que tiene que suceder, sucede nomás” (120).

Desde esta perspectiva, al igual que las famosas obras de la selva amazónica que incorporan el binomio civilización/barbarie, como *La vorágine*, de José Eustasio Rivera o *Los sertones*, de Euclides da Acuhna, *Siringa* también se mueve bajo esta dicotomía del siglo XIX. La civilización está figurada en el movimiento cauchero que proveerá el progreso a la nación a través del comercio, y la barbarie está representada en el espacio amazónico, con su territorio y sus moradores. Vale decir que sobre estos habitantes, el narrador de *Siringa*, fiel al lente de su época, distingue entre dos indígenas: aquel que al ser asimilado es un apoyo a la conquista cauchera, como los guarayos, y por otro lado, los salvajes, “vagabundos, peligrosos”, “belicosos y sanguinarios”, que viven en el monte y son traicioneros porque esconden el rostro, como los sirionoses, yanaíguas y chapacuras (34).

Aunque hay que añadir que esta mirada no está libre de tensión, pues en otra parte del texto el narrador pareciera cuestionar el elogio a la civilización que encumbra la gesta cauchera, esa modernidad que se instala como el máximo bien para la sociedad, pero que excluye al indio de su programa:

“Y esos eran los días en que las niñas se bautizaban con nombres de encantamiento (Lauras, Brunildas, Eloísas...) en tanto que los hombres, irónicamente se llamaban Zoilos o Celestinos... Esos eran por días de Strauss con ‘vino, mujeres y música’. Eran los días de Chocano y de Darío [...] vale decir, los días de la verba frondosa, de los lagos azules y las duquesas...

¡Nadie pensaba en el indio en el pobre indio emplumado o en ese otro del rancho de motacú!” (148).

4. La prosa de los cuadros

De manera similar a *Los sertones* de Euclides da Cunha, el registro del lenguaje es variado, este informa (sobre localidades, poblaciones, costumbres, etc.), genera reflexión (al comparar determinadas situaciones pasadas con las actuales) y produce un goce a través del lenguaje. La prosa de los cuadros es concisa, tiene la precisión del cronista agudo, que conoce el espacio siringuero del que habla; nos enseña que la “tichela” es la vasija donde se recoge el caucho, y el “buyón”, el hornillo donde se calienta el látex de la tichela, entre otros varios términos. Reproduce la variante regional amazónica boliviana: entre los hombres

hay manechis, ambaihos, macororó, guayabos; palabras que, como sonajeros, resuenan a la fauna y flora de la selva. Y a la vez demuestra el carácter de frontera del espacio al que refiere, pues la prosa incluye portuguesismos como “*fregueses*”, “*machediños*”, “*apavorar*”.

Pero, además de revelar un mundo, el lenguaje alcanza una altura poética cuando el narrador registra con efusividad la fuerza de los héroes enfrentados a la adversidad de la “viripotente” selva con sus ríos rebosantes de belleza y misterio. En especial, esto se ve en los capítulos “El río San Miguel”, “Las cachuelas”, “El Padre Mamoré” y “La pica”. Digno de destacar es este pasaje de “Las cachuelas”:

“Encomendados a todos los santos y con mucho de ese coraje fatalista de los ‘voluntarios de la muerte’ nos lanzamos por fin a la canal. Estábamos como en medio de un mar salido de madre por algún capricho sísmico. Las olas se alzaban contra nosotros como manada de tigres, de las cuales nos defendíamos a tajo de remos como si fueran cuchillos...

Nuestras embarcaciones se deslizaron en vilo a la velocidad del relámpago... (85)”.

Así, emparentada con los célebres relatos amazónicos ya citados, *Siringa* puede leerse como un relato que sigue el discurso de la epopeya cauchera desarrollado por la élite política y económica de la nación, con un claro deseo

de adhesión al proyecto civilizador, pero que a la vez no oculta enteramente la violencia y la desilusión que dejó este segundo intento de conquista. Es una memoria valiosa para leer hoy a la Amazonía, para recordar sus mitos, para paladear su lenguaje, para comprenderla como una región que desborda las fronteras, y que sigue siendo, al parecer, como dice Coimbra de Moxos: una “tierra siempre en fuga” (56), inconquistable.

Prólogo a la primera edición

Siringa es el nombre que los pobladores de la hoya amazónica dan al árbol del caucho. Durante medio siglo este vocablo fue una voz mágica que sonaba a libras esterlinas y sabía a derroche, a poderío, a fastuosidad, a influencia política y social. La siringa dominaba corazones y conciencias, era la impunidad, el libertinaje y la audacia. Ante ella enmudecían los códigos y se doblaban las autoridades, como dominadas por un sortilegio. En ese *far west* de Bolivia —que era el imperio de la goma— encerrado en el cuadrilátero de aquellas grandes arterias fluviales del Beni, el Madre de Dios, el Acre y el Madera, se ha dicho más de una vez que solo regía el artículo 44, osea el calibre de la carabina *Winchester*.

Poblaciones enteras sucumbieron tragadas por la vorágine de la selva gumiífera. Primero Mojos, después Chiquitos y Cordillera, por último Santa Cruz de la Sierra, pagaron su tributo a este Moloc moderno que el árbol de la goma. Numerosas e incesantes caravanas de aventureros cruceños cruzaron el ancho territorio de Mojos, rumbo a la región del “oro negro”, en la que, según la conseja popular, se improvisaban fortunas de la noche a la mañana.

El dinero de los grandes potentados de la siringa corría a raudales por las calles de Santa Cruz de la Sierra, en forma de anticipos y habilitaciones, para sustituir a los obreros desaparecidos. Las bandas de música no cesaban de sonar en las casas de enganche, en tanto que, en las cantinas de toda especie se consumía la cerveza y los licores con que los fastuosos agentes se entregaban a la casa de peones, la mayoría de los cuales no volvió a ver el suelo nativo. Hasta hace poco se leía aún en una de las casas de los extramuros de Santa Cruz este letrero:

“*Calle del Beni, por donde se va y no se vuelve*”.

El éxodo aquel, que tanto preocupara a las autoridades cruceñas, comprendía no solo al elemento trabajador, sino a todas las clases sociales de Santa Cruz: abogados, comerciantes, agricultores, universitarios, todos corrían hacia la siringa, como atraídos por una fuerza irresistible. Muchos jóvenes abandonaron sus estudios, decididos a probar fortuna en las selvas del Noroeste, convertidas en un país de leyenda. Entre estos últimos partió al Beni, en 1896, Juan B. Coimbra, apenas obtenido el título de bachiller.

Coimbra recorrió y conoció de este modo el país de la goma. Entró por Guarayos a la provincia de Iténez, que era como la antesala del imperio del caucho, e hizo, en batelones a remo, la travesía de las cachuelas del Mamoré y del Madera, la más grande de las proezas. Llegado a

Riberalta, la capital surgida como un milagro del caucho, buscó ocupación. Él mismo relata la escena.

—*¿Cuál es su oficio?* —*le pregunta un industrial.*
—*Soy tipógrafo* —*responde modestamente.*

Infelizmente, la imprenta de la delegación —la única que existía entonces — tenía completo su personal de cajistas. Tuvo que optar, mientras tanto, por el cargo de oficial de sastrería. Pero bien pronto en Villa Bella —tierra de fleteros y asiento de la principal aduana de la goma — se instala una nueva tipografía. Hacia allá vuela Coimbra para ser primero cajista y luego redactor de *El Eco del Beni*.

De esta manera comenzó la vida periodística de Juan B. Coimbra. Pocos años después, pasada la guerra del Acre, encontramos a nuestro hombre en Baures, dueño de una imprenta y dirigiendo y redactando *El Porvenir*, pequeño semanario que sostuvo durante treinta y siete años. Coimbra se convierte así en el árbitro de Iténez. Él escribe, compone e imprime su periódico, escribe versos, asesora a las autoridades, levanta caudillos y hace elecciones. Él mismo ejerce la subprefectura en varias oportunidades, es el orador, el cerebro y el mejor agente político en aquella dilatada provincia.

Fruto de su labor intelectual y de sus recuerdos son este libro, una colección de poesías —*Selváticas* — y la obra *Mojos*, que su muerte, acaecida hace poco, dejó trunca. Para los que le conocimos y le apreciamos de cerca, *Siringa* ha

sido una sorpresa y una revelación. En ella palpita, mejor que en ningún otro libro, el alma y la vida de aquel mundo aparte que es la tierra del árbol de la goma. Es el Beni y el Noroeste de hace cuarenta años, con todas sus grandezas, todo su heroísmo, toda su barbarie y su magnificencia salvaje.

En las escenas que relata no hay ápice de fantasía. Él es el pintor y el autor, o cuando menos el testigo, de todo cuanto describe. En este punto *Siringa* supera a *La Vorágine*, de José Eustasio Rivera y a *Canaima* de Rómulo Gallegos. Los protagonistas que pinta son de carne y hueso y figuran con sus propios nombres. No podemos resistir a la tentación de copiar uno de esos pasajes. Hablando de los “dramas del monte” apunta lo siguiente:

“Don Nicanor Vaca —aguileño, orejudo, con un gran quirichi en la mejilla — era uno de esos viejos fregueses de la casa Seiler. Vivía con su familia metido en el remoto extremo del Madre de Dios. Casi nunca veía a su mujer. Salido a la madrugada sin otros compañeros que su Collins (machete) y su barcino (perro de pobre, uno de esos perros flacos que a los gritos del amo se levantan despavoridos de entre la ceniza), volvía de noche muy cansado y se metía en el mosquitero. Pero a su mujer, cada año, infaliblemente le daba un hijo. Así nacieron Elías, Primitivo, Genoveva, Nicéforo, Tristán, Zósima y Estefa. Cada cuatro años que iba al pueblo, bautizaba cuatro “changos”. Cuando vinieron los tres últimos — Rosendo, Dionisia y Anselmo — ya Genoveva estaba maltona, con su imponente mocedad acentuada por los

ejercicios del tacú. La madre murió de un nuevo parto —el undécimo — y Elías y Primitivo tuvieron que ir a Villa Bella, dejando solo al viejo con los menores, en medio del monte. Justo, al cabo del siguiente año, don Nicanor tuvo otro hijo. La madre era Genoveva.

Coimbra es a la vez, un paisajista y un retratista, un historiador y un sociólogo de una exactitud y una originalidad extraordinaria. Tomamos al acaso una de sus siluetas:

“Un condestable criollo era don Arístides Antelo. La gente lo sabía excéntrico y gruñón. Presumía —y no sin muchísima razón — que, de todo el pueblo, era únicamente en su mesa que se presentaban con mejor gusto las comidas. Se pavoneaba del esmero con que regalaba a sus invitados, en ademán de crítica a las costumbres de los demás, antes que por ostentación. Las bebidas que consumía eran de lo más calificado que podía conocerse y, en lo que a su persona se refería, no había quién llevara lo que él usaba ni quien pisara donde él pisaba; era único —en su propio concepto — en la selección de las cosas. Hacía confeccionar sus trajes de diario con telas que encargaba de ultramar, finísimos linos flexibles y claros casimires ingleses. Para diferenciarse de “los otros” no llevaba el reloj con la cadena de oro pendiente de bolsillo a bolsillo, sobre el chaleco: lo ajustaba en el ojal de la solapa y lo introducía en el bolsillo izquierdo del vestón. En su mano derecha, un regio topacio solitario. Durante las ceremonias oficiales o religiosas —eso sí — no podía

prescindir de la levita y la chistera, reluciente como los cirios en la procesión del viernes santo, y de todo carácter en las recepciones del 6 de agosto o en los bailes de la Purísima Concepción, patrona del pueblo. De cara, era un hidalgo español. Nariz de conquistador, frente amplia, una barba espesa y bien cuidada, un tanto canosa, y la nota característica: el birrete. Era algo así como una pequeña gorra vasca, pero con borla y bordada de perlas, regalo de familia, como él decía. Grande figura la de este viejo. Muchas veces lo hemos encontrado, posteriormente, en las páginas de Valle Inclán”.

Y ahí va una nota de geógrafo y de historiador:

“El río San Miguel es el de más largo curso en la hidrografía nacional y puede decirse que es la arteria sustancial del suelo boliviano. Nace en el departamento de Chuquisaca, recorre la provincia Cordillera del departamento de Santa Cruz, insumiéndose en los arenales del Izozog. De allí reaparece con el nombre de Parapetí y, rumbo al Norte, ofrece su linfa a muchos pueblos llaneros, atravesando los paralelos que abarca la planicie oriental, hasta llegar al lago de Concepción, en Chiquitos. Vuelve a formarse y sale de allí con el nombre de San Miguel, y más tarde el de San Julián, y, finalmente, sirviendo los intereses de las Misiones de Guarayos, el de San Pablo, confundiendo, por último, sus aguas con el gran lago de San Luis o Itonamas. Río histórico. Brindó su corriente a los

colonizadores españoles. Dio recurso a los guerrilleros de la independencia. Presenció las luchas de los indomables chiriguano (Sirionos y otros grupos) contra la dominación de los blancos. Y, por último, ha pocos años, se tiñó con la sangre de los defensores del Chaco”.

Es que para Coimbra, igual que los hombres y los pueblos, los ríos poseen su linaje, su jerarquía y su espíritu propios. Así, el Mamoré — “el de las socavadas, movedizas e inconsistentes orillas” que dijera René Moreno – es un señor Río, el Padre Río “Calle Mayor del Beni”. Y dice de él:

“Fue persiguiendo su cauce que llegaron los primeros conquistadores de El Dorado; a su vera —dicen— hallaron todavía erguido el ruinoso palacio del Gran Moxo. Toma cuerpo el Mamoré en el centro de la planicie, auxiliado por muchos tributarios, y cuando la sequía le niega caudal, para seguir adelante arrastra greda y —rojizo, encolerizado— socava la pampa. Brama con las lluvias y se distiende deflagrado anegándolo todo. Así trasciende implacable su genio, potente y maligno. Y, como el Tíber y el Eurotas, para romanos y espartanos, para los benianos el Mamoré es larazón de ser de su sino turbulento y trágico. Siempre los ríos han encauzado la historia, fisonomizando a los pueblos...”

El paisaje del trópico tiene en Coimbra su mejor intérprete, que se traduce en la pintura no sólo del detalle físico sino en la traducción del alma misma de las cosas.

Ved cómo describe una tempestad en medio del lago Itonamas:

“Anocheció. El piélagó agitado acentuó su rumor de tromba. Impelidos por furioso vendaval, empezaron a moverse velozmente los islotes en un espectáculo grandioso y complejo de ceguera cósmica... luces y ruidos... Por momentos arreciaba el chubasco alarmándonos el fuerte y seguido golpear por dentro de los toldos. Resbalándose por los cueros y filtrándose, el agua henchía la madera y la estopa. Los relámpagos tornaban a enconvarnos por la fuerza sobre el bamboleante batelón a la deriva... Todo aterrados, veíamos como las olas golpeaban las tablas con sus manoplas, pareciéndonos que las islas, con nuestras barcazas, eran el centro de un gigantesco torbellino... Pájaros agoreros, con graznidos lejanos y lúgubres, comenzaron su sonata maldita... Sobre aquel océano fantasma yacíamos como agobiados por algo oscuro y terrible que se cernía sobre nuestras vidas... ¡Era el surazo en pleno! ¡El azote que aplasta y disgrega las selvas a su paso! Vimos que los guarayos tenían el coraje, estriando la cabeza, de mirar el firmamentos con aires de estrelleros de los tiempos de Galileo... A la luz de los relámpagos tornasolaba el lomo viscoso de los saurios, cuyos ojos sin párpados nos miraban fijos y vidriosos. Un siniestro ruido de crótalos les hacía cortejo...”

Los peligros de la selva... Coimbra relata una de tantas escenas y lo hace con el verismo único en su pluma:

“Fresca estaba la historia de doña Adelaida Pedraza. Su marido, don Isidro Hurtado, dueño del Tacuaral, emprendió viaje al Acre llevando víveres en cuatro monterías. Y, como estaba recién casado, en Huacaraje, no se animó a dejar a la mujer tan sola, durante un tiempo que sería bien largo. Era bonita doña Adelaida. Aunque —decían las gentes— un poquito “acopaibada”. Acamparon por una de esas márgenes del Iténez, lindas por las arboledas de Tajibos. Encontraron varios mutunes y un jochi, carne rica para el pacumuto; a la orilla del fuego, charlando y bostezando, se quedaron hasta bien entrada la noche. Así que a la madrugada —en medio del sueño— aprovecharon los bárbaros para asaltarlos, lanzando gritos tremendos. Sin atinar a nada —¡ni siquiera a tomar los rifles! — mozos, patronos y todos corrieron despavoridos, empujando los batelones y, con más barullo que tiempo, se lanzaron río adentro. Al cabo, el peligro quedó atrás.

Comenzaron entonces a preguntar por doña Adelaida. ¡Nada! La buena mujer había desaparecido... Durante muchos años todos estuvieron seguros de que vivía la señora. Y más seguro todavía de que, algún día, uno de esos jefes de tribu aparecería heredandosus ojos celestes y su cara blanca y fina.

Coimbra tiene su léxico, como tiene también su técnica y su retórica.

“Al alba del día siguiente partimos. Siempre río arriba, pecheando la corriente...”

“Por ahí viboreaba una senda que procedía de Guayaramerín y llegaba a Riberalta...”

Estirpe de grandes autodidactas, el autor de *Siringa*, no tuvo maestro ni ambiente propicio, igual que Gil, su hijo —el pintor— que salió de la tierra natal, sin escuela ni modelos, a correr mundo, armado de los pinceles. Es que uno y otro poseen la suprema espontaneidad de la selva.

Juan B. Coimbra ha tenido el privilegio de asistir al apogeo y al ocaso de una época. Del Beni y el Noroeste que él conoció ya no queda sino el recuerdo. Permanece intacto el paisaje, pero el alma que le dio vida ha sufrido una profunda transformación.

Se acabó el misterio de la tierra gumífera. Esfumóse la poesía de Baures, donde Coimbra encontró todavía los restos de la antigua organización de las Misiones. Han venido a menos el esplendor y la actividad y el viejo encanto de los pueblos itonamas, cuya capital —Magdalena— fue la cuna de la más rancia aristocracia mojeña. Uno a uno van desapareciendo los hidalgos vecinos que labraron la prosperidad de la provincia.

Con el ruido de las libras esterlinas y las caravanas de inmigrantes y los viajes a remo por las rompientes del Mamoré y del Madera y los malones de los salvajes y las grandes partidas de juego y las fiestas y las barracas

rumbosas, se perdió el mito de la siringa. Mas, quedará este libro, que es como loa odisea de aquella época.

A fuerza de sinceridad y de realismo, Juan B. Coimbra, acaso sin sospecharlo, modestamente, silenciosamente, nos ha dejado las páginas más intensas de la literatura boliviana.

Fabian Vaca Chávez

La Paz, diciembre 1942.

*De todo lo escrito por el hombre, amo lo escrito
con su propia sangre:
escribe tu también con sangre y aprenderás que
la sangre es espíritu.*
NIETZSCHE

PRIMERA PARTE

SUGESTIÓN DE LA SELVA

Reenganches en Santa Cruz

El descubrimiento de la hevea elástica o “hevea brasiliensis”, que mejor sería llamar “hevea boliviana”, hecho por esforzados exploradores cruceños allá por las regiones del río Beni y sus afluentes, sólo fue realidad en el último tercio del siglo pasado. Llegado el año 60 la industria extractiva de este producto ya se practicaba en las márgenes del río Madera por colonias de brasileños y bolivianos allí establecidas, pues la preciosa resina se había colocado pronto a la cabeza de los mejores artículos de exportación alcanzando halagadoras cotizaciones en los mercados de América del Norte y de ultramar. Este trabajo, dio por consecuencia un progresivo comercio estimulando la población de esas tierras cubiertos por inmensos bosques milenarios y nutridas por la linfa de los grandes ríos amazónicos.

Los mirajes que surgieron de estas perspectivas, revelaron la necesidad y la importancia de todas aquellas acciones creadoras de fuentes de riqueza y representativas de la soberanía nacional en los más remotos confines.

Los hombres habían localizado ya definitivamente lo que durante la conquista fue la fascinación de la aventura

castellana: la Tierra del Gran Moxo o del Gran Paytiti. Pero las riquezas de “oro y pedrería” no se veían en forma precisamente mineral...

El hecho de haberse organizado los primeros centros de trabajo en los ríos Beni, Madre de Dios, Orton y sus respectivos afluentes, tuvo profunda repercusión en todas las poblaciones del país, especialmente en Santa Cruz, cuyos hijos habían coronado las hazañas más loables. Cuantos cruceños retornaban del Norte, de las selvas, —el Antisuyo para los Incas — todos eran portadores de la buena nueva, encareciendo la urgencia de elemento humano, cuyo concurso era necesario para el éxito de la naciente industria.

Estos hombres referían las maravillas que habían visto en aquellas regiones de riqueza incalculable, aparejando sus relatos con la visión mitológica de sufrimientos y trabajos que confrontaba el viaje a la jirga, por largos recorridos a través de que caminos en que no se hallaba un alma cristiana; pampas infinitas y bosques infestados de tribus salvajes enemigas de los civilizados y prontas al asalto por traición, hablaban de las panteras y los cocodrilos, animales feroces y potentes; hablaban de las víboras y de todo suerte de alimañas venenosas que forman la fauna tropical, aparte de enjambres de insectos transmisores de enfermedades repugnantes y mortales. Se pintaba la imponente de los ríos de bravía corriente y oleajes formidables en cuyo ámbito desaparecían las frágiles embarcaciones; o bien, el misterio de los arroyos ocultos, en donde acechaban enormes caimanes o pululaba la sicurí, serpiente que se engullía los animales después de triturarles los huesos por

estrangulación. Se descubría el poder mortal de las rayas que hieren con flecha ponzoñosa, y de millares de otros bichos mortificantes, reales, aunque las más de las veces creados por la fantasía, esa fantasía que soñoreaba entre las pocas ideas de la enorme masa ignorante de entonces. Hasta la falta de alimento era mentada como un castigo. Pues todavía no se aceptaba como buenos, ciertos comestibles desconocidos, como los huevos de tortuga (*tracayá*), las plantas acuáticas, algunas raíces o tubérculos, una de ellas, la yuca, de donde provenía el refrescante y nutritivo chivé.

Como está visto, con respecto al Antisuyo nada había avanzado el criterio que de él se tenía en los tiempos de Guamas Poma de Ayala. Y no es de extrañarse. Medio siglo atrás, en las gentes cruceñas, sencillas y crédulas, todos los recelos florecían y se daba pábulo a todos los fantasmas. Especialmente al fantasma del “monte”, del fondo del cual, como rodeado de siniestra aurora, venía surgiendo el mito pánico de la siringa.

Lanzas y guitarras

El pueblo cruceño, alegre y cristiano, hecho a la molicie, de pronto se encontró abocado a un problema que puso a prueba su temperamento. Era la encrucijada de la vida y de la muerte.

Una gran mayoría, aferrada al terruño y a la tradición, no encontró entonces causa ni poder suficientes para cambiar esa vida regalada y colorida, por aquella otra que significaba peligro y coraje.

Santa Cruz de la Sierra, ciudad fundada por los más temerarios conquistadores, alimentados de carne como los pastores de Sierra Morena, fue un pueblo de lanzas y arcabuces, un pueblo guerrero y conquistador. El transcurso de tres y medio siglos de paz, le hizo volver los ojos a la tierra, tornándolo agricultor. Y alimentado ya de frutas se convirtió en pueblo nocturno, en el pueblo de las guitarras y las coplas.

Pero lanzas y guitarras siempre han podido entrar en el mismo cuadro.

Hombres dotados de coraje y penetración, y sobre todo, de ambiciones: hombres en cuyas venas si se había dormido,

no perdió jamás su impulso la sangre celtíbera, reaccionaron como era de esperar. Y estimulados por los nuevos ricos, por esos gomeros que andaban con la fábula a flor de labio y su fama bien pagada de “hombres”, se aprestaron lo mejor posible para marchar rumbo a lo desconocido.

Los contratistas paseaban por el pueblo su arrogante estampa. Gruesa cadena de oro les cruzaba el chaleco floreado y alto. Alardeando opulencia y con aire de manirroto, propiciaban interminables convites y festines, accionando muy sueltos para hacer tintinear en los puños las esterlinas de sus tibies.

Después, hartos ya de francachelas, se daban a la contratación de trabajadores, con los cuales debían incrementar el desarrollo de la industria gomera.

Estos personajes traían, en realidad, abundante oro, de aquel buen oro del Banco de Londres. A su influjo surgieron los reenganches de peonada; primero en forma franca; pero más tarde, cuando entraron en acción los especuladores, viciada y clandestina, y, por último, en pleno imperio de la mala fe que lo sumía todo en uno como comercio de negrería, con la intervención de funcionarios armados que imponían el cumplimiento de las leyes creadas a raíz precisamente de tan especial situación.

Los conquistadores

Andando los meses y al ejemplo de algunos expedicionarios a quienes acompañó la suerte, la gente moza se contrataba resueltamente. Unos, calculando realizar a corto plazo una fortuna que les permitiera volver a compartirla con los suyos, en medio de las comodidades y del placer burgués. Otros, en la simple confianza de sí mismos, creían llegada la oportunidad para probarse. Los más, llevados casi instintivamente de lo misterioso y romántico de la fábula. Así, en cada pelotón se destacaban no pocos muchachos encandilados con el espíritu de la época creyéndose conquistadores de “El Dorado —Fantasma”, como llamó a esas tierras el padre Constantino Bayle.

Los hombres se echaban a gozar por anticipado, derrochando en música, bebida y mujeres —sin pensar en lo que pudiera venir — todo el dinero que recibían de sus contratantes como anticipo. Las esposas o las novias se encargaban de la buena alforja. No decimos las madres, que ninguna madre del mundo manda a sus hijos a una de estas empresas tan arriesgadas como la misma guerra.

No hay para qué detenerse en patentizar el desenvolvimiento de los reenganches que por los métodos

fraudulentos e ignominiosos que emplearon algunos agentes, llegaron a la más tenebrosa celebridad. Se reclutaba hasta entre los párvulos y se robaba los sirvientes. Pero esto no era lo malo, sino la forma violenta y atentatoria con que después se procedía a conducirlos. Y no queremos describir tales cuadros, pues comprendemos que semejantes fenómenos sociales se han repetido siempre, donde quiera que habiéndose descubierto riquezas extraordinarias, se haya requerido imperiosamente el aporte del brazo humano para su explotación.

Cabe hacer constar que —como lo veremos después— este movimiento convergente a la región gomera, interesó también a muchos paceños que pronto rompieron lanzas poniendo en alto su espíritu valeroso, con más fortuna que los emisarios del Inca. Transpusieron la sierra escarpada, vencieron las terribles quebradas de los ríos, hasta llegar a la tierra deseada. Y también —cuando el auge de la siringa fue pregonado dentro y fuera del país—, concurrieron al Beni sabios y aventureros oriundos de otros pueblos del mundo.

Mauro

Dos vías se hallaban habilitadas para viajar de Santa Cruz hacia el Beni. La más frecuentada tomaba rumbo al Norte pasando por la población de Portachuelo (capital de la provincia del Sara), el cantón Palometas y varios establecimientos agropecuarios importantes, hasta dar con Cuatro Ojos, puerto oficial en el río Piraí, en un recorrido de treinta leguas.

Allí empezaba la navegación que, en ciertas estaciones del año, dependía de las crecientes de dicho río, tal como ocurre en todas las precipitadas corrientes que no se detienen hasta estar encauzadas en las grandes cuencas fluviales.

Las embarcaciones, impulsadas a remo, navegaban dos o tres días para llegar al río Grande o Guapay, y otros tantos hasta la confluencia del mismo con el Chapare, desde donde surge imponente el río Mamoré, cuyas aguas tumultuosas cantan un salmo de vida, haciendo florecer estancias industriales, pequeños rancheríos y poblaciones.

Quizá ésta fue la ruta seguida por los remotos intentos de conquista inca, como por las empresas de españoles que se alistaron en Charcas, desde 1539 hasta 1570 (Pedro de

Candia, Pedro de Anzures, Gómez de Tordoya, Juan Nieto, Luján Álvarez Maldonado, entre los pocos que recordamos).

La otra ruta se orientaba al Noroeste, por el camino que conduce a las poblaciones de Chiquitos, misma ruta que desde el siglo XVI, vino tragándose vidas no solamente de cruceños sino de mercenarios contratados en Lima, Potosí o Buenos Aires. Recuérdese al Gobernador Suárez de Figueroa (1580), a Torres Palomino (1595) y sobre todo, recuérdese aquella aciaga expedición del Gobernador don Juan de Mendoza, cuya gente amotinada cayó bajo el fusilamiento o pereció en la fuga, a la desbandada.

Por Chiquitos entró Aguilera, cuando Mojos ya era una Gobernación.

* * *

En enero de 1896, se alistaron en Santa Cruz de la Sierra, tres empresas de conquista conducidas por patrones felizmente ya experimentados, patrones que gozaban de confianza por el buen trato que daban a su personal. Comandaba una de estas empresas el Dr. Feliciano Antelo, abogado que llevaba el propósito de ejercer su profesión en los distritos judiciales recién establecidos, a la vez que realizar negocios ayudado por la gente de su dependencia. La otra, don Ramiro Justiniano, estudiante de Medicina, distinguido por su capacidad intelectual y apreciado por sus cualidades de nobleza y generosidad. La tercera, otro joven, don José Hurtado Justiniano, que, como los anteriores, era un espíritu inquieto y emprendedor; había renunciado a los libros y

aprendizajes de otro género, enrolándose en las primeras expediciones que respondieron al descubrimiento de la hevea.

Acompañaba a éste último su hermano Mauro, de 23 años, talludo, de espesas cejas negras y una temprana voz grave. Carácter impulsivo. Testarudo y temerario. Bueno para los puños, sus compañeros requerían de su sociedad para gozar de su buen humor al par que por la secreta admiración que despertaba su fuerza siempre al servicio — oficiosamente — de reparar agravios. Recordamos mucho su gesto habitual cuando, sabedor de que alguien nos golpeaba y todos callaban el nombre del agresor, se plantaba en el centro del grupo echando chispas.

—¡Jé! A ver, ¡que salga el más pintaol!

Y claro, no salía nadie.

Si pudiéramos dar por menudo, detalles de las actitudes peculiares de Mauro Hurtado Justiniano, espécimen ya no generalizado por desgracia en nuestra sociedad; si pudiéramos atender a su biografía, desde los días de la infancia hasta aquellos en que su influencia —resumidora de toda la influencia cruceña en el Beni, máquina creadora de esa epopeya de la siringa — ; si pudiéramos atender a los estímulos, variantes y justificaciones de su conducta (aunque sólo fuera así como trazamos este libro, sin especulaciones, sin aguzar ni ingenio ni perspicacia, que no tenemos, nutrido únicamente de observaciones directas y objetivas), con esta sola vida tendríamos materiales de sobra para un libro revelador.

Mauro fue, en nuestro viaje a la selva, nuestro apoyo y garantía.

La ondulación de su conducta, la angulosa sucesión de rasgos antipódicos de violencia y generosidad, de genial ceguera de la fuerza y serena eficacia del bien —tan característicos de un pueblo recién despertado al porvenir— infundieron un sentido de drama en nuestra empresa y en nuestra vida, puesta en el corazón de lo ignoto.

Integraban el grupo de don José, algunos artesanos, campesinos y mozos conocidos suyos. Leoncio Sosa, colorado como una hormiga (por lo que le llamaban “jorebaré”), iba con Asunta Languidey, su mujer. Telésforo Pinto, Eulogio Suárez, Baltazar Peredo, Ceferino Ardaya, Hermógenes Roca, Policarpo Añez y nosotros dos con Mauro.

En el pescante, de carretero, estaba el viejo Espiridión Ortiz.

Nicolás Cuéllar

También venía con nosotros un adolescente de dieciséis años que se incorporó a nuestra cuadrilla de puro mosquetero. Era un precoz. Había ya vencido la instrucción secundaria pero vivía sin consejos ni orientación saludables. Se llamaba Nicolás Cuéllar. A las dos puertas, sobre la misma calle de nuestra casa en la calle Velazco del barrio de San Roque, vivía su familia.

Nico, como se le decía, no conoció a su padre de cuya lejana ascendencia hidalga tenía referencias y documentos que le hacía saber su abuela, una veterana dada a las lecturas y a los papeles. Su madre, brava criolla garrida y valiente, con sólo su trabajo había sostenido su educación y la de sus hermanos. Cuando Nico estaba en tren de hablar nos revelaba sus impresiones de infancia. Recordaba difusamente —y sólo tenía tres años de edad— cómo sus familiares lo sacaban por las madrugadas para enseñarle el cometa, visible a esa hora, en los primeros meses de 1882.

—Yo no podía abrir los ojos. Pero cuando me preguntaban si lo había visto, contestaba que sí, a fin de que me volvieran a la cama.

También conservaba el recuerdo de angustia colectiva que produjo la epidemia de viruela. Una carreta, con aires de “carreta del otro mundo”, precedida de gritos que lanzaban los camilleros previniendo a las gentes, recorría las calles transportando enfermos al lazareto y cadáveres al cementerio.

—Pasaba rechinando por nuestra puerta que mi madre cerraba toda azorada. Unas banderolas rojas señalaban las numerosas casas infectadas por la peste.

Su sensibilidad estuvo así ejercitada desde temprano. En los subsiguientes años de la viruela, oyó las quejas de los vecinos considerando las calamidades que los afligía. Esa gente estaba cierta de que eran castigos del Cielo por los vicios y la corrupción reinante. Se apoyaba en que el padre Cabot, un franciscano vagabundo, había pasado prediciendo mayores desgracias, para lo que exhortaba el arrepentimiento y la firmeza de la fe.

Como todas estas cosas de tono fabuloso se prestaban a las pullas, Mauro que quería entrañablemente al muchacho y se sentaba a su lado para oírle, siempre sacaba cara por el gritando:

—¡Sosiéguese ustedes, carajo! ¡No hacen pizca de gracia!

* * *

Las tres caravanas citadas, tomaron la ruta de Chiquitos. La primera impresión fuerte que recibimos los viajeros,

fue la que nos causó el río Grande, a quien leguas de la ciudad, que por estar de avenida con las torrenciales lluvias, ostentaba una anchura mínima de media legua. Parecía una gigantesca lombriz viscosa que se moviese por la llanura. Su corriente, entre malvones y atronadoras olas, arrastraba a lo largo de su recorrido una tupición de arboles arrancados de cuajo. Semejante espectáculo, apavoraba el ánimo aun de los individuos con él familiarizados.

Nosotros —gente bisoña y timorata — no podíamos imaginar la forma de cómo habríamos de pasar sin peligro de nuestra vida tan estupendo obstáculo. Pero ahí estaban los vaderos, domadores del vórtice bravío. Ellos, asistidos por sus hercúleas fuerzas y confiados en su habilidad para nadar horas y aun días enteros, empezaron a transportar de orilla a orilla, personas, animales y carga, imperturbables y seguros, entre el bufar de las bestias y el desasosiego de los viajeros. Nos encomendábamos a todos los santos, tocándonos el pecho para ver si teníamos aún los “detenes” y las medallas benditas de las despedidas. Y permanecíamos mudos, con ambas manos tomadas del duro borde de las *pelotas*.

Estas “pelotas” eran cajas de cuero vacuno dispuestas de tal suerte, que hacían las veces de chalana, sostenidas por livianos troncos utilizados como flotadores. Afuera de cada pelota, en medio del río, nadando con una mano y asidos con la otra, precavidos, vigilantes, remaban los vaderos. Parecían vikingos haciéndose a la mar. Bien ceñido el cinto que agarraba el machete cruzado por detrás de los riñones, peleando con las olas y la empalizada, ganaban la orilla opuesta después de haber bajado con

la corriente varios tornos desde el punto de partida. Los puertos de llegada, por eso, siempre quedaban muy distantes.

Pero benéfica reacción produjo en nuestro espíritu esta primera experiencia. Admiramos la valentía de aquellos hombres y nos convencimos, una vez más, del poder de la voluntad.

Otras quince leguas a través del bosque cada vez más crecido, formaban el resto del camino. Prevenidos contra los salvajes cuyas huellas se descubrían de tanto en tanto, llevábamos los rifles bala en boca. Que los bárbaros, si vencen, no es por el poder venenoso de sus flechas ni por la rapidez de sus ataques, sino porque jamás muestran la cara, seguros de la eficacia de la traición.

Los salvajes que poblaban esta zona (Sirionoses, Yanaíguas y Chapacuras) constituían agrupaciones primitivas, tribus nómadas de vida vagabunda cuya única preocupación era satisfacer por cualquier medio su subsistencia, buscándose arriba y abajo los elementos de su nutrición. Por eso eran peligrosos. Cuando llegaba para ellos la estación de los peces, infestaban la orilla de los ríos poblando las umbrías de espigas de pescado y esqueletos de caimán. Agotado este recurso, dirigían las flechas hacia los animales del monte o la cacería de aves, que abundaban en tales o cuales sitios. Luego gustaban nutrirse de frutas y entonces se trasladaban a la región de los árboles frutales. Por este imperativo, tales bárbaros llevaban una vida errante. No cultivaban la tierra como los mojos. Eran belicosos y sanguinarios.

Al atardecer de un día caluroso, los caravaneros nos mostraron, a orillas del río San Miguel, la barraca de San Julián. Cuando llegamos al puerto, ya la noche había caído; pero el día, aún parecía temblar allá en los confines de la pampa...

Carabelas

Grata sorpresa causó a los viajeros la vista del puerto bautizado con el nombre de San Julián, no sabemos si por el Conde de Andalucía que peleó contra el Rey Rodrigo, o por el santo Obispo de Cuenca. En la margen derecha del río, hinchado, se destaca la casa de hacienda, perteneciente entonces al Dr. Guillermo Velasco.

Para vincular los pueblos de la provincia Velasco con los de Ñuflo de Chávez y las Misiones de Guarayos, había desde este puerto un camino terrestre, mucho más socorrido que el que acabábamos de dejar.

Los viajeros nos sentíamos felices de la travesía. Nos figurábamos haber llegado al término de nuestra peregrinación y sin experimentar mayores cambios; es decir, no vislumbrábamos siquiera remotamente los brutales trabajos que nos esperaban. Coincidiendo con nosotros, llegaron los batelones tripulados fuertemente por neófitos guarayos.

La sola contemplación de esas cáscaras de nuez, en que nunca nos habríamos atrevido a embarcarnos y que tenían que soportar a más del equipaje, el crecido número de los viajeros, produjo en nuestro espíritu el pavor de lo ignoto.

Vino a nuestra imaginación la escena del adiós, allá en Santa Cruz, cuando nuestra madres con su llanto nos daban la medida del sacrificio que hacían; los unos que partían y lo otros que quedaban en espera... Sin embargo, igual que en esa dolorosa despedida, serenados los espíritus tras el primer paso, sostenidos por la fe en Dios que da campo a la esperanza, el corazón se sosegó mezclando a los temores, un imperceptible escozor de curiosidad.

En el fondo del río, las barcazas tiraban de sus amarras quebrando el reflejo del cielo. Los indios preparaban sobre ellas anchos camarotes de palla.

Pero no todos estaban resignados. No todos miraban la corriente del río San Miguel con los ojos redondos de quien mira lo inexorable, de quien asiste a la hora del destino. Había pechos dentro los cuales, la opresión se les subía a la garganta y les manaba por los ojos, renegaban del atolondramiento que había primado en su resolución. Por volver al lado de los suyos, allá en la dulce casona familiar, hubieran querido que se operase un milagro.

Tal vez por esas reacciones inacallables en el hombre, fue que los patronos cambiaron de conducta con la peonada, distinguiendo y llamando cerca de sí a los más resueltos y acabando la amiganza que hasta entonces había reinado entre nosotros.

Una mañana de color muy malva, la Naturaleza se despertó como intocada. Las cosas del orbe presentaban la virginidad de los recién nacidos... nos sentimos como

empequeñecidos e inocentes... Tras de hincar los remos, el agua comenzó a rebullir... Nuestros caracoles eran carabelas sin mástiles ni lona.

Al fin, partimos...

Partimos como los argonautas tras el vellocino.

El río San Miguel

Es el de más largo curso en la hidrografía nacional y puede decirse que es la arteria más substancial del suelo boliviano. Nace en el departamento de Chuquisaca, recorre la provincia Cordillera del departamento de Santa Cruz, insumiéndose en los arenales del Izozog. De allí reaparece con el nombre de Parapetí y, rumbo al Norte, ofrece su linfa a muchos pueblos llaneros, atravesando los paralelos que abarca la planicie oriental, hasta llegar al lago de Concepción, en Chiquitos. Vuelve a formarse y sale de allí con el nombre de San Miguel, y más tarde el de San Julián, y, finalmente, sirviendo los intereses de las Misiones de Guarayos, el de San Pablo, confundiendo, por último, sus aguas con el gran lago de San Luis o Itonamas. Río histórico. Brindó su corriente a los colonizadores españoles. Dio recurso a los guerrilleros de la independencia. Presenció las luchas de los indomables chiriguano (Sirionos y otros grupos) contra la dominación de los blancos. Y, por último, ha pocos años, se tiñó con la sangre de los defensores del Chaco.

La ruta que emprendimos era de reciente practicabilidad. Dos años antes, en 1894, había sido explorada y utilizada por el Dr. Velasco —el propietario de San Julián— a

quien siguieron otros bucaneros de la selva, que hallaban estímulo en el ejemplo de los padres conversores de las reducciones guarayas que quedaban más dentro.

Cabeceaban los árboles sobre las márgenes del río. Su poca anchura, trajo confianza a los novicios. Las carabelas bajaban blandamente, más por un mar de verdura que de agua. La corriente se mostraba mansa. Pero de pronto vinieron las sorpresas del *manechi*. Y los pocos días la sorpresa de las cachuelas.

Cuatro grandes pedrones sordos y enhiestos, represaban la corriente dejando sólo espacios breves por entre sus redondas cabezas. De un salto violento, el agua se convertía en polvo que subía en espirales a confundirse con las nubes. Había un bullicio ensordecedor y extraño, como de antros rotos y pájaros siniestros. El sol —a intervalos— nos hincaba sus doradas espinas castigando a nuestros nervios tensos.

Pero no hubo desmayos.

Gobernados a gritos por los sudorosos pilotos, encostamos con movimiento rápido, y maniobrando con unas sogas desde tierra, hicimos pasar las batelaras con relativa facilidad. En todos los rostros renació la alegría. Y los nuevos cuatro saltos —unos más fieros que otros— que embarazaban al viajero, ya no requirieron de tanto cuidado para ser superados. Pero en cada uno de los baqueanos, entre bocanadas de humo y salivazos, tornaban a comentar lo “bagatelas” que eran tales correntíos, comparados con las grandes y temibles cachuelas del Mamoré.

Por la encorvada espalda de los guarayos, caía a chorros el sudor que iba a reunirse en los riñones. Accionaban los remos con sus atléticos músculos y sólo dejaban de hacerlo un instante para espantar algún tábano o simplemente para ensalivar las manos.

Empleamos ocho días en el trayecto de San Julián a San Pablo, hallándonos ya en la jurisdicción de las Misiones.

Por este último pueblo cruceño que impone su nombre al río San Miguel seguía camino de tierra que conducía a los pueblos mojeños del Mamoré, frecuentado en tiempo seco —de junio a diciembre— por numerosos comerciantes rescatadores de ganado para Santa Cruz. San Pablo, por esos días, se hallaba en el proceso de su organización.

Los padres franciscanos, Doménico —italiano como su nombre lo anticipa— Walfgang, austríaco, y otros más, tenían a su cargo el gobierno de pequeños centros de aborígenes diseminados en la zona. Gozaban del respeto y el recuerdo agradecido de todos los viajeros, por el socorro que tributaban con diligencia a quien quiera que se aventurara por tan recónditos parajes. Por esos tiempos estaba en todo su vigor la hidalga costumbre de hospedar al peregrino, proporcionándole todo lo mejor que pudiera tenerse para rehacer su cuerpo y confortar su espíritu, y los franciscanos eran en verdad un brazo del Santo Pobrecito de Asís.

Los bárbaros

Una semana estuvimos en la Misión de San Pablo. Al cabo, arreando alforjas, capachos nuevamente repletos y calafateadas ya las barcazas harto resentidas por el uso, buscamos nuestros puestos en los batelones. Y de nuevo entre cielo y agua. Entre orilla y orilla, cada vez más poblados de monos y guacamayos.

Cierta tarde baja y nebulosa, a don Espiridión Ortiz, piloto de nuestra nave, le vino la idea de que su cuerpo necesitaba algún estimulante. Lo sentía “quebrao”. De entre el aparejo de cargas, sacó una botella de fino y transparente *resacado*, a cuya sola vista todos sintieron que se les había secado la garganta... Y soplaba un vientecillo delgado que escarmenaba la copa de los árboles.

Al ritmo de los remos fue circulando el *jumechi*. Los mozos limpiaban con la mano el pico de la botella y chupaban un trago, según la costumbre. Pronto, en bulliciosa alegría, desbordó el ánimo de la tripulación.

Llegó la noche.

Elegida la pascana para pernoctar, encallados los batelones, encendidos los fuegos y atadas las hamacas,

alguien —como tenía que ser— sacó la guitarra. A su conjunto se allegaron la caja y las mandolinas. Y comenzó una media jarana que duró hasta muy adentro de la madrugada. Fue la primera noche de disipación de nuestros hombres, que hartos la necesitaban para amodorrar mejor los cuerpos tan castigados por la intemperie.

A la mañana siguiente y al alba, como es costumbre, y por entre una baja neblina que subía del rocío, cada cual tomó su embarcación llevando a cuestas su bolsa, casi sin tiempo para saborear en paz el pocillo de café que nos alcanzaban las mujeres.

—¡Listos! — gritó el jefe desde el timón.

Dos peones metidos en el agua empujaron el batelón a la corriente, y pronto, a favor del viento, estuvimos río abajo. Dejamos el monte con su olor a brea y a pescado frito.

No habíamos bajado ni un torno y aún se veía el humillo de nuestro campamento, cuando una lluvia de flechas comenzó a rasgar el aire.

—¡Los choris! ¡Los choris..!

El piloto y los remeros eran el blanco.

Nos sunchó Mauro.:

—¡Agáchense!

En su expresión, nosotros vimos el peligro.

Tratamos de refugiarnos, pero como el fondo de la embarcación estaba tan lleno y el atolondramiento

era tan grande, sólo el instinto nos guió en medio del pánico a replegarnos del lado opuesto a los flechazos. La embarcación se inclinó de tal modo que estuvo a punto de zozobrar...

El griterío de los viajeros se mezclaba con el “japapeo” ensordecedor de los salvajes. Nos parecía que los bárbaros, mientras unos estiraban sus arcos, otros tocaban tambores y se lanzaban a nado sobre nosotros... Para colmo de males, no se veía al enemigo y el viento, meciendo los árboles, multiplicaba la impresión agigantando fantásticamente el peligro.

Los del batelón trasero, dando grandes voces pedían auxilio a los compañeros que —por mejor tripulados— nos llevaban la delantera. Pero sus jefes no nos hacían caso pues —como en la vieja fábula— a costa de simular estos asaltos con algazaras semejantes, habíamos perdido el crédito.

Pero una de las tripulaciones dio media vuelta y tras de ella, la otra. Repartían tiros por el aire, las mujeres en el camarote, daban chillidos desconcertantes. El viejo Ortiz ordenó todo remo para salir de la zona de peligro y por fin, torcida la punta del torno y tras de avistado un sitio propicio, encostamos para reparar los desperfectos.

Mauro sacó dos flechas del tablón del leme y en seguida, a los lloros lastimeros de Asunta Languidey y una sirvienta, todos abrimos tamaños los ojos: otra flecha, traspasando el camarote, había herido con milagrosa precisión a la sirvienta en la nariz y a la otra

en el oído, dejando a ambas en medio de un temblor entrecortado.

Leoncio Sosa comenzó a lavar a su mujer recogándole la sangre en una tutuma. El resto de la mozada, parloteando con desenfado, se dedicó a remover sacas, calafatear los agujeros, ajustar las guascas y luego, a bañarse la cara y los brazos sudorosos.

—Elay lo que sacás vos por meterte a cantor...

—¡Vos hombre, que has traído la guitarra!

Unos a otros se recriminaban. Y en los comentarios, no faltó quien se adjudicara serenidad y valor, y aun, quien afirmara haber visto a los salvajes por la orilla, saltando entre los pajares. Lo cierto es que, hasta los que pelaron las armas, lo hicieron a la buena de Dios, sin puntería; como se hacen las cosas cuando se está atufado.

Cuatro días después, Leoncio quedó viudo.

Sur y Chilehi

Cuando entramos en tierras vecinas a la jurisdicción del Beni, comenzaron a menudear los encuentros con pequeñas canoas que pasaban arribando. Otras que habían salido de San Julián después de nosotros, nos dieron alcance y nos pasaron. Eran las famosas “comisiones” o “propios”, los chasquis del agua que empleaban, ya sean las autoridades para comunicarse con los lejanos pueblos de abajo o ya los estancieros para ir a los predios vecinos. Al divisarnos desde el extremo del torno, tocaban — y nosotros también — una trompa de cuerno y enarbolaban una banderola hecha de cualquier camisa. Era la consigna. En una de estas canoas fue reconocido un señor Serrate, vecino de Magdalena, y don Francisco Landívar que, según se dijo, era el nuevo subprefecto del Iténez.

Por cuenta de los navegantes y con la colaboración de algunos centros más próximos, se efectuaba la limpieza de los ríos, cortando los puentes de los bárbaros y canalizando los camalotes y las empalizadas acumulados por la corriente.

Al entrar en el lago de San Luis, el río se hacía difícil. Para ahorrar tiempo se había hecho por terreno bajo, una zanja que lo ligaba sin mayores vueltas con el lago. Con

este auxilio y mediante un corte practicado en la parte más angosta de este último, en medio de un yomomal extraordinario, se salvaba en seis horas —si había tiempo propicio — lo que de otro modo se hacía en una semana. Este lago es tan grande como el Rogoaguado.

Sobre el yomomo del San Luis, como jamás volvimos a ver en otras partes bajas y cenagosas de la región, se había acumulado por acumulación del fofadal, un denso pelmazo que se afirmaba en una trama de raíces acuáticas. Había verdaderas islas flotantes en cuya pequeña vegetación se albergaba toda especie de pájaros salvajes. Sólo faltaba seres humanos para parecerse a las playas de totora de los Urus en el Titicaca.

Ansiosos de contemplar la parte limpia del lago en toda su vastedad, entramos en él durante la mañana de un día sofocante, después de sortear los ribazos de la zanja. Por entre el patujú algunos troncos tomaban la forma y el color de los reptiles y estaban ahí como adormilados... Tocados con nuestras varas, se hundían removiendo la lama del fondo para volver a flote un poco más allá.

En el cielo se atropellaban unas nubes redondas, mecidas por un soplo ligero y alto.

Un olor denso proveniente de la disgregación de toda clase de despojos vegetales, inundaba el ambiente caliginoso y húmedo. Tábanos, hormigas coloradas, bejucos, raíces de isipó, tejían en el aire y en el agua un arabesco desesperante... Ni siquiera se podía beber ese líquido bullente y viscoso.

Pronto se nubló por completo el cielo y el viento pareció resuelto a soplar seriamente. Salimos a una ensenada. Sobre las aguas bajaron nubarrones grises y blancos que se perseguían y toda la superficie empezó a moverse en una forma amenazante...

Anocheció.

El piélago agitado acentuó un rumor de tromba. Impelidos por furioso vendaval, empezaron a moverse velozmente los islotes en un espectáculo grandioso y complejo de ceguera cósmica... Luces y ruidos... Por momento arreciaba el retumbo del chubasco, alarmándonos el fuerte y seguido gotear por dentro de los toldos. Resbalando por los cueros y filtrándose en los batelones, el agua henchía la madera y la estopa.

Los relámpagos tornaban a encorvarnos por la fuerza, sobre el bamboleante batelón a la deriva... Todos aterrados, oíamos cómo las olas golpeaban los tablones con sus manoplas, pareciéndonos que las islas con nuestras barcazas, eran el centro de un gigantesco torbellino... Pájaros agoreros con graznidos lejanos y lúgubres, comenzaron su sonata maldita... Sobre aquel océano —fantasma, ausentes de todo paisaje, yacíamos como agobiados por algo oscuro y terrible que se cernía en nuestras vidas... ¡Era el surazo en pleno! ¡El azote que aplasta y disgrega las selvas a su paso...!

Vimos que los guarayos tenían el coraje, estirando la cabeza, de mirar el firmamento con aires de estrelleros de los tiempos de Galileo... A la luz de los relámpagos, tornasolaba el lomo viscoso de los saurios, cuyos ojos sin párpados nos

miraban fijos y vidriosos... Un siniestro ruido de crócalos les hacía cortejo...

La tempestad había deshecho en poco tiempo, el angosto paso abierto a tanto costo a través del yomomal. Cuando amainó la lluvia continuando en forma de chilchi, pudimos advertir que estábamos aprisionados muy lejos de nuestra ruta, entre una empalizada y en medio de un limo verde sobre el que pululaban batracios de toda especie. Arrimados a unos troncos y aún poseídos por el recelo de misteriosos peligros que agrandaba la oscuridad, pasamos el resto de la noche.

El lejano fulgor de la aurora, reanimó nuestro cuerpo dolorido.

Dos o tres ruidosos bostezos de los indios, algunas maldiciones en su lengua nativa y entre el viento y la llovizna, de nuevo a la brega formidable.

SEGUNDA PARTE

EL GRAN MOXOS

La tierra fabulosa

Al fin entramos en el remoto país cuyos distantes confines jamás pudo la leyenda precisar. Mojos — para los benianos — es concretamente el actual Cercado y la provincia Marbán. Pero para la historia, es la “tierra siempre en fuga más allá de Chiquitos”. No se olvide al respecto que hubo prefectos que actuaron en Magdalena, y aun en Baures (José de Borja, en 1843 y Rafael de la Borda, en 1845).

En cada cosa que surgía a nuestro paso, la fantasía ponía su nota fabulosa: ya eran los árboles ribereños, las pampas matizadas, los palmerales y los avestruces o ya los monstruos del agua, el bramido del borocho, el plumaje de los pájaros y el canto lejano de la naturaleza toda.

Llegamos a un nuevo correntín que pasamos sin dificultad. Las haciendas próximas se revelaban por el balido del ganado y la presencia de algunos vacunos semisumergidos entre el pastizal. Fue ésta una etapa de risueña navegación.

A pocos días encontramos el río Huacaraje. Nuevos pasos rápidos en el curso del Itonamas, que no eran obstáculos apreciables, pero que no dejaron de producirnos demora y alguno que otro susto. Y ya sentíamos la proximidad

del histórico pueblo de Magdalena que, al influjo de su nombre, nos lo figurábamos como una cortesana inclinada sobre el río, lavándose los cabellos en el agua lustral del arrepentimiento.

Una pascana previa —para dar a los patrones la oportunidad de afeitarse y sacar la gomosa ropa de circunstancias — y a la diáfana luz de una hermosa tarde que engalanaba el paisaje con vivos cambiantes, vimos por fin surgir entre el plumero de totaíses y el mundo de los ramajes, la cruz del campanario parroquial.

De improviso apareció la garita del puerto, un airoso edificio de dos pisos, y pudimos apreciar, a cada instante más distintamente, la muchedumbre de curiosos que acudió al sonar de nuestro cuerno y al disparo de las salvas del saludo.

Como el cañonazo de los homenajes, en estas ceremonias de llegar y de salir, el Winchester tenía su parte.

Unas hábiles paletadas a favor de la corriente y pisamos la seductora tierra de la provincia del Iténez.

Santa María Magdalena

Es un pueblo como todos los del Oriente de Bolivia, por su aspecto urbano y por las costumbres de sus habitantes. De modo que nosotros verdaderamente nos creíamos en “nuestra casa”, como repiten los periódicos de la capital al saludar el arribo de algún personaje de campanillas. Y es lógica tal semejanza: desde los días coloniales y con mayor intensidad en los tiempos de la República, cruceños fueron los gobernantes, los párrocos, los maestros de escuela, los administradores de los bienes del Fisco y de la Iglesia; los comerciantes, industriales y artesanos que figuraron en las primeras planas de fundación de todos estos pueblos. Influencia cruceña, con todas las virtudes y defectos de la raza, fue la que se esparció por todo el ámbito de la llanura boliviana, desde Matto Grosso hasta los Andes.

Bastaría citar algunos de los nombres de los jefes de familia que encontramos a nuestra llegada, para saber de lo cruceña que era la sociedad de Magdalena: don Ángel María Dorado, don Gabriel Ortiz, don Hipólito Fernando Durán, don José y Andrés Arza, don Alexis Suárez, don José R. Muñoz, el notable don Pedro Manuel Hurtado, don Simón Dorado, don Nicómedes Ortiz, los jueces Dr. Manuel

María Durán y Soletto, Ángel Salvatierra y Elizardo Pedraza Bravo, el cura José Lorenzo de Velasco, etc., todos apellidos solariegos, que dan la idea de un padrón de los tercios castellanos destacados a las campañas de Flandes.

Los cambas, como se llama generalmente a los indios del Beni, los cambas itonamas, formaban —como es natural— la gran mayoría del pueblo siendo notable la circunstancia de que muchos de ellos, hubieran sabido ya expresarse en castellano para sus relaciones con los carayanas, nombres que se daba —también de un modo general— a los blancos. Sólo dentro de la familia y en sus manifestaciones de regocijo usaban el dialecto que tiene voces flexibles, de amplio significado, a la vez que palabras sintéticas de dicción sonora y precisa.

La epidemia de viruela que en 1896 asoló a todo la comarca viniendo de Santa Cruz, destruyó los troncos raciales, las clásicas cepas aborígenes, dejando sólo los retoños. De aquí que se compactara mejor toda la generación de mestizos y criollos, en cuyas venas circulaba esa sangre de vaqueros y cazadores —con veleidades de artistas— de los nuevos indios.

El itonama es sobrio y de costumbres regularmente honestas. Fuerte para el trabajo. Limpio, obediente y laborioso. El alma recelosa que trae de la selva, se aquieta en la comprensión de la lealtad y el honor en el sentido castizo. Incorporado a la familia cruceña, se tornó expansivo y obsequioso.

Ya definitivamente de espaldas al monte y rescatados

por la civilización, los hombres visten camisa, pantalón y una chaqueta corta (cuanto más corta, más elegante) aunque existe la minoría conservadora que se aferra a la camiseta, túnica de algodón, blanca y larga, con pequeñas guardas de vivo color por los costados, camiseta que para el trabajo amarran a la cintura con una faja recamada de dibujos.

Las mujeres, tradicionalistas por esencia, sólo han aceptado embellecer el tipoy con flecos y adornos cuando no se los mandan hacer de zarazas floreadas que compran a los tenderos de cosas de ultramar. Se adornan el pelo con cintas de colores simples y el cuello con varios hilos de cuentas vistosas, en que no faltan las garras de tigre y los dientes de caimán encasquillados, así como pequeños caracoles y toda la variedad de semillas pintadas que hay en los bosques (sirari).

Aficionados a la música, tocan sus flautas acompañados de tambores y a su compás, surgen en las fiestas los cánticos y las danzas seculares, por veces diabólicas, por veces amorosas y abstraídas.

El gran día para los itonamas es el 22 de julio, en que se celebra a la “patrona”, la Santa a cuya advocación se ha entregado el pueblo. Bajo la devota efigie de ojos penitentes alzados al cielo, los cabellos esparcidos y esa ostentosa capa tachonada de chaquiras con que los “donantes” se empeñan en ataviarla, florecer alrededor del “yorebabasté”, armoniosas y rítmicas, las mejores piezas del folclore musical, que mueven interminables cadenas de danzantes.

Rocían su entusiasmo con una chicha espumosa y rubia, sacada del maíz o de la yuca, aunque desgraciadamente, poco a poco ha venido imponiéndose el aguardiente, con sus consecuencias desastrosas.

Pocas supersticiones tuvo que vencer la religión en el ánimo de este indio, si bien su fe se halla conturbada por resabios mitológicos, sobre todo, en algunos aspectos de la mecánica exterior. Que los Jesuítas, con una visión social más inteligente que la que desarrollaron los conversores en el Alto Perú, sin resentir en nada los hábitos del pueblo, se dieron a perfeccionar su alma, perfeccionando sus cánticos, su música, sus danzas, con que —hasta hoy— al conjuro de las campanas y de los petardos que retumban en los grandes amaneceres, contribuyen los indios al esplendor de la festividad.

Sin embargo, en las profundas capas de la indiada —impermeables a las ideas predicadas por los curas— aún se practica aquella especie de espiritismo por el cual, reconociendo a un ser superior y sobrenatural, en él los aborígenes ven al árbitro inexorable de los destinos del hombre. A este genio tenebroso lo denominan “Choquigua”.

En medio de una suerte de misa negra que se oficia a oscuras, en el mayor misterio, con temblor de exorcismos y ruido de manipuleos, es invocado por los brujos que lo “sienten” e interpretan. Ni más ni menos que oficio conocido de los yatiris entre los aymaras del altiplano. Y tal es el poder de sugestión en todo caso, que cuando la voz del augur anuncia la muerte de cualquiera uno de los circunstantes, el sujeto se resigna, languidece y muere, fatalmente. Hubo

choquiñeros, como Andrés Guayacho, cuya fama traspasó la frontera provincial.

* * *

Los hombres que dirigían nuestra empresa y las tripulaciones, nos distribuimos en los diferentes destinos que nos fueron asignados. Mauro, Leoncio, Eulogio Suárez y nosotros dos con Nico, quedamos en Magdalena. Más tarde se sumaron a nuestra comitiva Crisóstomo Castedo el “jaúsi”, y Romelio Ardaya.

Numerosos traficantes y cambalacheros cruzaban el territorio del Iténez en uno y otro sentido, vendiendo mercaderías de toda laya y comprando las valiosas especies regionales y los productos agropecuarios, que eran revendidos en el Madera.

Así se podía conseguir, a trueque de algunos zurrones de arroz, un corte de macanilla, o por dos chispas de charque, una buena navaja toledana. Los artículos mayormente demandados eran el chivé, el frejol, la chancana, la manteca, el cacao, etc. Los tejidos regionales —ya muy escasos— si eran adquiridos, se lo hacía sin más incentivo que el lujo o la curiosidad.

Casi todo el comercio era ambulante. Por lo menos en esos días de fin de siglo en que Magdalena, apenas contaba con la Casa Maciel, gerentada por sus propietarios, unos rumbosos brasileños cuyo recuerdo perduró mucho tiempo.

Cuando se hizo el descubrimiento de que en las islas y en los bosques ribereños del río Iténez, también había

germinado la milagrosa siringa (descubrimiento del cual nos ocuparemos más adelante) fue mayor la inquietud comercial de estas tierras. Se afirmaron los capitales y los patricios radicados en la capital y demás pueblos, en arduas jornadas de trabajo, ampliaron sus posibilidades económicas.

Todos estos varones ejemplares, no era sólo en la sonoridad de sus nombres que llevaban el timbre de su ascendencia hispánica; a él respondía el desprendimiento hidalgo de su corazón humanitario.

Así prosperó muy luego Magdalena.

Sus obras públicas fueron encaradas en común esfuerzo, con el aporte sin tasa de todos los vecinos. Hasta 1910, aún se conservaba en buen pie el templo de la Parroquia, obra monumental y artística por desgracia edificada con materiales poco nobles —la madera y el adobe— que abatió el tiempo. Por esta circunstancia es que los documentos de la cultura de Mojos, desaparecidos, no cuentan para nada cuanto de arte e ingenio nacional se habla en el país.

Era el altar de la Virgen un amplio frontón de cedro tallado y esmaltado a pan de oro, con una seguidilla de nichos y hornacinas de abajo para arriba, tal como actualmente se ve en las capillas esparcidas por la cierra andina. La imagen de la Penitente, aquella que loca de místico amor enjugó con sus cabellos los pies de Cristo cuando comía en casa del fariseo, era opulenta y bella; el cuello delgado, anhelante y sensual, la boca entreabierta, las mejillas mórbidas y los ojos en vez de estar caídos, se elevaban al cielo en busca del Señor. Al mediodía en la umbrosa nave de la iglesia,

únicamente lucía la fosforescencia del oro. Con la oblicua luz de las ventanas, se realzaban los frisos enconchados, las columnas, los círculos florales y la sucesión de plintos estofados. Ningún mal trajo acá la churriguería. Los artífices itonamas asimilaron los dictados de los arquitectos y escultores, sin veleidades morbosas y con rectitud hacia el fin ideado. Sólo que el orín y la polilla, todo lo reducen a polvo.

* * *

De este templo queda hoy como vestigio, la regia y vetusta torre; con ella se mantiene el recuerdo de don Manuel Fernández de Córdova, quien la mandó levantar en el corto plazo de tres meses, en 1858, de acuerdo a documentos fehacientes. Aún cuelgan en ella la campanas que donaron los Maciel. Se perfeccionó el cuidado de las comunicaciones con difíciles obras de canalización, terraplenes y puentes siguiendo la tradición que venía desde el coloniaje y los primeros gobernadores del lugar.

Para ejemplo de altruismo y largueza, no olvidaremos de consignar otra vez el nombre de don Ángel María Dorado, veterano que entregó una hacienda entera para beneficio de los necesitados, a la cual el pueblo acudía en busca de leche, gratuitamente.

Huacaraje

En cumplimiento del programa que se impuso don José Hurtado Justiniano, se organizó un viaje a los cantones del Sud, Huacaraje y Baures. Y una mañana de marzo, en plena llanura y con los baqueanos Castedo y Ardaya que guiaban la embarcación, por el mismo camino de tierra (cuya huella seguíamos a través del agua) partimos de la vieja garita de Magdalena. Sólo nos despidieron las indias que iban al puerto por agua corriente.

Los remos quedaron en el vientre del batel y empezamos a esgrimir las singas. Por momentos, ingresábamos al campo que ofrecía un lecho de grama recamado de florecillas blancas. Apartábamos el tarope entremezclado de motas rojas, adelantándonos en grandes estuarios matizados de nenúfares y victorias regias. Allá en las orillas, el asabí y el marayaú.

Después de un fatigoso día, encostamos en San Antonio, floreciente propiedad en que vivía su dueño, don Tristán Languidey —viejo hidalgo, exquisito de humor— en cuya casa debíamos permanecer por corto tiempo; todo el tiempo que demandaba el derribo de unas reces que debían ser convertidas en charque.

Parece que los último viajeros habían traído a esta hacienda el no extinguido mal de la viruela. Se produjo alarma en todo el campamento y no sin razón, pues cayeron cuarenta variolosos en un sólo día. Entre ellos, nuestro patrón. Sin auxilios de ninguna clase, se improvisaban remedios de dudosa eficacia, que más curaban, al parecer, por sugestión. Se nos hacía beber a todos cada mañana un endemoniado brebaje preparado con limón y sal. Nunca olvidaré la cara que ponían esos peones corpulentos de ralos bigotes. Salvó don José de tan grave enfermedad. Y luego pusimos rumbo a Huacaraje.

Llegamos al pueblo en una hora de desgracia. Todo era sigilo. Caras pálidas y largas asomadas por las puertas, nos mostraban el fatídico rastro de aquel mal. Sólo se veía en la plaza el balsamino y una enormidad de patos y gallinas estudiando botánica por entre las raíces. En grandes macollos crecía el aribibi. Detrás de los cerros, los perros nos daban con ladridos su poco cordial bienvenida. Los portones de gruesos batientes de las casas señoriales, estaban cerrados. Don Napoleón Leigue, don Ramón Dorado, don Jovito Egüez y otros, habían sellado su contacto con el mundo.

Mas no por eso las ambiciones se aquietaron. Había marchantes que seguían el trabajo en ritmo acelerado, acumulando víveres y apresurándose a desplazarlos a los centros de consumo. Por la quimera del oro, el hombre fue siempre capaz de arrostrar hasta a la muerte.

Era Huacaraje el solar privilegiado donde se producía el mejor tabaco de la zona, cuya excelencia llegó a convertir el mazo en la unidad monetaria de comercio. Sus habitantes

autóctonos pertenecen a la raza itonama y el sitio donde se asiente el pueblo, era el campamento obligado para todos los viajeros que cruzaban de Magdalena a Baures y viceversa; de tal modo que guacaraje (y no Huacaraje, como se escribe oficialmente) quiere decir “pascana”.

Su fundación data de los primeros años de la república y es atribuida a un corregidor de apellido Velarde, el que, para aliviar el largo peregrinaje de catorce leguas desiertas que se hacía a pie, llevó a ese sitio las ochenta familias de itonamas que originalmente lo poblaron.

De su florecimiento sólo quedan vestigios. Un camino recto con terraplén por un lado y canal por el otro, unía las aguas de su río, con el río Blanco, llamado también Baures.

Los Baures

Todavía nosotros alcanzamos a utilizar el canal que acabamos de mencionar. A remo limpio, por él, llegamos la primera vez, a la tierra sobre la que se extiende el maravilloso país de los baures.

Un nutrido movimiento de canoas cruzamos en todo su trayecto. Por entre los ramajes hundidos de la orilla, saltaban los sábalos dando coletazos. Era incesante el comercio. Sobre un barranco recio y alto sombreado de viejos árboles de sumaquí, era costumbre pasar la siesta. La corriente en este punto era intensa. De pie sobre un tronco y bajo las altas ramas del sumacal, nos solazábamos contemplando el encoste de las embarcaciones. Venían algunas tan cargadas, que milagrosamente surgían del agua con los jasayeses, las blancas sacas y los cajones, detrás de los cuales seguía la débil estela del piloto.

Caso fortuito fue el de una de las embarcaciones que, al hacer el movimiento de atraque, en menos de un minuto se dio vuelta de campana, sembrando en el profundo lecho carga y tripulación: la una que se perdió totalmente; la otra que reaparecer bien lejos, entre un salto de pirañas y el bogar de las ojotas y el sahó.

Pero nadie, que no fuéramos nosotros, sufrió impresión. Que el mojeño, por el determinismo geográfico, lo mismo se mueve dentro del agua que sobre la corteza de la tierra. Ambos son sus elementos naturales. La tarde —como los pájaros— iba bajando a la copa de los árboles. Los viajeros sentimos esa vaga impresión que embarga el espíritu cuando la predestinación nos señala un punto del mundo, como una piedra miliar en el camino de nuestra vida.

Es la de los baures una tribu antigua dedicada al labrantío de sus campos en la extensa zona que se amplía a la derecha del río Blanco, hasta dar con el San Martín y el Iténez. Su núcleo principal se había concentrado en ese punto en el que —arribados los españoles en el siglo XVII— oficializaron su fundación en el nombre del Rey, hincando la rodilla en tierra, enarbolando estandartes y alzando una cruz y una horca. Fue un 8 de diciembre, razón por la cual pusieron al pueblo bajo el patrono de la Purísima Concepción, sin haberle cambiado el nombre original autóctono.

Famosa es la belleza de su tipo: las mujeres trigüeñas, fuertes, esbeltas, poseen una triangulación perfecta en su arquitectura física; los hombres erguidos y robustos, tienen la corpulencia de los hachadores.

Meticulosos en el aseo de su persona y en la limpieza de sus cosas, amables y obsequiosos con los forasteros, a los que brindan buena chicha en la clásica tutuma. En sus fiestas bailan con donaire al compás de música propia, compuesta y ejecutada por artistas intuitivos. Los aficionados a la música, además de tambores y flautas, tocan el violín, el acordeón y otros instrumentos de procedencia europea.

Aún hoy está en todo su vigor la música vernácula. Que es en el llano y sólo en el llano amazónico, que el campo tiene a la ciudad copada. En los sitios en que la ciudad marcha hacia el campo —y con la ciudad el maquinismo, la grandeza material — se ve cómo, automáticamente, se confina, se apaga y muere, desarraigado, el arte del país. Sólo falta en Mojos el estudioso que las “descubra” y explote.

Visten las mujeres el tipoy, confeccionado de telas brillantes, realzando el escote con varias seguidas de collares, en que se alternan con productos de la tierra y trofeos de caza (colmillos de puma), perlas, chaquiras, cuentas de vidrio y, las más lujosas, cadenas de plata con pendientes de libras esterlinas. Ajourcas y abalorios en las orejas. Anillo de chonta o de hueso encasquillado —o de oro puro — en las manos. En las trenzas de su abundante pelo negro y lustroso, cintas coloridas que tornasolan el aire.

Sus casas están siempre bien barridas y arregladas. Hasta decoradas con siluetas de tajibos, palmeras y toros, en altos frisos pintados por hombres de indudable habilidad, sobre la pared de barro blanqueada. Rozados y limpios los canchones. Religiosos todos y todos consagrados al trabajo y muy cumplidos en sus obras.

De antiguo debieron ser nómadas, cazadores, sujetos a largas migraciones como los sirionoses, yanaiguas y chapacuras. Pero como la agricultura es la condición más natural del hombre, la más libre, reducidos por los misioneros que facilitaron su vida con la internación de

los primeros vacunos y el constante hábito de trabajo, se han tornado labriegos y obreros manuales, perdiendo todo contacto con las tribus que aún quedan “infieles”.

El idioma baure es armonioso y dúctil, tanto que ha dado paso al genio poético, que es el brote mayormente señalado de su riquísimo folclore.

* * *

Nos instalamos en Baures, con todos los aperos del negocio. Felices como un labrantín frente a su campo arado. En aquel lejano tiempo, éste era el pueblo de paz y de trabajo del que hablan los salmos de David. Constaría de una cuarentena de familias de grandes señores carayanas, unas mil personas del pueblo medio y unas cuatro mil de indios —todos familiares y castellanizados — aparte de los individuos de tránsito que en crecido número animaban con sus noticias y dinero el inquieto colmenar.

Los vestigios de la variolosis eran perceptibles en sitios aislados, en los que se hacía continua hoguera calcinando huesos de animales. Casi todas las casas del centro se hallaban animadas por un trabajo febril. En la sombra de los grandes corredores se embalaba los granos en enormes zurroneos que iban a formar verdaderas pirámides de cargamento.

Luego se veía el desfile de mozos, como se dio en llamar castizamente a los peones, y de sirvientas, duras y entrenadas, que lo confiaban todo a los tendones del cuello para cargar sobre la cabeza hasta cuatro arrobas, carga que transportaban a larga distancia, entre el

vibrar de sus cuerpos jóvenes y un salobre chorro de sudores.

Encontramos en todo su vigor la organización social del trabajo que impusieron los jesuitas en días de la Colonia. Igual que en Magdalena, en este pueblo, todos los gremios se hallaban distribuidos en cuarteles edificados con amplitud por distintos barrios; cuarteles que ocupaban hasta manzanas enteras de recio adobe y techo de tejas. En el frontis de su portal ostentaban un escudo con el nombre de su “parcialidad”, como se distinguía a los distintos grupos de trabajadores.

Lo mismo se ha observado tanto en Potosí como en el Cuzco, en donde hasta la fecha existen las calles de “Tejedores”, “Escribanos”, “Espaderos”, etc., amén de otras con menesteres menos altos.

La metódica distribución mantenía el ritmo del trabajo en las mejores condiciones de exactitud y rendimiento. Al toque del alba en el campanario parroquial, todo un regimiento de obreros acudía bulliciosamente a sus talleres y sitios de labor, donde un turno semanal de mujeres realizaba el barrido y la minuciosa limpieza de galpones.

Muchas sorpresas encontrarán los sociólogos que quieran ahondar en el estudio de esta repartición del trabajo y la consiguiente percepción de sus ventajas, ya que métodos idénticos son los que han venido a “revolucionar” en los últimos años los sistemas de producción europeos. Permítasenos enunciar sólo las disciplinas sociales y políticas de estos pueblos, sin

entrar en su interpretación, que dejamos a mentes capacitadas para ello, ya que por otra parte, este libro sin pretensiones —páginas de heroísmo civil— está dictado por la contemplación y el recuerdo, antes que por la creación en su sentido trascendental.

Bajo los árboles del río Blanco y en un recodo pintoresco, funcionaba una especie de astillero cuyo olor a mara e itaúba y cuyos martillazos sobre tablas y cuadernas, inundaban de ruido la ribera. Chalupas, canoas, monterías y batelones, perfectamente construidos, salían de aquí; algunos tan grandes y capaces que cómodamente podían cargar hasta mil ochocientas arrobas.

Los vecinos de Baures eran bravos y cruceños. Después de haberse enriquecido trabajando en los siringales del Madera, nutridos de experiencia, ávidos de sosiego, habían tornado con la serena cosecha y, elegido este rincón, plantaron sus reales para gozar de la vida. De éstos eran don Balvino Franco, don Pastor Oyola, don Rafael Ruiz, don Manuel José Justiniano (cuyo empeño y alucinación estaba siempre jugando con todos los acaeceres de sus compañeros), don Benigno Vaca Moreno, don Manuel Ruiz, don Fernando y Arístides Antelo, don Urbano Melgar, don José Manuel Martínez y otros muchos que sería largo enumerar.

Entre los nativos que ostentaban el blasón de su alcurnia y sus riquezas, estaban los señores Rómulo, Pedro y Nemesio Ojopi, hijos del gran cacique don Hipólito y de doña María Manuela Vaca, cruceña “americana — española”, como dice un documento público que a ella se refiere. Eran especímenes espléndidos de la raza mestiza,

los tres primeros; raza que dio más tarde a muchos notables pioneros de la goma, grandes benefactores de su pueblo, artistas e intelectuales.

A la inversa de los idilios de razas distintas —tan memorables en los anales de la colonia Alto y Bajo Peruana — acá fue un jerarca indio el que sedujo a la mujer blanca que se tocaba con saya y mantilla. El matrimonio de don Hipólito y doña Manuela se efectuó en Santa Cruz. Del cacique se conserva un retrato el óleo hecho en 1882 y firmado por un notable pintor colombiano que con su pincel, redondeó toda una fortuna.

Al día siguiente de nuestra llegada, muy de mañana, fuimos con Nicolás a visitar la iglesia. Retablos con olor a brea que hervían de corolas y volutas, de arcos, columnas y escudos, caminos del escoplo y de la gubia. Sobre el paredón de adobes se prendía y se espesaban como una yedra de itaúba. Recios pilares de cedro labrado sostenían el techo, desde el atrio hasta el altar. Todo aquello era sombrío como un bosque, la luz se dispersaba como un dorado enjambre de insectos voladores. Igual a todos los templos de procedencia jesuítica, el de Baures ostentaba sobre algunas tallas, recubrimientos de plata bruñida y cincelada, frontones, mallas, floreros, candelabros; y de plata era la vajilla y todos los accesorios del servicio ritual.

En la casa parroquial, parece que el presbítero Dr. Antonio Nuñez Espinoza, esperaba a Nico. Amigo de su madre y vecino de San Roque en Santa Cruz de la Sierra, se encaró con él en demanda de noticias. Y luego,

ajustándose los cordones de su hábito inquirió sobre su conducta en el siguiente diálogo:

—Has venido de fuga...

—...

—Aquí te haré quedar y veré la forma de que regreses. Eres demasiado niño para sufrir sin necesidad.

—No, padre; salí con la bendición de mi casa. Quiero rodar tierras...

—Después de la secundaria, has debido estudiar una carrera. ¿No tienes en cuenta acaso los sacrificios de tu madre a quien dejas sola?

—Pienso regresar pronto y con recursos para servirla. También seguiré estudiando. Bien sabe usted que por mi madre soy capaz de poner la mano al fuego.

—Bueno hijo, está bien. Dios te ayudará.

—Amén.

Y el reverendo, con su mano larga, le tocó la cabeza.

Fue el presbítero Nuñez quien lo recomendó a su notable vecino don Arístides Antelo, hombre de pesadilla para el prójimo por la causticidad de sus juicios, por todas las exigencias que, comenzando en su casa, hacía, apoyado en la rectitud de su vida y en altura de sus costumbres. También don Arístides recibió a Nicolás con un sermón.

Pero hablando que hablando, entró en las razones del muchacho, no se sabe si simplemente por sus palabras

de explicación o por los punteos de la guitarra que, maquinalmente, tomó en uno de los movidos instantes de la conversación.

En poco tiempo este conocimiento se trocó en amistad y simpatía. Tan rancio de linaje, tan hondo de espíritu, esta relación con el señor Antelo, era para Cuéllar como una carta blanca para su presentación a las otras familias importantes.

Un condestable criollo era don Arístides Antelo. La gente lo sabía excéntrico y gruñón. Presumía —y no sin muchísima razón— que, de todo el pueblo, era únicamente en su mesa que se presentaban con mejor gusto las comidas. Se pavoneaba del esmero con que regalaba a sus invitados, en ademán de crítica a las costumbres de los demás, antes que por ostentación. Las bebidas que consumía eran de lo más calificado que podía conocerse y, en lo que a su persona se refería, no había quién llevara lo que él usaba ni quien pisara donde él pisaba; era único —en su propio concepto— en la selección de las cosas. Hacía confeccionar sus trajes de diario con telas que encargaba de ultramar, finísimos linos flexibles y claros casimires ingleses. Para diferenciarse de “los otros” no llevaba el reloj con la cadena de oro pendiente de bolsillo a bolsillo, sobre el chaleco: lo ajustaba en el ojal de la solapa y lo introducía en el bolsillo izquierdo del vestón. En su mano derecha, un regio topacio solitario. Durante las ceremonias oficiales o religiosas —eso sí— no podía prescindir de la levita y la chistera, reluciente como los cirios en la procesión del viernes santo, y de todo carácter en las recepciones del 6 de agosto o en los bailes de la Purísima Concepción, patrona del pueblo. De

cara, era un hidalgo español. Nariz de conquistador, frente amplia, una barba espesa y bien cuidada, un tanto canosa, y la nota característica: el birrete. Era algo así como una pequeña gorra vasca, pero con borla y bordada de perlas, regalo de familia, como él decía. Grande figura la de este viejo. Muchas veces lo hemos encontrado, posteriormente, en las páginas de Valle Inclán.

Otros pueblos indígenas

En el plan de nuestros viajes figuraba el Carmen pero de Baures tuvimos que desandar hasta Magdalena. Nueve años más tarde, en 1906, visitamos recién este pueblo fundado en las postrimerías del coloniaje o en los primeros días de la República, sobre la base de familias baures y también sobre el río Blanco, pero en la margen izquierda.

Era constante por el Carmen el movimiento naviero desde la misión de Urubichá, en Guarayos, hasta el Iténez. El comercio de tierra contaba con excelentes caminos terraplenados, entre los que se recuerda (porque ahora de eso no hay sino vestigios) aquel que unía este pueblo con Loreto, a través de cuarenta leguas, por el cual se llegaba a la capital del Beni y se viajaba a Santa Cruz. Caminos perdidos entre montes y bajíos. Caminos largos en que las leguas estaban marcadas por los viejos tajibos y las palmeras solitarias.

Grandes cafetales y cacaotales, en especial, eran la base de las riquezas del lugar. Los apellidos Melgar y Hurtado predominaban por entonces.

Varios núcleos tribales o clanes antiguos —de estrecho parentesco pero diferenciados por la lengua— existieron

sobre las fértiles márgenes del río San Martín, principal afluente del Blanco. Todos escalonados en esa larga extensión territorial.

El suelo generoso y la vida fácil, fueron dos factores determinantes de la dispersión de las tribus; fenómeno contrario al que se ofrece en las comunidades de los yermos andinos en que, la mezquindad del suelo, enseña a los hombres la cohesión social.

En las nacientes del San Martín, estuvo un pueblo bautizado con el nombre de San Nicolás, y sucesivamente —bajando el curso del nombrado río— venían San Simón, cerca del famoso cerro aurífero de igual nombre, San Martín, Santa Rosa, la Estacada de San José y San Joaquín, últimas fundaciones españolas regidas por los jesuitas, que se disolvieron, pasado un tiempo, tirando sus componentes como las cabras, cada uno a su trecho en la montaña. Lo mismo pasó con la población de San Miguel en el río Blanco.

Había sí algo más que el instinto de regresión para tales alzamientos. Y era principalmente la leva forzosa y brutal de trabajadores que practicaban los portugueses cuyo cuartel general estaba en la fortaleza del Príncipe de Beira. Y esto, aún después del tratado del 13 de enero de 1750, en Tordesillas, que adjudicó a la corona lusitana todas las tierras situadas al Oriente del río Iténez.

Son visibles hasta hoy los vestigios de aquellos pueblos aventados por la usurpación y las guerrillas. Montones de tejas, ladrillos y algunas paredes esparcidas al acaso, en

terreno firme —bajo la jungla — evocan recuerdos de pasados siglos oscuros y misteriosos.

Además, por cualquier dirección que han seguido los buzos de la selva en pos de “El Dorado”, han encontrado signos de la fugaz existencia de grupos humanos, como ser zanjas y bardas, ya para la defensa o ya como delimitación posesoria, adoberías, y muchos documentos de su cultura (cántaros, vasos, hachas, utensilios de hueso, etc.) aunque naturalmente, rudimentario y primitivo.

Es probable que San Joaquín se mantuvo, con escasos habitantes. Por el testimonio oral de cambas octogenarios —recogido a su vez de generaciones anteriores — se sabe que una inmensa cantidad de murciélagos que provenía de los zumacales, ganó la ciudad albergándose en los techos ruinosos. Tales bichos constituyeron una calamidad, pues succionaban la sangre de los indefensos moradores que, como hasta hoy, tienden sus hamacas para dormir al aire libre por imperio del calor.

Vino a salvar la situación el traslado de la ciudad, ordenado por el gobernador de Mojos, teniente coronel don Miguel Zamora. Con todos los enseres de su templo y los arreos de pesca, ganadería y labranza, los habitantes se trastearon en numerosas canoas, a través de los ríos, lagos y campos inundados, al lugar de “Agua Dulce”, que hoy ocupa en la margen izquierda del río Machupo, el 20 de agosto de 1795.

Engrosaron esta expedición, numerosas familias movilizadas de Baures, cuyo dialecto es común para ambos pueblos.

Fiel a la sangre, el aborigen del nuevo San Joaquín conserva las características ejemplares de sus progenitores. Son diligentes y limpios. Sienten tanto deleite por el agua que, aparte de disponer de los ríos en que nadan como jichis, en sus casas la conservan en hormas, tinajones y aljibes.

Cuéntase que una de las flotillas migratorias, llevaba la campana más grande del viejo pueblo y que, cuando la canoa que cargaba con tan preciosa reliquia atravesaba una laguna extensa y brava, naufragó. Por largo tiempo hicieron los joaquinianos esfuerzos para recuperarla. Tentativas iguales fracasaron, por otra parte de los caciques de Magdalena y Baures. Sin embargo, constantemente los viajeros y campeadores que conocían el sitio, aseguraban haber visto —en tiempo seco — la oreja de la misteriosa campana. Pero las cuadrillas organizadas para extraerla, decían que cada vez que lo intentaban, se desataba un fuerte temporal que encrespaba las aguas. En pueblos primitivos, se desborda la propensión al animismo. Entonces, se dijo que la laguna estaba embrujada. No podía ser de otro modo. La imaginación vio instalado en su seno a un genio maléfico y un pavor supersticioso y tremebundo empezó a cundir en los ánimos determinando, no solamente el abandono de la empresa del rescate, sino el alejamiento de los viandantes de todos los campos que circundan el lugar.

En el año de gracias en que recibimos informes de esta población, era cura de la parroquia el presbítero Diego Gutiérrez, destacándose como señores feudales, don Jesús Vasquez, don Miguel Montero, don Ricardo Hurtado, don

Anselmo Sánchez y otros a la par que muchos nativos y mestizos de respetable posición.

Y ahora nos toca referirnos a San Ramón, contemporáneo del pueblo del Carmen.

Un buen gobernador resolvió y llevó a la práctica, con familias de Magdalena, su edificación en la margen derecha del río Machupo, eligiendo un lugar equidistante entre Magdalena y Trinidad.

Rodeado el lugar de grandes campos de pastoreo, la riqueza pecuaria recibió vigoroso impulso. En pocos años eran varios ya los hacendados y empresarios de consideración, pudiéndose recordar a don Octavio Roca, don Matías Sanguino, don Vicente y Benjamín Salvatierra, don Manuel Melchor Montero, y don Nemesio y Avelino Hurtado, entre los más esforzados.

San Ramón ocupa un puesto central entre todos los pueblos de Mojos, razón por la cual no decae su importancia. A 18 leguas de Magdalena, a 16 de los puertos del Mamoré, a 24 de Trinidad y a 6 de San Joaquín, tiene el privilegio de encontrar todas las redes de comunicación.

La peste virulenta que trajo tanta mortandad, parece que con mayor ensañamiento atacó a este pueblo dejando grandes vacíos en su vecindario. Pero se repobló después con nuevas gentes.

* * *

Erigido en departamento este vasto jirón de suelo patrio, no fue difícil a los gobernantes y administradores, el tránsito del régimen colonial al nuevo régimen. La disciplina, la honradez y el orden —que caracterizaron el gobierno de los jesuitas— fueron aprovechados por juiciosos funcionarios que, entre otros aciertos, tuvieron el de conservar muchas de las instituciones tutelares de los lugareños tan profundamente enraizadas y que datan al parecer, de su vida de tribu superior. Así por ejemplo, el Cabildo Indígenal continuo sus actuaciones como cuerpo colaborador de la administración general. Lo presidía un cacique, jefe nato del pueblo, que gozaba de cierta autonomía y de un mando muy respetado.

Se siguió dando este alto cargo a cambas de abolengo, “taitas”, dotados de claras condiciones para la organización y el gobierno. Todavía, a nuestra llegada, nos fue dado conocer en toda su dignidad de reyezuelos, a los caciques Ángel María y Regis Sosa, Zacarías Omireji, Eliodoro Cajereico y hasta 1912, a Elías Pinaicobo y Cornelio Imopoco, en el pueblo de Baures; todos ellos, jefes descaltos, bondadosos y cordiales, que contaban en el pueblo con extensos fundos de su heredad y riquísimas haciendas y chacras de todo ganado y de todo cultivo en los campos aledaños. Y en Magdalena, a los caciques Ascencio Mopi, Sótero Guacama, el taita Patricio Mereca, Pedro Cayaduru y José Guarivana.

Estos “paducas” del pueblo, en las grandes ocasiones, se mostraban con arrogancia, más por sus posibilidades

económicas, por su atuendo de jefes y en el aparato para presidir todas las ceremonias religiosas del lugar.

Por debajo de esta autoridad venían los intendentes y los jueces, que eran los ejecutores inmediatos de las disposiciones superiores.

Entre las atribuciones del Cabildo, estaban las de vigilar el desenvolvimiento gremial de todos los obreros, atendiendo demandas e impartiendo justicia; ni más ni menos que una corte del trabajo, pero con la ausencia del papeleo de chupatintas, y sí con verdadera eficacia salomónica. Personalmente, el cacique y sus colaboradores, inspeccionaban el orden y la limpieza en la plaza, los templos, las calles y cementerios, castigando sobre el terreno la ociosidad, la mentira, el robo.

En los días de fiesta y particularmente en los del santo patrono de cada localidad —días en que se quema mucha pólvora y en que, con las casas blanqueadas, las calles parecen acendrar la luz hasta su más alto grado de luminosidad— se calaban la arrogante camiseta —también blanquísima— con rapacejos y galones de vivos colores, con la que, seguidos del pueblo, concurrían a misa, a la Misa Mayor.

Terminada la procesión, presidían el banquete de los grandes de su clase arengándolos con su léxico conciso, y luego asistían a los convites de los carayanas, risueños, y en los labios el comento del gracejo de los bailarines (toreros, angelitos, cabbitocusiris, chechebecos, uchulos, nichoros, guaroyanes, etc.), que pirueteaban en el patio sopados de sudor.

Todos los cabildantes usaban como símbolo de autoridad, bastones de chonta o de cuerno, con empuñadura de oro y plata, según el gusto de cada cual, empuñadura que en muchos casos sirvió para hacer advertencias contundentes a borrachos y respondones.

Tales figuras majestuosas y clásicas, han ido alejándose del escenario rural hasta desaparecer completamente, a medida que ha venido cundiendo la decadencia cultural, reflejo de la decadencia material de los pueblos. Tal fenómeno determinó, aún más, el menosprecio y la supremacía del mestizo y del blanco. Ni más ni menos que en los centros aymaras y quechuas a lo largo de la cordillera de los Andes.

E igual que en esos centros, la Iglesia, que tenía sus centros y establecimientos ganaderos de cuyo rendimiento se servía —bienes que eran todos administrados por representantes del cacique— poco a poco fue siendo víctima de despojos, no siempre imputables a los descreídos corregidores o a los viciosos subprefectos de la última época.

Un capítulo de cultura que es necesario exaltar a despecho de las miserias actuales, es el que se refiere a la instrucción pública. No había sitio en que no hubiera una buena escuela de ambos sexos pagada por las municipalidades y bajo la regencia de maestros consagrados como los sacerdotes a sus deberes. Anualmente centenares de niños salían alfabetizados y —lo que es mejor— educados.

Estos establecimientos que nada costaban el erario de la nación, reunían fraternalmente alumnos de raza blanca con indios natos, sentándose a veces en el mismo banco

el hijo del patrón con el del mayordomo y vaquerizo. Y en más de una oportunidad, hemos visto, complacidos, el vivo aprecio que se manifestaban personas de edad y de distinta condición social, que se decían “de la misma lechigada”.

Por regla general, la gente de Mojos es hábil de manos e inteligente para superarse en la enseñanza que recibe. Su contacto con la naturaleza, la complacencia de sentirse confundido en el grandioso acorde cósmico —embriagado de todas las esencias de la pampa y la llanura — antes que empequeñecerla como postulan lo más, despierta en ella una suerte de coraje, de fe en el trabajo, sentimiento de los que nacen sus más altas concepciones del presente y del porvenir.

Los cunumis o niños indígenas —hijos de sirvientes — siempre se han distinguido por su interés en aprender, llegando muchos a sobresalir en los planteles de educación.

Por eso el Beni, Mojos, en que hay un 65 por ciento de alfabetos, en comparación con los escasos 42 por ciento de las estadísticas del Altiplano, es un país de honda tragedia: padece un desequilibrio entre su espíritu y la realidad social, porque ha avanzado por dentro mucho más que por fuera.

Los tejidos de algodón

Añoraban los viejos la época de la industria de hilados y tejidos de algodón, que comenzó con las gobernaciones y acabó con los corregimientos. Existían en toda la comarca grades extensiones de tierra cultivada con esta planta habiéndose hecho la mejor instalación de los telares en los pueblos de Magdalena y Baures.

En amplios galpones funcionaban los talleres; en ellos, ante inmensos bastidores verticales, enjambres de tejedores sacaban diariamente centenares de varas de driles, macanas, lienzos, a la vez que alfombras, hamacas y otros productos, todos franjeados de colores, de acuerdo al gusto de entonces y al uso al que estaban destinados. Se los enrollaba en piezas y se hacían fardos destinados a la exportación.

Fue una industria de prosperidad inusitada. Antes del auge de la goma, éste era el objeto de todo el tráfico que se hacía con los pueblos del interior y las ciudades vecinas. Comerciantes de todos los confines los adquirían, ya se por dinero en efectivo o en permuta por sal, ganado, medicamentos y otros artículos.

Pero los apetitos humanos, todo lo envilecen. El afán de lucro vino haciendo perder a tan noble actividad su carácter

social y progresista. Y la explotación por todos los medios que dicta la avaricia, tocó los extremos. La opinión, por órgano de sus gacetas, dio la voz de alarma, invocando la intervención de los poderes públicos en favor del indio. Se abogó por la liberación, en nombre de básicos principios de la democracia en nuestra Carta.

Estas protestas, presentadas ante el nivel central, determinaron que el gobierno del General Ballivián dictara sus notables decretos de 6 de agosto y 18 de noviembre de 1842 que, al ser conocidos en Mojos, causaron enorme júbilo entre las masas explotadas y sus defensores. Pero la ejecución de tales disposiciones, trajo aparejada la clausura de los talleres y el cese en la actividad de los telares.

Y vino la anemia del comercio.

Los exportadores mejor avisados, tornaron la vista a Europa y a Norte América, sin desalentarse mayormente. Enviaron muestras de las finas y pintorescas telas indígenas y no tuvieron que esperar demasiado para colmar toda la plaza beniana de sus necesidades en lo tocante a vestido. Las fábricas de ultramar les hacían puntuales remesas de las mismas macanillas, los mismos driles, el mismo lienzo —si bien es verdad que sin la nobleza y la calidad de los genuinos — con la ventaja de un precio rebajado y de una abundancia sin limitación.

Así cayó en desgracia, muy temprano, esa ocupación artística tan saludable para la dignidad del pueblo. Pero las gentes —gracias a sus virtudes innatas — no se cruzaron de brazos, inactivas, sino que tornaron a la faena de los campos.

La ganadería, fácilmente atendida y libre de enfermedades y de plagas, por entonces absolutamente desconocidas, se multiplicaba y prosperaba en vigor y calidad. La marca en las ancas del vacuno o la señal en las orejas del ternero, eran suficiente garantía de inmunidad contra la acción dañina — si la había — del prójimo. Los hacendados contaban por miles sus cabezas y por leguas sus posesiones territoriales.

Paralelamente, la agricultura daba en abundancia los medios de subsistencia, frutales, caña de azúcar, cereales y legumbres. Los platanares se extendían en desorden y bastaba tirar en los canchones la semilla del mango, de la palta, la naranja o el guayabo, para tener de cada árbol almácigos crepitantes de lujuria. Debe además tenerse en cuenta que si los frutales cultivados eran tantos y tan varios, mayor era el número de los mismos, silvestres, que abundaban por todos los caminos: aguahí, achachayrú, motoyhé, sinini, quitachiyú, ambaibo, mangaba, ví, cayú, tarumá, guapomó, pitones, ocoró, guayaba, lúcuma, guapurú, marayarú, para sólo citar las que se nos vienen a la memoria.

Pero todas estas riquezas no sirvieron para otra cosa que hacer la vida regalada y cómoda, tendiente a su caída en la molicie. Se aflojaron un poco los resortes de la sociedad y se relajaron en parte sus austeras costumbres patriarcales. Sin embargo, viéndose cómo los traficantes de mercadería importada, recogían esos productos en permuta con los tejidos de que eran marchantes, y sabiéndose sobre todo de la prosperidad en que entraba la goma, algunos cruceños pensaron en movilizarse personalmente transportando víveres.

Y a la idea siguió la acción.

Principiaron por construir en los bosques y con las más finas maderas, batelones y monterías. Se hicieron derribos de ganado en masa. Se apuró la molienda. Y de los trojes se sacó el arroz y el maíz, y de las hormas el azúcar en terrón; y con un cargamento de costales y panacuses, y chipas de charque, grasa, queso, chivé y horneado, y con tripulaciones de personal escogido, se hicieron —otra vez entre cientos de veces — a la buena ventura.

Y salieron triunfantes de todo: de la sabandija que los hostigaba (*anopheles gambiae*), de los salvajes que los asaltaban, de las enfermedades endémicas que los consumían y de los terribles saltos desbocados del Mamoré y de ese otro monstruo de agua —el “ríomar” — el Madera.

El viaje lo efectuaban en seis meses, desde Magdalena y Baures, hasta Villa Bella. Es un hecho confirmado que los peones —que había que pedirlos del Corregidor — sólo recibían veinte reales como anticipo de salario, además de algunos cortes de género que dejaban a sus mujeres. Pero también es cierto que, de regreso, en grandes baúles tachuelados, traían novedosas telas, lampiones, trazados, hachas, escopetas y —los más empeñosos — el *winchester* 44.

Los patronos tomaban contacto con comerciantes de Manaos, Santarén y Belem del Pará y traían todo a precios sumamente ventajosos. ¡Y qué calidad! Aún siguen corriendo en nuestros días los relojes adquiridos entonces. Fotografías de la firma *fidanza* con esos sellos llenos de

firuletes, aún están claras y muestran serenamente a los patricios bigotudos del novecientos.

De la industria brasileña se importaba guaraná, sombreros de jipijapa, zapatos y abarrotos. En muchos casos, preciosos muebles de junco.

La guasca

Los agentes de la colonia implantaron el castigo con azotes a nalga pelada, imponiéndolo a los nativos que cometían faltas graves. Era un medio riguroso de establecer disciplina, propio de aquellos tiempos inquisitoriales.

Al cimarrón, al que robaba, a los rebeldes, se les aplicaban los azotes. A veces, atirantado, es decir, sujeto al suelo por cuatro hombres en tanto que otros dos blandían los chicotes y la autoridad contaba la zurra. Y como a todos se acostumbraba el cuerpo, según la conseja vulgar, la guasca cobró el rol de una institución que todos respetaban.

Pero este sistema de corrección degeneró en abuso. Mucho tuvo que ver la crueldad en este bárbaro principio, ya de por sí cruel. En los sirringales, en las empresas de transporte, en las estancias ganaderas, los patrones llegaron a establecer una especie de tarifa: cincuenta palos para el mentiroso, cien para el ladrón y de doscientos a quinientos para el bribón y reincidente. En estos últimos casos, llagadas y temblorosas las espaldas de las víctimas, eran sajudas por verdugos expertos que acababan su operación espolvoreándoles sal y mandándolos al galpón para su convalecencia, en una, dos o tres semanas. Tirados de barriga, así comían, dormían y hacían sus necesidades.

Hasta 1910 ó 1912, jamás hubo autoridad que sobre la mesa de su despacho no ostentara un chicote de varios chorros, mangos trenzado de cuero, con argollas y aún anillos de plata. Tal era la fe que en su acción tenía o — quizá — tal era el complejo de ferocidad sanguinaria.

Hubo corregidores que, al tiempo de mandar una cuadrilla de cambas para los trabajos viales o para alguna comisión fuera de la ciudad, la hacía formar, la amonestaba previniendo cualquier desacato, y, algo más, hasta se adelantaba al delito propinando a los hombres una tanda de sesenta u ochenta azotes que ejecutaban los sayones.

Así se rebajó el sentido moral de los castigos.

Y tanto, que en la época de nuestras observaciones, época de auge y de vicios, en que el alcoholismo hacía presas fáciles, los mozos y las sirvientas del servicio doméstico no hacían ya caso de amonestaciones verbales, de multas pecuniarias o arrestos policiales: siempre requerían de algo contundente y sonoro, como era la guasca.

El árbol de oro

La perspectiva de los grandes ríos que enderezaban al Norte, enderezaba también los anhelos de estas gentes. Naturalmente, si a la vera de ellos crecía suelto y pletórico el “árbol de oro”, es decir, la siringa.

La inquieta inteligencia de los conquistadores no tardó en concebir que no sólo en el Acre estaban los cauchales y que también podía haberlos acá, al comienzo de Mojos, cuyos bosques bañados idénticamente por ríos y por lagos fecundantes, tenían la misma naturaleza que aquellos otros que se extendían más allá de las grandes cachuelas.

Y tornaron los pasos a husmear en el monte.

Intrépidos exploradores hicieron el reconocimiento de todas las vertientes que aparecían por el lado de Iténez, del Blanco y del San Miguel. Entre ellos, muchos científicos europeos. Estos últimos fueron los primeros en acopiar datos geográficos y en ver todas las posibilidades de una segura comunicación con el Atlántico. Al mismo tiempo que los Vázquez, Arteaga, Salinas, Cárdenas, Vaca Diez, Salvatierra y tantos otros, descubrían la hevea, estableciendo trabajos en las márgenes del Madre de Dios, Orton y sus afluentes, en las tierras del sur se tentaba la suerte con igual denuedo y con no despreciables resultados.

Ya desde el año 60 —según se dice— circuló el indicio de siringales en estas tierras. De pronto, no se le dio importancia a este hecho primero, por el bajo precio que se le daba a la resina (se colocaba apenas a ocho pesos la arroba portuguesa de treinta libras), y, segundo, porque no se tenían esperanzas de que existieran grupos de plantas que pudieran ser bases de explotación.

Un joven llamado Santos Durán, empleado de don Quintín Quevedo, después de haber pasado algunos años en el Madera, vino comisionado en una exploración que trataba de ubicar el cerro aurífero de San Simón. El fue quien identificó en esa travesía por las márgenes del San Martín, el precioso árbol que dio a conocer a sus compañeros. Con ellos mismo probó la extracción de leche. No insistió, porque no contaba con las herramientas necesarias para la pica.

Tiempo después, el mismo Durán, ya asociado a don Agustín Mercado, descubrió goma en las islas situadas al Norte del pueblo de San Joaquín. Y un comerciante suizo llamado Santiago Dutua, que antes había venido con los exploradores del San Simón, reconoció la existencia de siringa en el río Iténez, de donde llevó muestras que pudo enseñar a varios viajeros.

En 1875, don Benigno Vaca Moreno retornó también del Madera en donde estuvo varios años, y sabedor de los antecedentes anotados y aplicando su propia experiencia, se propuso llevar a cabo incursiones por los ríos y bosques aledaños.

Sus exploraciones no fueron estériles. Constató la presencia de grupos de sirigueros en la laguna llamada Chememea, una de las varias aguadas extensas que dan origen al río Negro, importante tributario del Blanco. Repitiendo sus viajes, encontró en el alto San Martín, mayor cantidad, deteniéndose allá para fundar la primera barraca de ese río. Trabajó duramente algunos años, consiguiendo con creces la compensación de sus afanes y sacrificios.

Véase pues de cómo —simultáneamente— comenzaron los trabajos gomeros en diferentes latitudes del Beni.

La fortaleza de Beyra

Un buen día de mayo, después del peregrinaje por todos estos sitios someramente descritos, comenzaron a cargar las embarcaciones. Don José había resuelto la prosecución del viaje, contando con nuevas *freguesías*: Elías Pinaicobo, que no separaba de un monito amarillo cargado al hombro, Felix Tacaná — el *Candirú* — José Mopi, Manuel Guacama y cuatro indios más, apellidados Sisoboco, Omireji, Choquere y Gumersindo Yaune.

Varias monterías y batelones integraban el convoy.

La garita de Magdalena, desbordaba de gente de nuestra relación o simplemente curiosa, aficionada a esos espectáculos tan emocionantes para los actores.

Cumplidas las despedidas con sus consiguientes palmoteos y recomendaciones, cada cual de nosotros ocupó su sitio en la tripulación. Libres de amarras, comenzaron a deslizarse las embarcaciones. Un redoble de tambores y las salvas del 44 —indispensables en estas ocasiones— pusieron la nota de carácter. Salimos por la tarde, pues —como decía el patrón— lo difícil era salir; aunque sólo fuera para ir a dormir dos tornos abajo.

Lívido el cielo, damasquinaba de oro el poniente.

Los bentones, con sus aletas, pasaban quebrando la clara corriente.

* * *

A tres días de viaje, llegamos a Chalamama, lugar donde comienza ya la verdadera selva brava, si bien muy mentada por su riqueza de cacao, ipecacuana y vainilla —aparte de la jirama— nadie quería posesionarse de ella por temor al dardo venenoso de los choris. Algunos aseguraban que eran hasta antropófagos.

Correspondió a don Gabriel Ortiz la hazaña de afincar en una colonia por él presidida y desarrollar actividades que confirmaron la existencia de la tierra. Pero no le fue posible sostenerse mucho tiempo. Por su aislamiento, aumentaba en peligros todo el barrancón y tanto Ortiz como sus hombres, desistieron de la empresa.

Pasamos la desembocadura del Machupo.

En el vértice formado por éste y el Itonamas, se alza un barranco rojo de tierra pedregosa, sobre el que notamos un claro en el bosque. Supimos después que se trataba de un grupo diminuto de soldados que la prefectura destacó pretendiendo echar así como así las bases de una colonia militar. De más está decir que estos infelices sucumbieron. El puesto se llamaba La Horquilla.

El majestuoso río Iténez, nos causó la más profunda impresión. Su linfa cristalina y su extrema anchura que deprime la talla del bosque ribereño, su corriente rizada

siempre por un aura baja que viene de los cerros y sus tornos tan prolongados que la vista no alcanza a distinguir su extremo, eran y siguen siendo, suficiente motivo para asombrar a cualquiera.

Una jornada más y arribamos a la famosa Fortaleza del Príncipe de Beyra, cabeza de un sistema que detentaba las posesiones de España y que con la fortaleza de Coimbra, fundada por nuestros mayores en el río Paraguay, y más abajo, el fuerte Olimpo – guardaba a su vez los extremos linderos portugueses hacia el poniente.

Tan insistentes eran los amagos de invasión lusitana, allá por el siglo XVII, que, alarmado el gobierno de la Península, se vio en la necesidad de librar la real cédula de 15 de septiembre de 1772, por la que se mandaba establecer “pequeños castillos o vigías” que sirviesen para guardar sus dominios.

En los últimos años de este siglo, parece haberse dado con los rastros de tales vigías, construidos en piedra, aunque no con la embergadura de la ciudadela de Beyra.

Nos detuvimos a reconocer el notable monumento, hoy perfectamente restaurado por el gobierno del Brasil y en donde tiene asiento una importante guarnición.

La raigambre de los árboles había abierto considerables brechas entre las ranuras de los pedrones. Un bosque achaparrado —nido de manguríes— impedía la visión de conjunto, pero se adivinaba el sistema de palenques y la barbacana, apareciendo en lo alto de las torres flanqueantes, las atalayas, y en la cornisa central, las saeteras, los

canecillos y parapetos, las troneras almenas y buhardas, por donde debieron moverse los barbudos ballesteros y granaderos de casco. También aparecía la cúpula de la capilla, con la cruz abatida.

Transpuesto el terreno que hay entre la orilla del río y la primera rampa, entramos por el disecado foso. El plan de la edificación se atuvo, exactamente, a las construcciones militares de la época. No faltaba nada.

Desapareció el puente levadizo, subimos agarrándonos de las matas hasta alcanzar unos escaños mohosos. No nos cansábamos de admirar el esfuerzo que representa el traer al pulmón de la selva —desde largas distancias hasta donde no había caminos— esas enormes piedras graníticas que deben pesar una tonelada. Y luego, para levantar semejantes murallones en una superficie de más de 10 mil metros cuadrados.

Cuando llegamos al enorme portal, recién pudimos observar la extensión de la plaza, que debe tener ochenta por ochenta metros. A la izquierda quedaba la capilla, en la que aún levantaba su brazo flamígero San Miguel Arcángel.

Por un sistema de andenes llegamos hasta las presiones, nutridas de letreros profundamente grabados, pero ya mellados por el tiempo; tal vez testamentos jamás cumplidos, tal vez recuerdos de infelices castellanos capturados por los invasores; todo lo cual, actualmente borrado y en definitiva, bajo el revoque de los restauradores.

Bien podía distinguirse el cuartel de alabarderos y el de los arcabuceros con su arsenal destartado. Sobre las

almenas y apuntando al río, algunos cañones dislocados de sus cureñas y semisepultados por la maleza. El fuerte, por momentos, con ese ombligo sin fondo en el centro, que es la entrada al subterráneo, nos daba la sensación de un grito: el grito de todas las miserias y de todos los crímenes de un pasado complejo y tenebroso, al mismo tiempo que un clarinazo: el clarinazo de la grandeza y el heroísmo de esas razas que —fundidas en el presente— viven, para bien de nuestro continente.

* * *

Mayores precauciones comenzamos a tomar previniendo las sorpresas de los salvajes, pues nos encontrábamos en el centro mismo de la tribu más alzada, famosa por su flecha corta. Nuestro convoy bajaba por una línea equidistante de ambas márgenes. Repetidas veces hubo que preparar el loco a bordo, porque oíamos silbidos y presentíamos movimientos por detrás del bosque. Nos imaginábamos a bestias canivalescas siguiéndonos sigilosamente...

Fresca estaba la historia de doña Adelaida Pedraza.

Su marido don Isidro Hurtado, dueño de El Tacuaral, emprendió el viaje al Acre, llevándose víveres en cuatro monterías. Y como hacía poco que se había casado en Huacaraje, no se animó a dejar a la mujer tan sola, durante el tiempo que sería tan largo. Era bonita doña Adelaida. Aunque —decían las gentes— un poquito “acopaibada”.

Acamparon por una de esas márgenes del Iténez, lindas por las arboledas de Tajibos. Encontraron varios mutunes y un jochi, carne rica para el pacumuto; a la orilla del fuego,

charlando y bostezando, se quedaron hasta bien entrada la noche. Así que a la madrugada —en medio del sueño — aprovecharon los bárbaros para asaltarlos, lanzando gritos tremendos. Sin atinar a nada —¡ni siquiera a tomar los rifles! — mozos, patronos y todos corrieron despavoridos, empujando los batelones y, con más barullo que tiempo, se lanzaron río adentro.

Al cabo, el peligro quedó atrás.

Comenzaron entonces a preguntar por doña Adelaida. ¡Nada! La buena mujer había desaparecido...

Durante muchos años todos estuvieron seguros de que vivía la señora. Y más seguro todavía de que, algún día, uno de esos jefes de tribu aparecería heredando sus ojos celestes y su cara blanca y fina.

Las cachuelas

A tres días corridos desde nuestra estada en fortaleza, se nos presentó el imponente Mamoré; turbulento, ancho, profundo.

Sus aguas pesadas y turbias, formaban olas voluminosas que estallaban estrepitosamente, coronadas de espuma. Sus remolinos parecían taladrar el abismo. Ese aspecto de braveza, conmovía las entrañas y nosotros —impotentes — nos sentíamos presas del delirio asistiendo así al fin del mundo...

Enormes rocas, palizadas gigantescas, bufeos y peces voraces surgían de improviso a nuestro lado como brazos amenazadores que de pronto desaparecían en la alborotada torrencera.

Y un día después, oímos claramente un ruido lejano, sordo, insistente. Y en medio de la espesa batahola, sentimos como hervores de agua; era Guayaramerín, la mentada y enigmática cachuela. Al acercarnos, poco a poco, la cachuela se nos fue haciendo más encabritada y urgente. Y ahí, al filo mismo de la escollera, tuvimos que hacer un precipitado encoste. Se pararon afianzados en las chumaceras, dos peones expertos que espía en mano, de un salto felino y mortal se lanzaron a la fyanca disputando la embarcación a la corriente.

Por ese tiempo, no había en este —que era foco de la malaria — más que dos o tres pequeñas casas, cuyos propietarios eran don Leonor Castro y don Manuel y Memesio Jordán, todos tres, con sus *fregueses*, aplicados a extraer siringa y a desbravar la selva. Era tan inundadiza la región, que empezó a imponerse en previsión del tiempo de aguas, un sistema de casas cuyo piso de palmas partidas, estaba a una vara del suelo. Cuando se las abandonaba una semana, las plantas que crecían por debajo horadaban el piso inundándolo de hormigas.

En la margen opuesta sí que no había nada. Sólo las estradas gomeras ocupadas por los *machadiños* brasileños.

Previa preparación de algunos días, nos dispusimos a afrontar el misterio que teníamos delante. Reconocimientos y tanteos. Encomendados a todos los santos y con mucho de ese coraje fatalista de los “voluntarios de la muerte”, nos lanzamos por fin al canal. Estábamos como en medio de un mar salido de madre por algún capricho sísmico. Las olas se alzaban contra nosotros como manada de tigres, de las cuales nos defendíamos a tajos de remos, como si fueran cuchillos...

Nuestras embarcaciones se deslizaron en vilo a la velocidad del relámpago.

Y no supimos más...

El monstruo había desaparecido y por unos instantes, sólo escuchábamos —ya lejano y desdoblado por el eco — el fragoroso rugido de sus siete fauces... Los mozos tenían la frente inundada de sudor. Las curvadas espaldas brillaban

al sol; tomando el agua, todavía la mano temblorosa, se sopaban la insolada cabeza.

La siguiente catarata nos halló ya bautizados. No nos impresionó mayormente. Divisamos la tercera de esta serie llamada Bananera, donde el río se extiende encauzando sus aguas por diferentes brazos —todos traidores — en los que cientos de navegantes han hallado la tumba.

Una mezcla de espuma y vaho era el horizonte.

Por las cachuelas de Layo y Palo Grande, tuvimos que pasar la carga por tierra, sosteniendo los batelones vacíos con cables de proa y popa.

Al acercarnos a Villa Bella —termino acordado a nuestro viaje— renació la alegría. Más aún, cuando se presentó el dorado caserío enfilado por la margen izquierda del río que fue saludado con salvas y aclamaciones, y la banderola blanca en alto.

TERCERA PARTE

EL MITO DE LA SIRINGA

Villa Bella

No recibimos en esta población el deslumbramiento que nos habíamos imaginado. Nada tenía de extraordinario que no fuera el movimiento febril de mercachifles. Diariamente y de toda procedencia llegaban las embarcaciones cargadas hasta el tope de goma, víveres del interior y mercaderías del exterior del país.

Como el andén de las pequeñas estaciones ferroviarias, el puerto congregaba siempre un enorme gentío, a la llegada o a la salida de las tripulaciones.

No tenían reposo los empleados de aduana. Grandes depósitos de carga con distintos destinos esperaban ser inscritos en las planillas arancelarias. En el entrevero de tanta gente, se advertía a desconocidos con cara de expresión expectante. Sin embargo, muchos de los foráneos —como ocurrió con nosotros— encontraban allí amigos, viejos compañeros, que se habían anticipado en Villa Bella con los mismos fantásticos ensueños.

La mayor parte de los grupos inmigrantes pasaban desesperadamente a las zonas mentadas como más ricas de siringa, cuyos misteriosos reflejos se percibían ya de frente. El mito de la siringa era el mito de la dicha: cambalache

arriesgado de temeridades y miserias por un puñado de oro... ¡Lo de siempre en la humana historia!

* * *

No se sabe con entera exactitud quién o quiénes fueron los primeros ocupantes del “pico de plancha” que deja la confluencia de los grandes ríos de la zona, el Beni y el Mamoré que, desde ahí, forman el Madera, triángulo en el que —andando los días— vino a asentarse Villa Bella. Lo indudable es que comenzó siendo la simple pascana olvidada para los primeros comerciantes, tal vez brasileños amazoneses, tal vez cruceños aventureros.

Aclarados los conocimientos sobre los lugares más promisorios de un futuro industrial a mediados del siglo pasado, conjuntos de colonizadores ya se hallaban instalados y posesionados de diferentes sitios a lo largo de las riberas de los ríos. Villa Bella apareció fundada con todos los ritos de una fundación colonial.

Es irrecusable la influencia que ejercieron los bolivianos sobre la cuenca del Madera, don Benigno Vaca Moreno, hombre resuelto que forma el número de los valientes, nos lo anota con precisión. En 1860 —dice— interesaba ya la goma a la actividad europea. De esta suerte, los primeros y oscuros centros siringueros, empezar a despertar interés, cobrando valor rápidamente. El Dr. Ricardo Aguilera que había adquirido un gomal apreciado en don *contos de reis*, pudo revenderlos en diez. El histórico Crato, con algunas estradas gomeras y apenas cincuenta cabezas de ganado vacuno, fue ofrecido por su propietario —un coronel

apellidado Leonardo — a su colega, el capitán Justiniano, por sólo tres *contos de reis*. Más tarde, el Crato fue transferido a la firma Mercado y Cuéllar —bolivianos ambos— por treinta y cinco *contos de reis*. Todos estos lugares se hallaban alrededor de la punta de plancha.

Siguiendo un proceso natural, constantemente fue aumentando la población de este paraje. Ya en 1879 existía radicado un apreciable núcleo de comerciantes e industriales empeñados en la extracción del caucho, núcleo que confirmaba el sitio con ese nombre que hace honor a las delicias de su naturaleza: Villa Bella. Desde entonces fue Villa Bella el más sólido resguardo de los intereses nacionales y un firme puntal de nuestra soberanía.

A nuestra llegada era una urbe, en el sentido de agrupar como un crisol formidable, a los elementos humanos más insólitos, desde el selvícola rescatado y desplumado o el guarayo traído de Santa Cruz, hasta el flemático londinense de pipa y anteojos o el turco cambalachero.

El caserío

De inmediato, fuimos a vivir en un galpón retirado en el campo, de propiedad de un indio llamado José Guarimo, mozo dedicado a los viajes. El galpón estaba lo mismo en el pueblo que en el campo, como decían los vecinos. Cercano al río, gozaba de un recodo propicio para amarrar la chalupa y tomar el baño dos veces diariamente. Que la temperatura de treinta y ocho grados a la sombra, era como para estarse metidos en el agua igual que un lagarto. Sólo de febrero a mayo —durante los chubascos y los sures— el termómetro descendía a veintiséis grados.

Ningún otro alojamiento nos habría quedado mejor. El cercano rumor del bosque odorante apagaba el tosco ruido del Mamoré. La casa, como casi todas las construcciones de entonces — y también de ahora — estaba rápidamente edificado con horcones medio desbastados y corpulentos, formando los principales y costaneros. El techo de mucha corriente estaba tejido de motacú y sostenido en la cumbrera por bejucos protegidos por esteras que redondean su arista superior. A ésta, ajustaban varios pares de troncos amarrados entre sí y cabalgados de modo que el viento no escarmenara las hojas fácilmente.

La puerta de tablas clavadas sobre dos barrotes horizontales, abierta, siempre estaba esperando las corrientes de aire. No había entonces miedo a los ladrones y las puertas no tenían más llave que la tranca de un palo. Las paredes eran de chuchio parado, sin revoque, tan frágiles, que hasta las culebras se abrían paso por entre ellas. En los rincones del galpón todavía estaban las chapapas de los anteriores moradores, toda gente de tránsito.

El suelo era de tierra apisonada, húmedo de tanto ser regado y siempre barrido. Por el hacían su camino las hormigas cada vez que descubrían las alforjas de algún viajero. En ciertos sitios pugnaban por retoñar los troncos enterrados, y no pocos de los palos que formaban las paredes parecían ya haber arraigado. A la hora de la siesta, en esa terrible somnolencia que da el bochorno, nos parecía oír el crujido de los horcones abriéndose paso bajo el techo retostado.

Las hamacas se trenzaban por todos los rincones. Que la hamaca es en el Beni el mueble múltiple; cama, sofá, silla, mecedora. Cuna y ataúd. Y tálamo, (con mosquitero y sin el...)

Saliendo del cuarto hacia la derecha, peleando con el mamurisal, estaban los campos de labor precedidos por grandes manchones de jocos, sandías y balsamino que avanzaban desordenadamente. Ya por entonces comenzaban a verse por ambos lados del camino en que acababa de convertirse la calle, muchos chaqueados para las haciendas arroceras y cañaveras, unidos por diversas sendas por las que trajinaban con sus haces los leñadores.

Hacia la izquierda se alzaba la perspectiva del pueblo.

La casa subsiguiente a la nuestra —después de la de doña Encarnación Salazar— tenía ya paredes de tabique, es decir de barro recubriendo la trama de troncos. Los techos eran más regulares aunque siempre de motacú. Las goteras recortadas mostraban el espesor de la capa de palmeras. Algunas viviendas tenían techo de troncos de palma abiertos en canal y pisos de pachíúba partida. Por dentro, más allá de la barda o media pared que llega hasta la cintura y cierra los corredores habilitándolos como aposentos, se veía el patio anchuroso, unas veces cubierto por una incipiente parra y un surco de tutumos y urucú, y otros, a cielo abierto, mostrando el azul intenso y luminoso de aquella bóveda. En un cobertizo, manojos de paja de repuesto. Algunas casas tenían su noria propia.

Entre casa y casa, los huertos con guayabas y ambaibos, ya medio salvajes o ya cuidados, entre corredores de plantas vulgares, un poco moradas, crecidas atropelladamente. Matorros de malva, penacho y albahaca, y macororó.

Trillas humanas de acá para allá sobre la arena.

Cortezas de plátanos, mondaduras de naranjas, hollejos; chiquillos descalzos y barrigudos por la uncinariasis; pálidos *fregueses* minados por la terciana formando grupos de vagabundos inseguros; bandadas de maúris y chaisitas; trajineo de gentes comadreras, cunumis, mandaderos, peones, siringueros y mendigos.

Ya en el centro, las casas de los “decentes”, aireadas de ventanas y con puertas de dos hojas barnizadas. Comercios y

depósitos con el insólito techo de calamina y su olor a charque y a zaraza. Los hoteles atestados de hombrotos, algunos de aspecto saludable, gringos tartamudos y contratistas prósperos que provocaban las primeras escaramuzas a plan de cerveza y guitarra, y las cantinas de “ha ochenta” y la “Pata de Rifle”, con sus hijas.

Faltaba una escuela, faltaban hospitales, asistencia pública. De boticas, apenas la de don Benjamín Leigue.

Dentro de estas casas ya no había aljibes henchidos de buena agua y hornos para el bizcocho como en las del canto, sino grande montones, por una parte, de planchas de goma, y por otra, de vacíos cajones de toda procedencia. Las bardas eran de ladrillo, dejando ver en fila los tinajeros de la bodega de licores finos que cumplían sus funciones especialmente por los calurosos meses de agosto y septiembre.

Recio barro colorado y rezumante el de las tinajas, símbolos de hospitalidad. Sobre la gruesa tabla que les servía de tapa, el caneco de guayacán con bordes de plata, o el simple caneco de fierro enlozado colgado de una estaquita. Bajo la humedad de las tinajas —si los dejaban en paz— los perros hacían la siesta, respirando desafortunadamente.

Algunas jaulas dejaban ver por entre la reja, los inquietos saltos del matico.

Clavado en las paredes, un reloj de cajón con la palomita del “cucú” y su péndulo ostentoso. Las hamacas en estas casas tenían ricos rapacejos de blonda y a sus pies, si no se tendían curtidos cueros de tigre, se veían esteras de esparto traídas desde el Yacuma.

Dentro de los cuartos y arrimados a las cuatro paredes, una seguida de ricas petacas cruceñas de buen cordobán, baúles de lomo redondo y clavos dorados y las clásicas “cachas” de itaúba. Guardados en ellos, los ternos de dril bien estirados y la ropa blanca almidonada.

El pampón de la plaza estaba un poco descuidado. ¡Tanta gallina suelta y tanto mojetobobo por el suelo! Al centro, el kiosko de pachiuá y cuadrando el espacio, los terraplenes del paseo. Al nivel de la calle se veía la casa del Intendente, con dos casuarinas sombreando la entrada, en donde conversaba toda la mañana, ordenando a este mozo diez azotes y a aquel otro, cuatro horas en el cepo. Y esparciendo por el cielo el olor a resina y a tierra llovida, los suchas, todo el tiempo rondando desde arriba.

Como está visto, no era mucho el refinamiento de los hombres de pro, en lo que a la vivienda se refiere, como lo era en la mesa o a la hora de beber. Entonces sí se daba cuenta uno de que había dinero y mucho tono para agasajar y divertirse.

De entre los vecinos prominentes que había a nuestra llegada, recordamos a don Lucio Pérez Velasco y a su hermano don Gerardo, ambos de gran autoridad moral por sus prendas personales; a don Abel Reyes Ortiz, conocido por su capacidad intelectual y al Dr. Rómulo Arano Peredo, médico. Era administrador de la aduana don Santos Moreno, reputado como un “crisol de competencia y honradez”, e intendente, don Isidro Blanco Benavente.

La seguridad de las casas no descansaba como ahora sobre los secretos de las chapas *Yale*. Caer en el delito de robo era caer severamente bajo el estigma de la sociedad. La respetabilidad de las firmas estaba acuñada en la exactitud de los números y en la consideración a la propiedad privada. Sólo rara vez se daba el caso de alguna ratería que la autoridad castigaba inmediata y expeditivamente, con cuarenta o sesenta azotes. En casos extremos, el 44 era argumento definitivo.

Pero jamás el oro dejó de poner miseria en las almas ni dejó de encender las más bajas pasiones en las vidas. La placidez exterior no era sino el anuncio del drama interno.

El padre Mamoré

En la margen izquierda del coloso, siempre turbio y encrespado y arrastrando siempre raigones y bagazos, entre palmeras y naranjos y plagada de mosquitos, estaba la garita oficial. Pero cada casa tenía también su puerto. El que tocaba a la nuestra, es decir, a la de Guarimo, estaba resguardado por un cupesí.

Bajo la quieta pesadumbre de la siesta caldeada, en vez de dormir rodeados de moscas en el galpón como los compañeros, nos divertíamos con Nicolás vagando por los barrancos. Gustábamos del agua humilde, que se sosiega y clarifica, en las que hacían su playa los cunumis y abrevaban bueyes y caballos. Paraísos de la pirapitinga y del tambaquí. Los chiquillos en estas ensenadas, jugaban con los caimanes sacándolos de su cubil. Los toreaban usando como “capa” sus grandes sombreros de paja. Como los saurios sólo atacan nadando a la par de su presa y cuando quedan lado a lado con su cuerpo, los muchachos se deslizaban como anguilas, zambullendo en el tiempo preciso y dejando a flote sólo el sombrero. Sobre él caía el coletazo y la dentellada. Ágilmente salían los chiquillos por otro lado, con sus cabecitas redondas y brillantes como cabezas de lobo.

Hacia la tarde, mirábamos el cielo para admirar la densidad vital de aquella atmósfera, que tan pronto se electrizaba trayéndonos el pánico, como se elevaba en el éter llevándonos al éxtasis.

Nico siempre perseguía el diálogo. Y los ribereños de verbo fabulador, por más que iban apurados, tenían siempre un tiempesito para lucir su ciencia y posesión de todos los misterios del río. Del Padre Río, Calle Mayor del Beni, del soberbio Mamoré, que en el tórrido paisaje, empapando selva y agua establece por igual sus derechos sobre el haz de la tierra.

Esta arteria no nace de la Cordillera Real, a los cuatro mil metros, como el Madre de Dios, ni viene dando tumbos, haciendo curvas, para llegar cansado y remansado a la oquedad de la selva: baja de los estribos sureños y desde su origen pasa recta y solemnemente hacia su destino.

Fue persiguiendo su cauce que llegaron los primeros conquistadores de “El Dorado”; a su vera —dicen— hallaron todavía erguido el ruinoso palacio del Gran Moxo. Toma cuerpo el Mamoré en el centro de la planicie beniana, auxiliado por muchos tributarios; y cuando la sequía le niega caudal, para seguir adelante arrastra greda y —colorado, encolerizado— socava la pampa tremante. Brama con las lluvias y se distiende, deflagrado, anegándolo todo. Así trasciende implacable su genio potente y maligno.

Como el Tíber y el Eurotas para romanos y espartanos, el Mamoré para los benianos es la imagen de su sino turbulento y trágico. Siempre los ríos han encauzado la

historia fisonomizando a los pueblos. Manso y somnolente el Sena, sin el drama de las llanuras o de las sequías, tranquilo, como el Madre de Dios o el Iténez, ha formado el alma de una raza de artistas.

* * *

Con tales sugerencias, la mitología cambia no es una invención extraordinaria. El ribereño, con esa su sensibilidad atenta y receptiva, con esa su siempre despierta fantasía, ha concebido un numen macho para el espíritu de su río. Ya no se trata de una ninfa inspiradora de bardos, como en el mito occidental, tampoco es dulce y benigna como los hadas de los estanques y manantiales; es un espíritu torvo y brutal que —como aquellas terribles deidades de los pueblos nómadas— más que corderos y niños inocentes, exige en su honor el sacrificio de vidas jóvenes, músculos nuevos y almas llenas de esperanza.

La proximidad de este numen tremendo, mejor se la siente en las cachuelas. Tal vez al recordarse la leyenda por la cual él, para castigar la perversión de los hombres que peleaban entre hermanos, envió tal desborde de aguas y diluvio, que todo se anegó y se ahogaron todos, excepto uno, Tupá, el elegido, que salvó en la copa de la más alta palmera del palmeral de la pampa.

Aunque el Tupá del que hablan los indios es el Dios universal de la jungla, los ribereños dicen que tiene su morada en el río, a la vera del cual reina e impera. Se desdobra en almas errantes de poderes malignos, fulminantes, contra los que intentan hollar sus designios.

Una de estas almas se denomina Añá. En la leyenda indígena, siempre sucumbieron los hombres tirados a valientes que, resistiendo sin disparar ante los aparecidos fantásticos, los hacían desaparecer gritándoles. Estos hombres, a la larga, o se extraviaban o naufragaban o caían en las garras del tigre.

Eran diferentes las formas en que hacía su aparición Añá, o genio del mal. Las más frecuentes se producían en el centro de los bosques solitarios hacia los que eran atraídos los hombres, En medio del murmullo de la floresta se dice que se oían de improviso como golpes de hacha o el desgajarse de algún árbol corpulento. Al levantar la cabeza el siringuero, veía al demonio encarnado en un pájaro, en un ciervo cornudo o en un mono que parecía hacerle señas desde el hueco de algún tronco. No debía desanimarse el sujeto ni tampoco exaltarse con gritos y amenazas, sino reducirse a preguntarle lo que quería. Como la aparición de Añá se producía cuando necesitaba castigar las faltas humanas, no pocos espíritus timoratos escapaban del bosque, despavoridos... Llegaban al rancho y como tocados, se enfrascaban en un obstinado silencio o hablaban consigo mismos recorriendo mentalmente el pasado en un prolijo examen de conciencia.

Para el mojeño, toda acción extraordinaria era debida a los designios del Tupá: aquel que se enfangaba, el otro que se perdía en la maraña de la selva, la mujer que tropezaba, en fin, todos los que morían. Hoy esta deidad, un tanto confusa por el avance de los blancos,

está reducida a sus características fundamentales: su faz benigna y maligna; su poder de Dios y de Diablo.

Los siringueros tienen un rico acervo mitológico, aunque ya no puramente nativo, pues la fantasía criolla y europea ha puesto también su concurso.

Cada invocación, cada plegaria de amor, tiene un origen remoto y mágico que iremos explicando a lo largo de estas páginas. La historia del Curupirá y del Asahí, son verdaderamente poéticas y los viejos baqueanos de la región, cuando se sientan a narrar “sucedidos” en los anocheceres, la cuentan a los recién venidos para ejercitarlos en el noviciado de sus creencias.

Cimarrones

La extracción de la goma fina, del caucho y del sernambí concentraba el interés de todos los hombres, siendo la razón cardinal de sus actividades a través de dos generaciones.

La *hevea* y la *siphonia*, plantas ambas nativas de América, crecían en desorden, en forma salvaje a lo largo de los grandes ríos, mezcladas tumultuosamente con la demás vegetación. Su conquista fue una epopeya inédita hasta hoy.

Los prácticos o conocedores del lugar, llamados también “materos”, luego de hacer el drenaje de la selva, comenzaban por colocar trabajadores en estradas sucesivas entre uno y otro punto, trabajadores que anunciaban a las fieras y a los bárbaros su presencia haciendo retumbar machetes y *machadiños* bajo aquellas arrogantes bóvedas salvajes.

Cuarenta, ochenta, doscientos siringueros de una misma empresa, formaban los barracones. Desde el caserío en que acampaba el patrón, se daba protección a los *fregueses*. Muchos de estos, de repente, no regresaban a sus estradas.

Las tucanderas e insectos venenosos, las víboras, los bramidos del tigre y del borocho, las miasmas y sabandijas,

el chillido de las cotorras, en suma, el misterio del monte que creaba recelos hiperestésicos, todo apavoraba el ánimo de los mostrencos. Un pájaro agorero que nunca se dejaba ver, seguía a los hachadores por entre la tupición, como el cuyabo sigue a las carretas en las noches. Aprovechaba de la calma del bosque para silbar con un silbo agudo, por un lado y otro de la selva, haciéndoles compañía por veces solemne y benigna, por veces aciaga. Se concluyó buenamente por llamarle el “siringuerito” y por dar —cada cual— a su insistente compañía, una personal explicación supersticiosa.

De lo remoto del monte y por tallares de cedros poderosos surgía el mito de Curupirá, algo así como el de Mandinga o el de la “Trampa”. Los leñadores hacían su trabajo con precauciones, pues Curupirá, que protege a los árboles, se venga de los hombres, haciéndoles perderse en un laberinto de sendas. Hacía cosquillas en el cuerpo la presencia del “palo santo”, poblado desde la raíz hasta las horas de hormigas voraces y hormigas —tigres, de maligna picadura. Refiere la tradición que el nombre del palo santo, le viene de la antigua práctica inquisitorial de castigar a los infieles u ofensores de la religión, atándolos vivos a este árbol. De ellos, no quedaba sino el esqueleto...

Con sus sonajas y nativa de América como la siringa, siempre atravesaba alguna serpiente de cascabel (*crótalus hórridus*), ciega, fatídica, mortal. De repente, por entre el opaco ruido de las hojas y la multifonía del ámbito, se sentía un rumor creciente de cascabeles en rastra, con un blandir de guadañas en el aire, como siniestros anuncios de

agonía entrecortada... Los crótalos del macho en celo y de la hembra escabullendo, sonaban como un remoto rumor, vertebrado, de asechanza...

Tras de todas estas cosas sobrevénía el estado pánico del miedo: los muchachos ahuecaban los oídos, pero un lejano zumbido lo traspasaba todo; los ojos se les hacían redondos y vidriosos, se les erizaban los pelos y temblaban los huesos al mismo tiempo que una sensación de humedad les bajaba por la entrepierna convulsa.

Fracasaban.

Apareció entonces la casta de los cimarrones; aquellos individuos transplantados a estos parajes desde lejanas circunscripciones del país, que, ya por nostalgia del agro familiar o ya por mal disposición de ánimo por los cuentos que volaban agrandados, se tornaban desabridos, aventajados, tomando por último la deserción como un recurso salvador para sus vidas.

Y escapaban.

Desesperados, con la moral rebajada y mirándose unos a otros con mirada de conmiseración, emprendían —reuniendo el resto de su deshilachado entusiasmo— un viaje sin más destino que el de la libertad de aquel presidio; de aquel presidio con barrotes de pájaros agoreros y seres fabulosos...

Inmediatamente eran perseguidos por peones más diestros y, si algunos alcanzaban a Loreto o Rurrenabaque, otros —lo más— eran represados y entregados al flagelo o a cualquier otro castigo material.

Apresados, insultados, escarnecidos, los cimarrones formaban una clase de tipos al margen de toda confianza.

—”¡Elay, qué palanganas!”.

—”¡Ave María!”.

Y pusilánimes, conformados de mal talante a un destino insuperable, volvían a la senda, a las sabandijas, al grito del siringuerito, a la aparición del diablo en forma de mono, al rastro de tigres, a la piel con manchas amarillas de la cascabel...

La pica

Es frecuente la confusión de la siringa, árbol de la goma o *hevea*, con el caucho o *siphonia*. Es planta más preciosa la primera, por la abundancia de su magnífica resina y por ser incorruptible e inmune a las enfermedades criptogámicas, razón por la cual los expertos en plantaciones prefieren la *hevea* ahora llamada “boliviana”.

Los cultivos hechos en nuestro siglo en la Malaya Británica y en las Islas Orientales Holandesas, y recientemente en el río Tapajoz, del Brasil, tienen plantaciones en surco con un número de 2500 árboles de goma por cada hectárea. Acá, en nuestras tierras, cada hectárea apenas si presente, cuando la región es rica, de ocho a diez árboles. Se comprenderá entonces la extensión que tenían que recorrer los pobres *fregueses* para picar ciento sesenta plantas, más o menos, que componían sus estradas, para colocar y recoger diariamente hasta 1200 tichelas. Cada *fregués* tenía dos estradas a su cargo. O cuatro, si era casado y todavía sin hijos.

Trabajo de negros era esto de “picar”.

No se tenía domingos, es más, no se conocía el día en que se estaba viviendo. El tiempo era una sucesión de soles y de lunas, de estaciones secas y lluviosas.

A la madrugada, tras el canto de las huaracas y entre lumbradas de un fuego abundante en cuyas llamas se cocían los restos de la caza anterior y hervía el agua para el café, el siringuero comenzaba a reparar los aperos del trabajo. Echaba a la espalda el sapicuá y al hombro su carabina.

Dejaba la choza al clarear.

Y peleando a palmadas con los mosquitos, rayado el “principal”, o sea el árbol con que comienza la estrada, colocadas en él 12 ó 15 tichelas, se internaba en la selva. Agredido por las cortaderas dispuestas sobre la senda, cortaderas que le arrancaban la ropa —la poca ropa— que se le prendían y enredaban tironeándole, se defendía igual que del tigre: de un solo tajo. El acero afilado sonaba como un cristal. Unas hojas anchas en forma de mano, le barajaban la vista. En el pulmón del azorante bosque, denso y vitaminoso, se mezclaban penumbras de catedrales y resonancias de catacumbas. Pero la vista del siringuero sabía distinguir perfectamente en medio del follaje, las hojas trípodas, lanceoladas de la siringa, y el penetrante olor de sus flores rosadas en septiembre.

Cuando la estrada era grande —ciento ochenta a doscientos palos—, antes de amanecido y a la luz macilenta de un mechón de sernambí, el *fregués* se internaba en el gomal, hería con el *machadiño* de arriba para abajo la corteza dura de cada gigante, trazaba afluentes por sus costados, le incrustaba una por una las tichelas, y tras de ver que asomaban las primeras gotas de resina, seguía hacia el próximo gigante que a veces estaba a una cuadra de distancia. Se rayaba de un sólo lado el tronco y nunca —lógicamente

— más allá de lo que daba el brazo extendido. El hecho de que los tallos de la siringa sean redondos, cilíndricos y sin ramificaciones a veces hasta los ocho o diez metros de altura (cada árbol mide hasta 30 metros), facilitaba la tarea.

El precioso latex comenzaba a destilar resbalando sobre el tronco amarillento, hasta los pequeños vasos de hojalata; en tanto zumbaban los mosquitos y se oía un remezón de hojas allá adentro. Pronto la mano diestra se ponía en el cabo del machete o la escopeta, y el oído se afinaba rastreando el peligro... Pero esa vez era un tapití o un tejón que, al instante, se metía en la cueva. Cuando el hombre descubría el rastro de un anta o algún ciervo, le armaba trampa con su carabina. A veces tanteaba los huevos en los nidos silvestres entre el chamular, o cortejaba panales cargándose con la miel.

Y caminaba horas de horas vigilado por los ojos asustados de los pájaros y por cientos de otros ojos, misteriosos e invisibles, de los genios y duendecillos del monte. Había que tener condiciones para esta empresa: fortaleza física, serenidad, coraje y decisión instantánea.

Llegado al extremo de la estrada, es decir de nuevo a su cabaña y al “principal” —punto de partida—, el *fregués* miraba el sol por entre los claros del monte para saber si eran las dos o las tres de la tarde. Y limpiando con una rama la maleza, buscaba leña y calentaba el almuerzo. Con el jochi despicado en el camino hacia un pacumuto sobre el gran rescoldo (jenecherú) que desde el día anterior y desde el mes anterior, allí estaba prendido, eternamente; comía las pitajayas y lúcumas silvestres y —uno de sus mayores

placeres — liaba un cigarro de tacabo negro para fumarlo entre los eructos y bostezos del hartazgo.

Y luego de un breve descanso, se alzaba, estiraba las piernas y los brazos, y otra vez andando sobre lo andado.

Pero ahora, recogiendo en su vasija la dolorosa sangría de los pobre árboles desgarrados. Los vasos lácteos quedaban por mucho tiempo abiertos y rezumantes, dejando sobre la corteza de los árboles hilos amarillentos en que iba a prenderse la basura o quedaban apresados los insectos. Estos rebalses son los que van a formar después lo que se llama “cuaje”, viruta o sernambí.

Canijo, derrengado, sudoroso, ya anochecido, llegaba el peón al ahumadero de su cabaña. Mas su labor todavía no terminaba. Había que beneficiar la leche dándole consistencia, para lo cual hacía girar sobre el escaso calor de una especie de hornillo semisubterráneo —llamado buyón— un eje de palo sobre el que iba derramando el latex, exponiéndolo al humo. Crepitaban los húmedos troncos metidos en el buyón. La pequeña tutumita con la pringue de leche, se movía sobre el molde y día tras día el palo se tornaba en las orejas de una enorme bolacha elástica, que ya concluida, dio en llamarse “plancha”. A medida que crecía la bolacha el siringuero se sentía mayormente estimulado. No miraba a su mujer con más amor que a esas formas mórbidas y esféricas, a esas cuatro arrobos, como cuatro nalgas, de un gris verdoso. Palmeándolas y ya en la punilla de su choza o bajo el coposo almendro que centraba el patio, las iba reuniendo una a una, semana tras semana.

Recogía las virutas y chorros coagulados sobre la corteza del árbol y liándolos en forma de mazo, preparaba el sernambí.

A esta cosecha amontonada se la denominaba “fábrico”.

Estimado que el fábrico ya era apreciable o sencillamente, cuando la numerosa familia aparecería macilenta, atacaba de malaria (enero, febrero, tiempo de los grandes diluvios, o julio, agosto, tiempo de las grandes sequías), los mozos hacían desatar las hamacas, lavar sus camisas y estirar sus pantalones domingueros. Y a pie, o metidos en una canoa apartando con el remo el cúmulo de semillas de siringa (cápsulas), que quedaban bogando, cargados de artefactos de goma, desde la maleta y los zapatos hasta los juguetes de los niños, se llegaban al cortijo a barracón, donde tenía su asiento la Administración y donde el sonriente capataz los esperaba.

Allí estaban las casas mejor paradas, los almacenes de ropa, las tiendas de comestibles y las cantinas. Mercaderías a precios subidos y goma a precio de conveniencia.

Rumbeadores, picadores y *fregueses*, todos estaban para ajustar sus cuentas y recibir la ganancia en moneda contante y sonante. Este dicho no era por entonces, como hoy, una simple figura, una figura afónica y destenida. Por que cada pagador tenía sus cajoncitos dentro de los que, apilados, se recostaban pequeños sacos cada uno de los cuales tenía doscientas libras esterlinas. Los peones más aptos que traían de cincuenta a sesenta planchas por fábrico, sacaban un saldo astronómico. Seguían en categoría

descendente los bisoños y en último término los enfermos, desidiosos y cimarrones, que hacían tan solo de quince a veinte. Aunque de entre estos últimos los hubo que, si no morían de consunción y tedio, pronto se rehabilitaban superándose en el esfuerzo.

Las estradas gomeras con sus respectivos barracones, se extendían hacia el Norte, en todas esas tierras parceladas por los ríos Madre de Dios, Orton, Abuná y Xapurí, desde el Perú hasta el Brasil.

Dramas del monte

Los *fregueses* que tenían prole crecida, hijos ya jóvenes, se distanciaban del centro para poder acaparar más estradas. La tapera —siempre a la vera de algún arroyo, de alguna laguna o del mismo río, entre tajibos y cacaotales — era siempre una sola con su pequeño ahumadero. Allí pasaba la familia dos o tres años seguidos, apenas mandando a uno de los muchachos cada vez para entregar el fábrico y adquirir medicina, ropa y víveres. Así resultaba fácil que esas gentes ya no supieran más para que sirve el peine y, en tren de olvidarlo todo, olvidaran hasta el son de las campanas.

Era una humanidad silvestre y bravía.

Las mujeres, casi desnudas, diariamente lavadas, el pelo aceitado y aromado, el cuerpo con balsamina, y esencias del monte, crecían robustas y esquivas, rematadamente montaraces. Trabajaban en todo y no temían a nada. Agarraban los sapos de una pata y aplastaban con el talón a las tarántulas.

De repente parían un hijo que no se sabía para quién era. Los hermanos se resentían, los viejos se callaban muy esquivos y amargos. Pero eso pasaba más o menos pronto.

Nada tiene de extraordinario el mito de las amazonas inventado por Orellana, según el cual aquellas varonas alimentadas de frutas y peces, cuyos senos apuntaban como dos pitones estaban con sus hombres en el secreto de la alta noche y, de sus partos, mataban a los niños salvando sólo a las mujeres a las que temprano entrenaban en la pelea contra otras tribus.

Eran crueles —dice la leyenda — con sus prisioneros de guerra a los que colgaban en los árboles y se los comían entre horribles gritos estentóreos. Tal vez para atemorizar al enemigo. Algunas se cercenaban un seno para mejor poder manejar el arco.

La verdad es que —cuento aparte — casi todas las hembras nacidas en estos barracones, eran tan fuertes que, cuando los hombres caían descaecidos a la hamaca minados por endiabladas fiebres, hacían las veces de ellos, es decir, tomaban las estradas, peleaban con las fieras, amasaban la zafra y remaban con el fábrico al cortijo.

El instinto les rezumaba por todos sus costados.

Don Nicanor Vaca —aguileño orejudo con un gran quirichi en la mejilla — era uno de esos curtidos *fregueses* de la casa Seiler. Vivía con su familia metido en el remoto extremo del Madre de Dios.

Casi nunca veía a su mujer porque salido a la madrugada sin otros compañeros que su *collins* y su *barcino* (perro de pobre, uno de esos perros flacos que a los gritos del amo se levantan despavoridos de entre la ceniza), volvía de noche, muy cansado y se metía en el mosquitero.

Pero la mujer cada año, infaliblemente, le daba un hijo.

Así nacieron Elías, Primitivo, Genoveva, Nicéforo, Tristán, Zósima y Estefa. Cada cuatro años que iba al pueblo, bautizaba cuatro “changos”. Cuando vinieron los tres últimos —Rosendo, Dionisia y Anselmo— ya Genoveva estaba maltona, es decir moza, con su imponente mocedad acentuada por los ejercicios del tacú.

La madre murió de un nuevo parto —el undécimo— y Elías y Primitivo tuvieron que ir a Villa Bella, dejando solo al viejo con los menores, en medio del monte.

Exactamente, al cabo del siguiente año, don Nicanor tuvo otro hijo. La madre fue Genoveva.

* * *

El despliegue de estos hombres por la selva, a la vez que fue remontando el peligro de los tigres, poco a poco atrajo y fue absorbiendo a una gran parte de los salvajes que, en numerosas tribus, infestaban el campo. Algunos indios, definitivamente rescatados, fueron eficaces colaboradores del blanco en la persecución de ese fugitivo airón de la ventura. Por medio de ellos se conocieron nuevas estradas, se llegó a nuevos ríos y se incorporó al conocimiento geográfico del Acre, ricas tierras hasta entonces todavía incultas e inaccesibles.

La variolosis

Villa Bella, con alternativas, fue en los últimos diez años del siglo pasado, afirmándose como ciudad, en la dirección triangular de toda ciudad: como mercado, como templo y ateneo y como fuerte.

Frente al puerto, sobre la margen derecha y un poco abajo, se veían entonces las rústicas construcciones de Villa Murтинho, puesto avanzado brasileño en que vivían unos cuantos *fregueses* caucheros. Su autoridad era designada con el nombre de Agente Fiscal.

Por el otro lado sobre el río Beni y antes de su confluencia para formar el Madera — quedaba el floreciente caserío denominado la Gran Cruz, de propiedad de don Lucio Pérez Velasco, caserío que albergaba plácidamente a una colonia de indios dedicados a la construcción de embarcaciones y a la conducción de viajeros.

La viruela que —como ya hemos visto— asoló al Sur, también cundió en estas tierras haciendo sus mayores estragos entre las tripulaciones que venían de San Antonio, término de la navegación por las cachuelas del Madera. Los varaderos, los barrancos o cualquier playa escogida al azar, eran la tumba de centenares de pilotos y remeros caídos sin

gloria. El río, imperturbable, seguía pasando con su espuma y sus hervores.

Hubo casos de exterminio total de algunos centros poblados y de casi todos los navegantes. Sólo quedaban, reveladores de la tragedia, los restos humanos, sobre las tundras, semimondados por las hormigas, putrefactos, diseminados entre el yomomal de la orilla, o esparcidos, bogando en la ensenada y en los recodos del río.

Nadie contaba con auxilios ni con recursos contra el mal.

Así fueran ingleses, cruceños o cambas.

Todos rindieron el tributo de su vida, al mito de la jirga, al mito de la felicidad. Las algas moradas, en los remansos, tanteando a flor de agua, eran el responso con que los recogía la naturaleza...

En 1890, muchos empresarios de transportes habían paralizado sus actividades y estaban vacilantes en su posición financiera. De no ser por los esfuerzos que llegaban de Santa Cruz, el tráfico gomero habría quedado indefinidamente estancado.

El oro de Londres

Pero cinco años después, a tiempo de que la demanda de la jirga crecía haciendo que ésta alcanzara altas cotizaciones, volvió a florecer la industria naviera y el comercio de cabotaje. El intercambio de subsistencias y vestuario, llegó a su grado mayor, subiendo correlativamente el salario de los trabajadores.

Afluyeron a Villa Bella, gerentes, representantes, empleados y pinches de instituciones mercantiles remotísimas y de toda nacionalidad. Grandes capitales con base central en Londres o Hamburgo, estaban puesto en juego. Día tras día, abrían sus puertas nuevas casas bajo nuevos rumbos. Se edificaba, se contrataba, se gastaba el dinero a puñados. El más infeliz de los hombres tenía por ahí un crédito, una cuenta abierta. Casi al igual que el castellano, se hablaba el inglés y el alemán.

Fue por esta época que al hacerse la fundación de puertos para el embarque gomero, se bautizaba a estos sitios con nombres de ciudades europeas: “Verdún”, “Nuevo Berlín”, “Manchester”.

Los cruceños, prosperando en su sabiduría de navegantes, llegaron a manejar sobre esos “camino que andan”, verdaderos convoyes con desplazamientos de

millares de arrobas. Desde la Gran Cruz, trascendía el olor a estopa y alquitrán y se oía la sierra mordiendo y el martillo remachando la itaúba y el curupaú, en esos gigantescos esqueletos montados sobre recia quilla. Los ingenieros cambas calculaban con la vista y no por eso dejaban de ser precisos – las ochocientas, mil o dos mil arrobas de cada batelón. Milagro portentoso convertido en costumbre primitiva y simple.

Reinaba la más perfecta cordialidad en todo lo largo de la escala social y nunca como entonces hubo una cabal intelección entre mozos y patronos. Si el primero se encaprichaba en un precio, el otro cedía.

—Son trescientas libras, tayta...

—Bueno, Bautista, tomá...

Y todo se arreglaba como en familia. La fiebre del trabajo no daba tiempo para turbar la paz de las almas, reparando en injusticias, y las únicas inquietudes de los hombres eran las de la muerte; más por sus misterios que por la muerte misma.

Las celebraciones se veían multiplicadas por las despedidas o los cumpleaños y, en vez de los bautizos – que no había cura — por el agua de los niños. Los presentes se hacían en seda, oro y joyas.

En las esferas oficiales, siendo poca la semana del entusiasmo popular conmemorando los aniversarios patrióticos o el carnaval, se ampliaba a otra semana, especialmente entre los círculos de paceños —que los había muchos — y cruceños, que eran los más.

Los músicos soplaban de día y de noche. En las últimas horas cabeceaban boquiabiertos sonando sólo el bombo, en tanto que de la embocadura de los instrumentos salía un grueso hilo de saliva.

Los juegos de plaza, tales como el del pato, el chivo — que se hacía a pie — el palo ensebado, el chichijco, etcétera, se tornaron infantiles frente al apasionado y varonil torneo de las regatas y de las carreras. Que aún no se conocía el fútbol. También entonces los “decentes” no reparaban en mezclarse con el cambetú cantonal.

Para cada una de estas anuales celebraciones, el siringuero, abandonaba eventualmente su cabaña hundida en el espesor de la estrada entre bejucos y espinas; chiraposo y barbudo, el bulto de hamacas cargado en la cabeza de su mujer, recruzando las aguadas para lo que se quitaba las abarcas, desandada la tupida senda, el pajonal enredoso y, seguido del perro y los hijos, llegaba hasta el puerto de embarque, y luego, remando, al pueblo, para ajustar cuentas, recibir la paga, emborracharse y olvidar las miserias de la “pica”.

Fanfarrones

Recordamos bien lo que vino a ocurrir en un 6 de agosto.

Era el año 98, la tarde anterior, entre ciento de *fregueses*, habían cobrado sus salarios en la Casa Barber varios pilotos hirsutos y curtidos. También pasaron por la ventanilla caucheros huesudos, llenos de cicatrices.

El patrón los miraba entre satisfecho y compasivo, los llamaba de sus nombres, los regalaba con un trago y les daba las monedas de oro en talegas, sin otro comprobante que el de los números y la fecha en el libro. Nada de cicatería. No había regateo. No cabía el regateo. ¡Pero si eran esos hombres los que en verdad acuñaban esas monedas! Un rato, sobre la tosca mano las extendían y —brillantes, doradas — les daban vueltas para mejor ver esas testas coronadas de lejanos reyes cuyos nombres y cuya historia no les importaba.

Dispersaban sus haberes casi con menosprecio, aunque no sin cierto sentido de arrogante ostentación.

Cumplidos los números de la víspera y la mañana, banquete, baile y dianas, el pueblo se había congregado

bajo los malos árboles a todo lo largo de la ceja del barranco, para presenciar las regatas. La sociedad ocupaba — emperifollada de gasas y sombrillas — el alero de la garita. Los gringos Barber integraban la comisión a cargo de este número (es de advertir que entonces todo programa se preparaba por números y que le ejecución de cada número —en competencia sin que al Estado le costara un cobre — estaba librado al entusiasmo y a las regalías de los ricachones).

Personalmente, entre chiste en alta voz, el paletó en la mano haciendo gala de agilidad y luciendo sus bien cortadas camisas blancas, los comisionados fueron depositando en las marcas de la competencia, cajones de finas etiquetas, visibles a todos los ojos que los seguían por descubrir el secreto.

No hubo ni secreto ni necesidad de esperar.

Ellos mismos, ayudados por la mozada comedia que adivinaba su parte, los fueron abriendo para dejar a disposición de quien alargara la mano, copiosos surtidos de bebidas, desde los vinos franceses que a tanto costo llegaban a Santa Cruz para el Obispo, hasta esas garrafas recubiertas de paja, barrigudas, que ostentaban su collar de medallas en el envase, un año marcado en el corcho y un sabor insospechable en su contenido.

Licores bermejos, dorados, ambarinos; dulzones o ásperos; en frascos pequeños o grandes; de asiento cuadrado, oval o redondo. ¡Qué de marcas no había dentro de cada caja reluciente!

Las champañas *Roederer* y *La Mercier*, fueron probadas por primera vez. Hasta los músicos, siempre tan cuidados y atacando siempre el chotis o la mazurca de moda, tuvieron su abundante ración. Nunca otra vez vimos semejante derroche en precio y calidad.

La música dominante —lo acabamos de decir— aún en las estudiantinas y en los instrumentos solos, no era el carnaval cruceño, con su previa maraca, ni los boleros o pasacalles de las despedidas que lo fueron después. Con la influencia extranjera, con los primeros gramófonos *Víctor* armados de una colosal corneta giratoria, vinieron los vales vieneses, la habaneras, las polcas, las tarantelas y varsovianas. Todo lo terrígeno quedó supeditado. Alguna vez, al amanecer, como un grito lejano de atavismo, revivía llorando en la guitarra la letra de un “¡ay de mí!”, inconsolablemente quejoso del bien perdido.

Quizá esta circunstancia a librado a la música beniana (la aborígen) de ese morbo de ansiedades sensuales y pungentes que ahora se advierte en otras latitudes.

Pero el diablo no duerme...

Donde el reflejo del auge económico era más altamente ostensible, era en el juego. Los primates de la goma y de los fletes, los enganchadores (verdaderos tratantes de blancas), los agentes rescatadores, etcétera, con los ojos clavados y fijos veían danzar su suerte al azar de los dados.

En ciertos círculos, especialmente en el de los fleteros, para simplificar la parada habían adoptado como medida la capacidad de una tutuma que se llenaba y vaciaba repetidas veces, según el monto de la apuesta. Era una tutumita barnizada de negro por dentro y por fuera amorosamente decorada con mariposas de color.

No circulaban los billetes nacionales y si era en general escaso el papel —moneda, más se conocían las notas del banco de Londres o de París que las del Francisco Argandoña o del Nacional de Bolivia.

Uno de esos días, charlando que charlando sobre cosas y cosas, un grupo de *fregueses* adinerados se puso a jugar en compañía del patrón que era don Marcelino Mostajo. Tipo de campanillas, pero amable y campechano. Alto, apuesto, de ojos zarcos, el pecho peludo, cadena de oro colgando

sobre el chaleco; en el meñique un brillante de clarísimas agua y en la otra mano, el aro de matrimonio.

Los caucheros eran el “Petacudo” Emeterio Santos, Isidro Neira, Heriberto Padilla, los hermanos Melitón y Severo Velarde —de la barraca de El Porvenir— e Ignacio Bejarano, que fue el último en llegar. Instalados en la punilla, se disputaban la “polla” manoteando entre carcajadas, conjuros y maldiciones. En un momento de esos, la suerte se decidió por Neira, hombre mucho crédito en el lugar. Corrían las libras hacia su lado y él las recibía extendiendo su mano morada y nudosa. El patrón —entre sudores e impaciencias— le abría paradas cada vez más gruesas, a la vez que le estimulaba con aspavientos.

—¡Tire amigo Neira!

Y los cubitos se deslizaban sobre la colcha, haciendo muecas endiabladas.

—Sena —quina...

—Van doscientos, Neira, ¡Cope!

Y Neira copaba.

—¡Cuadras!...

Sendos vasos de cerveza en sonoros cristales, servían de paliativo a los contrastes. Padilla y Santos, repetían los números en alta voz y los otros hacían sus cábalas y cobraban sus apuestas.

Pronto, a la vuelta de una hora, la suerte le fue abandonando a Neira, del que los compañeros rescataban

gruesas sumas en metálicos. Se le acabó la bolsa y apostó, haciéndose obligaciones a la vista. Don Marcelino, entre chanzas y risotadas, ahora ya le ordenaba.

—¡Pare, Neira!

Se las había tomado con él.

Y cuando el pobre Neira acabó con todo lo que poseía y se endeudó hasta los pelos en ese tan conocido rapto de despecho en todo jugador, y cuando radiante el ruedo de contrincantes lo tomaba con zumba, lo “farreaba”, todavía se le ocurrió al patrón decirle, agitando triunfalmente el cubilete en lo alto del puño remangado:

—¡Pare el camba Neira!

Fue suficiente.

En aquel tiempo era oprobioso ser tenido por “camba”. Neira reaccionó como una fiera y espetó a don Marcelino una ducha vitriólica de carajazos e improperios; por uno y otro bando los hombres se ajustaron el cinto y se armó la bolina. Hubo tiros, una docena de puñetazos, fuga, insultos, atropello.

Neira pasó un año en la cárcel y Mostajo dos meses en su cama.

* * *

Pero aún se han dado casos más dramáticos.

En casa de doña Encarnación Salazar, que tenía dos lindas hijas casaderas —Lastenia y Petronila— se jugaba

sin parar dos y tres días. Sortijas, relojes, mercaderías, era lo más común en circular cuando al perdedor ya no le quedaba un tostón. Hasta se llegó el caso (de don Jesús Jiménez) de jugarse batelones enteros cargados de siringa que pasaban de dueño en dueño. Lo cual nada tendría de extraordinario si no fuera que justamente con los batelones que valían quince o veinte mil bolivianos, se copaban apuestas indicando doce, catorce o veinte tripulantes.

Argonautas

Todo el trato de los siringueros se hacía por agua.

Don Ascencio B. Dorado, fue sin duda el más temerario de los fleteros conocidos desde Villa Bella hasta el bajo Madera. Esforzado, puntual en lo posible, no trepidaba ni ante las desgracias grandes.

Era en verdad un argonauta.

El recorrido que por encima de las rompientes, vale decir, por sobre las encrucijadas de la muerte, realizaban los viajeros a San Antonio, resultaba no menos que una empresa de titanes.

La móvil superficie del río con un cauce tan lleno de repliegues, hacían temibles las cachuelas que se anunciaban con las correntadas, el estallido de las olas, la trompa de sus rocas y el vacío de sus cavernas y remolinos.

¡Cómo no admirar a los remeros! Ellos, fiados en la precisión de sus cálculos al ojo, en su frialdad de peces y en la serena confianza de sus músculos, se lanzaban intrépidos a la lucha. Como los héroes de Homero, un poco fatalistas: “Nada sucede la víspera”.

Sufrían averías, contrastes y reveses. Muchos de ellos quedaban allá en el fondo entre pedruscos revueltos y la hojarasca putrefacta.

Los pormenores del embarque se ofrecían ruidosos.

Reparados los viejos batelones, bautizados los nuevos, listo el bastimento necesario para la expedición, elegida las tripulaciones y los pilotos, la colorada barranca del puerto hormigueaba de mozos, aduaneros y patronos.

Pedro Gualachavi, Nicéforo Sosa, Nicómedes y Carlos Orótare, José Guarivana (llamado “Guatoco”), Eleuterio Durán, Ciro Huasico, Cayetano Aulo... medio cuerpo desnudo, los pantalones holgados y el cinto ancho y fuerte, agarrando la vaina del trasao... Los estibadores se manejaban a gritos en el control de las bolachas que, tras salir de la romana y anotado el peso, eran rodadas cuesta abajo cayendo con estruendo en la ensenada.

—¡Eh, Guatoco! ¡Cuida el jone!...

Se hundían revolviendo el lodo y salían a flote con gran impulso, bogando por entre la resaca y las burbujas. Guavirana y Durán las tomaban con un palo y las iban ordenando en el interior de las barcazas.

Esto duraba por veces hasta una semana.

Acá se ponía la goma fina, encima el sernambí y allá las maletas, los ponchos engomados y dentro del portabalayo, las botellas de sal molida, el cajón de velas y las latas de azúcar baya y de manteca. Había que llevarlo todo porque se pasaban semanas enteras entre

el río y la barranca tupida, sin que pudiera encontrarse un “cristiano” y con él, alguna esperanza de auxilio. Mil seiscientas arrobas. Cada embarcación doce tripulantes con dos proeros y el piloto. Cuatro rifles de a 25 balas cada uno.

Delantero, para escoger las paradas e indicar los pasos, tenía que ir don Ascencio que, a la hora de partir, siempre pagaba la banda, obsequiaba a los peones con aguardiente y desplegaba sobre su camarote la bandera nacional, dando valor a sus hombres.

—¡Tchj! Cuidado con tener miedo: lo que tiene que suceder, sucede no más.

A esa hora venían las últimas cartas recomendadas por los amigos, el encargo de las mujeres. El gentío compuesto de curiosos, changadores y familiares, hormigueaba alrededor de los héroes que, con camisola holgada y blanca, el sahó amarrado a la barbilla, bebían y oían como con nostalgia, la cacharpaya de los músicos.

* * *

Nadie, ni los mismos remeros veteranos pudieron decir nunca que sabían cruzar una cachuela. El canal de éstas, como el mismo curso del río, variaba de tiempo en tiempo a capricho del caudal. De Villa Bella a San Antonio tenían que pasarse trece cachuelas, aparte de un sinnúmero de torrenteras. Y la primera, llamada Madera —como el río— se la tenía ahí, con su potente quijada casi a la vista, a pocos minutos de dejar el puerto.

Pero las cataratas más altas e intrincadas y que obstruían completamente el río sin dejar un resquicio, para el paso, eran las de Riberón, Salto Girao y Theotonio.

Tenía que encontrarse medio torno antes de llegar a ellas, en sitios señalados por el rastro de todos los viajeros; transportar por tierra la carga más delicada, hasta muy abajo de la cachuela y pasar los batelones por vados en que se los arrastraba a pulso.

Claro que había la senda, y no sólo una, sino muchas entre un sitio y otro. Pero el trabajo resultaba agotador. Espantando con el sombrero nubes de puquillas, de tábanos y marigüises, bajo un calor de 39 grados en que era preferible no llevar más ropa que una baticola, con las cuatro o seis arrobas de cada bolacha encima, la cabeza agachada y los brazos en alto, iban y venían los remeros, por entre aguadas que acababan de convertirse en charco, y tremendales que eran focos pestosos; sudando, escupiendo y maldiciendo. Con las piernas abiertas equilibraban la plancha que buscaba resbalarse por entre el canal de los lomos; la atravesaban con un palo y así quedaba fija sobre el hombro, en cambio éste, sufría las llagas que le producía el palo.

Cada cuadra que se andaba, atormentados los oídos con el zumbir de sabandijas, parecía tanto como andar una legua. El *anopheles* hacía su agosto y los tábanos al picar, succionando la sangre, dejaban una ampolla abultada con su punto rojo en medio. Las úlceras aparecían de inmediato en la canilla, por la acción de espinos y cortaderas. Y al rascarse los hombres sobre las picaduras, florecían las espundias.

Paralelamente, pero un poco más apegados al río, otra partida de *fregueses* padecía nuevos suplicios, arrastrando el batelón. Antes, había trabajado un largo y sinuoso “varadero” que iba desde la entrada hasta la salida de la cachuela, en parte por tierra movediza, entre yomomos y patujuzales, y en parte por terreno duro, entre cascajos, hormigueros y posetacú. Era la labor más extenuante.

Se debía llevar en vilo, como en procesión, esas barcazas, que no iban completamente vacías pues era costumbre dejar en ellas la impedimenta, cuidando los tablones de cualquier accidente y el casco de cualquier avería. El patrón tenía que dar ejemplo tirando de una espía y gritando para mejor disimular la fatiga:

—¡Eh, pandorgas, maricones!

—¡Fuerza, carajo!...

Sus gritos no resonaban, apagados por la estruendosa voz de la cascada.

Gualachavi, Orótare, Sosa, Durán, todos se movían. Mezclado al bronco rumor del agua que caía en ocho metros de desnivel, se percibía el ruido de hojas aplastadas y ramas trituradas, los improperios que lanzaba el uno que se hundía de una pierna, el otro, trozando las tacuaras con el machete y el de más allá, espantando culebras y tucanderas. Los 365 soles del año, parece que allí se reunieran en uno solo, grande, cercano y caldeado...

Así, todo aquello daba la impresión de que el propio caos se estuviese disgregando y disolviendo.

Los ojos ardorosos, llenos de legañas, de esos pobres seres hundidos en un fango amoniacal, eran la atracción de millares de mosquitas amarillas, empeñadas en chupar los lagrimales. El vaho soporiento del tarope, el hedor a sudores y a podrido, la porfía de los tábanos malignos, los gusanos y las sanguijuelas, la greda mefítica pegada como costra, el grito de los loros y los manechis, los bejucos que trababan el paso, el calor, todo enloquecía a esa pobre humanidad dentro de aquella viripotente selva, siniestra y bella a la vez...

Para aplacar la sed, buscaban sin ir muy lejos un hueco de agua tranquila.

Y no reparaban en renacuajos. Algunos atinaban a las pitajayas que exprimían con avidez sobre la lengua gruesa y fatigada...

Y duraba días este trabajito.

Al atardecer, derrengados, magullados, se juntaban los trabajadores; tomaban silenciosamente un gran poro de chivé, se lavaban las úlceras en el río, bañaban el cuerpo, comían dos o tres platos de locro, sacaban una chala y con el tabaco negro que siempre tenían picado en la bolsita, liaban un cigarro. Y fumando y eructando se tumbaban como troncos bajo el mosquitero, durmiéndose de un tirón hasta el amanecer.

Entonces era cuando comenzaban a sentir dolores.

Algunos se levantaban apenas, delirantes, lopotudos, con el principio de la fiebre en las venas. Otros se curaban

las heridas con manteca de caimán o simplemente con un emplasto de tabaco y saliva. Y todos —hubieran o no podido— tomaban la dosis de quinina prescrita por la experiencia y, sobreponiéndose a las miserias de la carne, resignadamente, tornaban al monte...

Se reiniciaba la navegación hasta la siguiente cachuela. Pero esta jornada siempre dejaba el saldo de varios peones que tiritaban al sol todo el día y que no tenían ganas de probar bocado.

Pasada la cachuela de Theotonio, ya podía procederse en las otras como lo hicimos nosotros en Quayará. Al amparo de la poca corriente —momentáneamente remansadas las aguas por la barrera de piedras—, se atracaba a poca distancia. Se llevaba a hombro hasta el campamento de abajo la carga de privilegio en tanto que el piloto y capitán, con auxilio de los proeros que eran expertos, se ponían de acuerdo sobre la posición del canal.

Se daban instrucciones precisas a la tripulación, se decidía el momento, y, una por una, las embarcaciones tenían que hacer la travesía ineluctable.

Era una visión angustiosa y trepidante...

Los batelones, desde la distancia, debían ir en línea recta, con todo su impulso. No pestañeaba el piloto y la consigna de sus hombre era remar impetuosamente. Él, ordenaba a gritos para mejor dominar ese clamor desencajado...

Remolino que tiraban sordamente para adentro... trombas detonantes que se alzaban para afuera... espeluznante

dentadura de pedrones, fijos y mudos, a uno y otro lado.... chiflones, resaca procelosa, bufeos, peces voladores, anguilas eléctricas, espuma, vaho, remalazos del viento... y el batelón como un bálago en el vértice del mundo...

El piloto —con los ojos fijos — semejaba un pequeño dios parado en su tronera.

Unos segundos en el vacío, un choque con otras correntadas allá en el fondo nublado por gruesa lluvia, el crujir de la madera reventada y —con la ayuda del Tupá, que secretamente invocaban los indios, o con las gracias al cielo, que daban los cambas — ¡todo se había salvado...!

Aunque no siempre “todo”.

Con frecuencia se erraba el canal y entonces, de las embarcaciones no quedaba ni el rastro. Otras veces, caían al vacío, como astillas humanas, cortados por las olas, algunos tripulantes; los remos saltaban por el aire...

Nunca se tuvo como segura la travesía de las cachuelas. Pero en éstas se hacía la empresa con mayor decisión que en esas otras al arrastre por la margen paludosa de los ríos; ya que aquí, todo se libraba de una vez y “si los hombres tenían que morir, pues morían”.

—Nada sucede en la víspera...

Y, en vez de arrastrar un esqueleto botado y carcomido para el resto de la vida, preferían quedarse allá despedazados. Tal razonaban los unos, en tanto que los otros hombres de este drama enorme, en vitando festín, jugaban al cubilete la embarcación, la carga y los peones, engordaban la panza

y después de beber complicados licores refinados, dormían la siesta en hamacas suaves, guarnecidas de blondas flamencas...

San Antonio

Dieciocho días mortales eran los de ese viaje, hasta dar con San Antonio.

Este puerto contaría entonces con unas tres o cuatro mil almas, de las cuales —como en Villa Bella— la mitad era gente de paso. Unos años atrás, apenas si era un campamento. Calles anchas, rectas, dos casas bajas y sombreadas, todo sosiego por fuera, con algunos mangos y totaíses (así se hace en el Beni el plural de totaí), que se alzaban sobre el monte. El monte traía, cuando soplaban el viento, un lejano rumor de mar y al pelar el sol, un inquietante olor afrodisíaco.

Tierra gruesa y rezumante. Tierra de platanales y de almendrales. Don Ascencio S. Dorado, a la cabeza de su tripulación, henchía el pecho a su sola vista.

Los fleteros buscaban la fonda o el galpón. Tomaban su tutuma de chivé. Abrían la maleta. Asentaban la navaja pasándola por la lonja de cuero sobado y como matarifes, comenzaban a rasurar con ruido de lija esa barba tupida y negra. Luego se bañaban, se cortaban las uñas y se cambiaban la ropa.

En diez días, entre el buen comer y el mejor beber, entre animadas tertulias, traspasadas, madrugones (fuerza de la costumbre) y largas siestas en que el vientre atosigado empezaba a digerir, los hombres se reponían. Y luego se daban al cúmulo de diligencias que informaba su oficio.

Entregaban la goma a los capitanes de las lanchas que venían de Portho Velo, Santarén y Pará; recogían la carga de retorno; buscaban los mejores comercios para adquirir los encargos de la casa, o de los amigos, o de las queridas (sortijas con rubíes o esmeraldas, bordados, agua florida), se hacían fotografiar y comenzaban las despedidas de estilo con cerveza y con guitarra.

Pero la cerveza *León* era mala. Los fleteros preferían el resacado con su cáscara de limón o unas gotitas de jengibre.

Para comprar, todos tenían cuenta abierta; todos disponían de un crédito relativamente ilimitado. Mejor si de golpe se endeudaban con ocho, diez o doce mil pesos. Así a los remeros, después de la cruda travesía, se les ofrecía el espejismo del goce.

A los hombres de su mayor confianza, entregaban las compañías, con especiales recomendaciones, una pesada caja cuadrada, con bisagras de estaño, llenas de libras esterlinas. También iban “patacones”, plata blanca sellada, tostones, quintos, tomines y medios. Todo eso destinado a las agencias en Villa Bella, Cachuela Esperanza y Riberalta. No se exigía del conductor más que el simple recibo. Y esas valiosas encomiendas, después de pasar por la aduana, eran entregadas religiosamente en el destino. Salvo el caso

de que cayeran, con los hombres, en el fondo del río. Y si alguien sentía tal percance, aparte de los fleteros, eran sólo las Compañías de Seguros de Europa.

* * *

Si los padecimientos anteriormente descritos representan la odisea más espantable de que pudiera tenerse noticia en ese tiempo, ¿cómo podemos dar al lector una idea de lo que significaba el viaje “de arribada”? Si esa fuerza líquida que atropella, tumba y pasa, era el peligro vivo no obstante el favor de su impulso, ¿cómo no habría de ser ella la fauce palpitante de la muerte, yendo como se iba a buscar su encuentro? De subida, por el Madera, todas las cachuelas había que pasarlas tirando de los batelones por los varaderos. Y la carga, ya no consistía en planchas de goma fina, sino cajones con clavos y cinchos de fierro. De poco o nada servían los remos que no fuera cruzar los cuatrocientos y tantos metros de una orilla a otra, yendo a parar en el cruce un torno abajo, todo aplanados y exhaustos.

Los veinte días de bajada, se tornaban dos y tres meses de arribada.

El vado movedizo diezmaba la tripulación. No caía un solo hombre en los tumbos, pero sí, y muchos, a la hamaca, víctima de mortíferas endemias. No se era mejor comandante por mejor conocerse los resquicios de las cataratas, cuanto por saber defender la salud de los *fregueses*. El excesivo tributo de vidas en todas las empresas humanas, siempre fue aparejado del desastre.

Si se estaba en tiempo seco, con el descenso del agua se aumentaba la fuerza del torrente, pero podían utilizarse las varas para el impulso. De noche, con luna, no se navegaba por temor a los roquedales descubiertos. Mucho menos sin luna. Algunas lajas que quedaban a flor de agua, así como las islas próximas, se aprovechaban como apoyo para tirar con los cables. A veces se mandaba ganar alguna roca para el mismo fin.

Encallar entre dos pedrones o sobre algún banco de arena, era una maldición. Los peones permanecían dentro del agua días enteros y sus pavorosas noches. Ni siquiera podía ganarse a tiempo un barranco para enterrar a los muertos que hedían, morados y boquiabiertos.

Los convoyes, de vuelta, casi siempre aceptaban pasajeros, los cuales —también casi siempre— eran técnicos extranjeros, altos jefes, accionistas, empleados o inspectores de las compañías rescatadoras; eran los primeros en morir. Los estragos de la malaria, la impotencia para combatirla, el peligro del contagio en esas nubes de bichos voladores, sembraban el desasosiego y el pavor en los espíritus. ¡Qué humillado y qué pequeño se veía el hombre ante ese enemigo implacable e invisible que segaba tantas vidas!...

Si se estaba en tiempo de aguas, dilatada la corriente y disminuida su fuerza, en un lecho de 900 metros de ancho por 15 de profundidad, era eficaz el uso de los remos. Pero los torrenciales lluvias lo malograban todo. Semanas enteras sin sol, entre sur y chilchi; pudrían las guascas; el charque se tornaba pujosó; gelatinosos los cueros. Las pascanas

eran malas, los caimanes asechaban si se dormía en la embarcación. Mojada la leña, las pajuelas deshechas, no se podía prender lumbre siquiera para el café.

Cuando cesaba el diluvio —unas pocas horas — había que ver el modo de preparar el cocido con las yucas o plátanos que aún quedaban; pero había que embarcar las ollas con mucha incomodidad y el camba come abundantemente. Por aquellos días no se usaba otro cubierto que el machete filo, ni otra cuchara que la concha grande, ovalada, reluciente. Por eso se hablaba siempre del “majadito de concha parada”.

Nunca hubo de San Antonio a Villa Bella un viaje sin desgracias. De sesenta hombres, por lo menos morían diez en la selva y otros veinte, empalidecidos, llegaban como lastre.

Y a veces no llegaba nadie.

Alguna empalizada retenía escorado el batelón, en tanto que las osamentas quedaban esparcidas por la playa, con el último supremo gesto: el anhelo de vivir...

Era tocante el acto postrero de aquella mala comedia de la vida: un puñado de tierra arrojado sobre la cabeza, una cruz de tajibo entre otras muchas y la maleta del difunto a la viuda, —eso sí — intocada, sagrada, entera, respetada cual si fuera el testamento.

La fiebre

El personal que tomaba la terciana, el paludismo, el sarampión, la espundia, el beri —beri o la malaria, era trasladado a donde fuere para ser devuelto a sus familiares. Los que no tenían “ni siquiera un barcino”, eran concentrados en galpones distantes, en los que un sirviente los asistía en menesteres simples; la manteca de caimán, la dosis de quinina que les repugnaba, algún antojo de cocina que después ni lo probaban, el lavado de la ropa, etc.

Tirados sobre las chapapas o sentados al sol, desnudos, sedientos, convulsos, padecían los espasmos friolentos de la fiebre.

Uno de estos galpones estaba junto a nuestro alojamiento.

Cuando se contagiaban las mujeres, el cuadro era ya insufrible: juntos en el mismo camastro o tirados por el suelo sobre un cuero de vaca, maridos y mujeres en promiscuidad, taladraban con su quejumbre la noche densa y lóbrega. Pero era lo último. Crinudos, secos, los dientes crecidos, los ojos vidriosos, en verdad no eran más que espectros errantes de carne y hueso. O mejor dicho de piel y huesos.

Al día siguiente unos estaban muertos al lado de otros que aún resistían...

Esos que resistían y aún podían moverse, se tumbaban durante la siesta al abrigo del naranjo o a la sombra de las punillas; unos estirando junto a su vómito negro la cabeza cadavérica llagada de úlceras tropicales que les carcomían el paladar o las membranas de la nariz; otros —pocos, los convalecientes— reumáticos o tísicos, haciéndose sacar las garrapatas o reventar el pitaí. Las moscas orillaban los esputos bacilosos agitando las patas traseras, en tanto que las gallinas, espulgándose también y dejando el jumbarayú, escarbaban en los tallos del cerco.

Algunos caminaban como aparecidos por el aposento, cojeando de la pierna de cuya canilla se abría una espundia maloliente. Sosteniendo con un dedo el calzoncillo, se llegaban hasta otro naranjo en cuyo tronco se apoyaban para orinar. No faltaban pacientes raros, de esos que se ponían tristes a quienes aparecían por el cuello y entre los dedos, unas manchas lechosas, en forma de mapas, parecida a la pinta overa de los vacunos.

Hemos sido testigos de la extinción paulatina de numerosos personal recién llegado de Santa Cruz y que inmediatamente había sido empleado en las rudas tareas del transporte fluvial. Caían los hombres para no levantarse más.

Por aquellos días llegó un batelón del Dr. Marcial Aguilera, el mismo que trajo entre otros conocidos nuestros, a Nicanor Vásquez, el “Japutamo”, y a Telésforo Gutiérrez.

Vinieron a vivir con nosotros alojados en el galpón de Guarimo.

Nos sentíamos felices de tener compañeros para la lúgubre vecindad. Los muchachos, al principio, cohibidos, se metían en el mosquitero tras de anochecido, procurando no oír las lamentaciones de los enfermos. Pero nadie, que no sea un rematado miserable, que enteramente sordo a ese subfondo de humanidad, a ese recóndito sentimiento de altruismo que hay en cada hombre. Poco a poco acostumbrados a tanta desgracia junta, a tanta desventura inenarrable, Gutiérrez y Vásquez nos seguían, siquiera para alcanzar el churuno de agua y mojar los labios resecos de los afebrados, cuyo cerebro se debatía en lastimoso delirio.

Todo vez que dieron con la casa de la “Refusilo” (Ramona, una muchacha donosa, en la cual pasaban largas horas de juerga) comenzaron a llegar tarde de la noche y un poco bebidos. Entonces, para ellos, la tapera de las lamentaciones perdía su aspecto macabro y los muchachos se tornaban hasta temerarios: olvidada la noción del contagio, del peligro y de la muerte, hicieron amistad con algunos tipos palúdicos y espudientes a quienes llamaban por sus nombres.

Facundo era un mozo de Concepción de Chiquitos, de 22 años, unos ojos zarcos y una flacura verdosa y transparente; tenía beri —beri y nadie daba por él un centavo. Erasmo era todavía más joven, plagado de escoriaciones por las orejas, tenía todo el cuerpo cubierto de llagas infectas. Siempre estaba malhayando al somó que allá en su casa de San Javier, hacían sus hermanas, todos los viernes, para invitar a sus amistades.

A veces —y no pocas — nosotros acompañábamos a Gutiérrez y al Japutamos en sus sandungas por lo de la Refucilo; de vuelta, Gutiérrez, que era vehemente, entraba hasta la cama del leproso.

—¡Enciendan el lampión!

—¡Sch!...

Los chulupis escapaban de la luz.

Facundo, todo sapirá, abría perezosamente sus ojos verdes.

A su lado, en la violenta posición de aquel que lucha, aparecía rígido el cuerpo de algún compañero, todo inundado de mosquitos y de hormigas. Facundo lo miraba sin desesperación. Le importaba un garbanzo... Ya había muerto Erasmo y el habría de morir un día de esos... Su cara alargada por la luz del kerosene, los delgados labios desabridos, entreabiertos, su rala barba sudorosa, se movía en un levísimo temblor. Sólo le faltaba la sigla cristiana del INRI, pero transformada así: FRS, Facundo, rey de los Siringueros.

Se oían algunos ayes lejanos, muy lejanos, y muy profundos. Eran los de la sirvienta del rincón que sufrió la picada de una serpiente venenosa. Apenas si respiraba...

Nos imaginábamos a la “Descarnada” en su trono, con una guadaña por cetro...

Nada, no había caso: sólo con agua no se curan los malignos achaques de la selva.

Sin protesta, todo aquello contribuía a robustecer en los hombres un sentido fatalista de la vida. Ante semejantes miserias el estupor era inútil; era ridículo el pasmó.

Los patrones pasaban todo el tiempo en tertulia, rodeados de cerveza y whisky o concurrido a los babilónicos festines de sus amistades. Si los dueños de tripulación confiaban el deber que tenían, a los capataces, éstos a su vez lo confiaban a otro que no se creía obligado a nada. Ninguno se movía del centro —de los hoteles, de las cantinas — con alimentación, con medicamentos o siquiera con una palabra de consuelo. ¡Tanta era la desesperación que daba el dinero! Doña Encarnación, nuestra vecina, compadecida, era la única que mandaba a los enfermos algún sinapismo, o simplemente borraja con sal.

Río arriba

Mientras estos acaeceres y mientras nosotros al amparo de ciertas circunstancias favorables, habíamos hecho conocimiento de la dilatada zona del Norte, se había venido el año 1897 y se avecinaba el 98.

Restituidos en Villa Bella, encontramos a los viejos compañeros ensimismados con la noticia de que el patrón iba a viajar a Santa Cruz. Estábamos tan acostumbrados a don José, que la idea de ser traspasados —y en esa forma de negrería — a otro patrón, justamente alarmaba a todos.

—Es preciso arreglarse en la Policía — dijeron algunos.

Era el intendente un viejecito de barbas pluviales que —como muchos de los empleados de entonces — tenía una ejecutoria marcial de la que se gloriaba (y no era para menos la guerra del 79) y siempre estaba hablando de Melgarejo, Morales, Frías y Daza, que fueron los hombres de sus mocedades. Pasado el episodio del Pacífico, anduvo brujuleando de sitio en sitio; sin dinero, siempre deseoso de ir a otra parte, pobre y simpático, siguió el camino de grandes panceños como los Pérez Velasco. Este viejo —don Isidro Blanco Benavente, sino estamos trascordados — trató

de armonizar las diferencias y de calmar los ánimos que se iban exaltando.

Al reparar en Nicolás le dijo:

—¿Y tú aparcerero?

Y viéndonos juntos añadió:

—Hasta que haya una ocupación mejor, estarán ustedes cerca de Mauro, que me sabrá responder...

Mauro explicó que la situación se reducía a lo siguiente: Viajaba su hermano con nuevos recursos obtenidos de la casa Vásquez, para procurarse personal en Santa Cruz, y sencillamente nos dejaba a todos en poder de los industriales de esta firma. Como hasta entonces ninguno se había vuelto rico y mas bien faltaban varios, entre otros, Ceferino Ardaya, que murió en San Antonio, y Omireji, Choquere y Yaune, que se enterraron en Cuayará; y como al volver de tantas penurias experimentadas, los itonamas se creían cerca de la casa, que tanto añoraban, de sus hermanos y de sus hijos, de los que no sabían ni una palabra, cundió de un modo natural la obsesión de la fuga y la cimarronería. Y en el plazo de una semana se hicieron humo, Felix Tacaná —el “Candirú”, que se marchó el primero — José Mopi, Pinaicobo; y después Guacama.

No obstante estos contratiempos, en enero de 1898 un batelón de ochocientas arrobas había sido reparado para resistir larga navegación por los barrancones de río arriba, del Beni.

Cargado de mercaderías, del más rico surtido extranjero y con algunos productos del país, debía ir en busca de siringa.

Los Vásquez eran expertos en esta clase de negocios y todo lo dispusieron minuciosamente. Por otro lado, la tripulación estaba encabezada por remeros cuyababas veteranos. La integraban otros indios y el resto que aún quedaba del personal de don José.

Mauro desempeñaba el papel principal. Y con esto queda dicho que nosotros, teníamos todas las garantías, aunque no una situación definida.

Con Nicolás, trabajábamos al lado de los chimoris hasta más no poder, comprendiendo que de otro modo nos habríamos atraído la animosidad de la ruda gente que —por su misma condición — desconocía todo valor que fuera el del músculo.

Cielo de aluminio.

Ya dijimos que era enero.

Oscurecidas las aguas y deslucida la fronda, zarpamos en gesto voluntarioso tras de las claras linfas del Beni que debíamos ganar la misma tarde.

Al brillar las primeras estrellas, las aguas se tornaron celestes. Los barqueros dorados de sudor, embarcaron los remos y se hicieron la señal de la cruz. No hay nada más sugestivo en los grandes ríos que esta hora. Hasta las gaviotas, en nostálgica fuga, parece que tocando el agua con las alas, se persignaran...

En la chacra en que pasamos la noche, pudimos al siguiente día admirar la tierra en todo su opulencia. Enorme bosques de lluvia (*higrodrymium*). Los racimos de

plátanos, como hasta entonces no habíamos conocido, más que sostenidos por el tallo parecían apoyados en el suelo. El impulso de crecimiento les hacía descubrir las raíces y doblarse con el peso. Las avenidas de castaños (*bertoletia excelsior*), daban sus ramas siderales a toda una flora graciosa y distinta de asahíes, palmas y jarandá. El asahí es la más seductora y fina de las palmáceas en todo la jungla beniana. Una vieja leyenda dice que por su savia florece la pasión de una sirena prendada de un forastero. Como que —con el mayaraú — da un fruto pequeño y sabroso de pulpa morada del que se hace chicha para las curas de amor. Y si no, ahí va una letrilla anónima que lo dice claro:

Vino de Pará

paró.

Tomó asahí,

quedó.

Por momentos me parecía oír el canto lejano de las amazonas, repitiendo aquello de “quedó”... Al temblar las hojas creíamos ser espiados por estas hembras orgullosas, de trenzados cabellos sobre la cabeza, desnudas, como múltiples Godivas y siempre con un blanco para sus diestras flechas. Pero era solamente el vagar del pensamiento al compás del trópico, o más bien, el remezón del viento allá en lo alto y el remezón de esas hojas allá en lo bajo.

Los mosquitos y la horrible calor, no dejaban tiempo para divagaciones. Mas no pudimos menos de detenernos —la milésima vez — ante una siringuera joven, de tronco liso

y alto, dejaba intacta en medio del barranco como una vela prendida en el altar de la selva virgen. Con el viento, sus pequeñas hojas lanceoladas, parecieron saludarnos.

De vuelta al río, los prácticos nos guiaron por la orilla y, con la energía humana bien distribuida, vencíamos los sitios de menor corriente con toda ventaja. Pero al cruzar de margen, el tumulto avasallador de las aguas nos devolvía a la realidad. En estos ríos, casi no hay cabida, como en los umbrosos arroyuelos, para las fantasías. En los arroyos, la mitología ribereña tiene sus doncellas —nuevas Loreley del Amazonas— que llaman con cánticos a los viajeros y los hechizan, y sus genios galantes seducen a las mujeres que se bañan o que beben sus aguas, las embriagan, les roban la virginidad y se alejan después, fatalmente, sin oír sus lamentaciones.

Se dice que un pez rojo que de tanto en tanto salta a la vera de las embarcaciones, es el genio galante en su estado natural. Las muchachas lo espían y lo temen.

Cachuela Esperanza

A poco de avanzar en la tercera jornada se anunció con su tronar profundo Cachuela Esperanza. Y luego, como una montaña blanca, reluciente, que al caer sobre el precipicio en su continuo derrumbe levanta un extraño velo irizado y transparente, así se presentó a nuestra vista. Sentimos la marecía, como llamaban los remeros al formidable oleaje que produce el agua al romperse. Era como si un tremendo yacaré diera continuos coletazos. En verdad aquello parecía un lenguaje monstruoso de fieras en asecho desde ocultos abismos. Nuestra embarcación se puso en peligro... Encostamos.

Cachuela estaba en pleno desarrollo. Los edificios principales sólo diferían de los otros en cuanto a comodidad.

Sus almacenes estaban instalados en grandes galpones, con una infinidad de mercaderías para todos los gustos. Ya se notaba la disciplina impuesto por don Nicolás, pues los escritorios y todas las reparticiones de trabajo, se abrían con estricta regularidad. Estaba levantada la capilla e izadas las campanas, aunque solo cuando misioneros en gira evangelistas o de estudio, pasaban, se podía oír misa. Era necesaria la capilla pues el personal obrero, oriundo

de los pueblos mojeños que hacen tan severas las prácticas religiosas, tenía allí su sitio para congregarse, celebrar según sus ya viejas costumbres la fiesta patronal, o simplemente, practicar sus devociones.

Infundía un natural respeto el vigor físico a la actividad organizadora de don Nicolás Suárez. Apuesto, de ojos sonrientes y cordiales. Inteligente. Parecía acostumbrado a mirar y “ver”. Parecía que para él, era en las cosas insignificantes en las que encontraba la significación. ¡La experiencia! Su bigote de húsar no escondía el labio resuelto, como tanto bigotudo del siglo pasado.

Fueron seis estos Suárez que abandonando la tierra cruceña en 1880, vinieron, como todos nosotros, a probar fortuna en el Beni: don Francisco, Rómulo, Antonio, Gregorio, José y Nicolás. Ya don Gregorio en uno de los viajes más macabros de esta etapa, había rendido el tributo de su vida en manos de los arañas, sin que se hubiese podido rescatar su cuerpo. Los bárbaros se llevaron su cabeza, cercenada del cuello, como un trofeo precioso.

Cachuela Esperanza, llamada así por el explorador norteamericano Edwin Heath que la avistó después del ilustre viajero paceño don José Agustín Palacios, bajando el río Beni en 1880, había entrado a ser posesión de los Suárez dos años después en que don Nicolás, luego de trasponerla, dejó establecido a su vera un pequeño grupo de sus empleados. Aquella vez (1882) se había embarcado don Nicolás en Rurrenabaque utilizando balsas para transportar hasta el Mamoré un cargamento de goma. Fue don Nicolás Suárez el primer colonizador que unió la selva

con los caminos del Madera y el Amazonas, aprovechando la experiencia de Heath.

No faltó quien nos invitara a la mesa general de empleados y, pese a la fama del derroche de productos de ultramar — caviars, carnes ahumadas, quesos — fuimos servidos con los platos preferidos por toda esa gente criolla: el buen majao con pimientos morrones y azafrán, el caldo de gallina o de tracayá y la yuca con tasajos de cecina.

Los patios interiores de las casas se veían siempre cubiertos de planchas de goma, todas del mismo tamaño. Ochocientas, mil, dos mil bolachas. Cada una de seis arrobas, representaba cada arroba, seis libras esterlinas. En tiempo de aguas se las conservaba al aire libre, lo cual no podía hacerse en tiempo seco porque el sol las derretía. Así, estaban listas para ser entregadas por lotes a los numerosos fleteros.

Sobre esta extensa capa elástica y movediza, no era posible caminar. Era como la cuerda floja. No olvidamos lo que le ocurrió a Andrés Guastovara, un *fregués* tutado por la viruela que siempre andaba en el más ominoso estado alcohólico, estado en el cual se excedía en manoteos y vociferaciones. Con su mala chispa, no dejaba en paz ni al mismo administrador. Un día, un empleado se quitó de malas pulgas y —como no había calabozo— ordenó que se hiciera un espacio en medio de la extensa superficie de bolachas que había en el patio principal. Allí condujeron por la fuerza al borracho que se defendía furioso, dándonos enseguida un estupendo cuadro bufo: cada vez que trataba de salir y daba un paso, caía como un toborochi. Allí, desde

su “celda”, maldijo, insultó, suplicó, amenazó, lloró, hasta que al fin quedó dormido. El correctivo fue eficaz.

Los pilotos de Cachuela Esperanza eran los más famosos de toda la región hasta el Amazonas, no sólo por la precisión de sus pronósticos y la seguridad infalible de la mano en el timón, cuanto por esa “ciencia” maravillosa que en ciertos seres pone la intuición.

Había un hombre llamado José Gutiérrez que, a estas cualidades unía otras no menos sorprendentes. Conocía en distintas estaciones la profundidad de determinadas piedras, de fama siniestra por los naufragios que habían ocasionado; sabía por dónde habrían de desviarse las corrientes en las cachuelas, según el caudal de las últimas lluvias; se jactaba y no sin razón, de ser el único que podía llevar a término tal o cual empresa erizada de riesgos. Los gomeros lo miraban con toda consideración y los patrones le llamaban el “Doctor Fluvial”.

Analfabeto absoluto, Gutiérrez lucía —atuendo barbárico — los dientes cortados en punta como lo de palometa; pero también, al igual que los marinos amazónicos, ostentaba en los brazos tatuajes azules de anclas y corazones.

En él hablaban claro las dos levaduras de la raza: la de los mestizos cruceños y la de los cambas mojos.

En San Antonio, era él quien recibía el correo para su distrito —correo sin valija — y cargaba con paquetes y cartas sin guía, casi dispersos.

—¿Hay algo para mí, doctor? — le salía al paso algún jefe de barraca donde encostaba.

—Sí, este despacho de Liverpool.

Los sellos postales, la disposición de los rótulos, la letra, nada más que estas cosas daban a Gutiérrez la clave de la correspondencia.

Era obligada la permanencia de varios días en Cachuela, mientras se hacía el transporte de la carga y la embarcación por el lago varadero. En esta espera, se reunían viajeros de todas partes y de paso a diferentes destinos. Nada pues nos extrañó —aunque nos fue tan grato— encontrarnos con compañeros de colegio en Santa Cruz y amigos del barrio de San Roque, como lo eran Lucio Barrios y Agustín Sosa.

Una noche en la cabaña de Lucio, allá lejos del estruendo del río y alumbrado el campo por una ovalada luna sin viruelas, conversábamos comentando nuestra situación.

—Pero así y todo, yo no estoy corrido, aseguraba Nicolás.

—Oí —le dijo Barba — espera mi regreso en Riberalta. Te acomodaré lo mejor posible; como que ya ves: estoy negociando bajo buenos auspicios.

Trastornado por las viceversas de la suerte:

—Todo está bien, pero acuérdense de mí —dijo Sosa con tono patético — : ¡Hay que salir del Beni!

Del cercano bosque saltó un chiñi, poblando el aire con espantables graznidos esotéricos...

* * *

Al alba del siguiente día, partimos.

Siempre río arriba, pecheando la corriente.

El bramido de los tumbos y el fresco aire que empieza a correr desde la media noche, eran como una llamada que predisponía el ánimo.

En el trayecto, visitamos muchas barracas con sus ranchos de palla y su ancha faja de bosques umbrosos, amarillo y marrón arcilloso: el color de la cascabel...

Penosamente alcanzábamos y dejábamos atrás puestos gomeros en plena actividad, a la vez que vestigios de algún chaco arrasado por los salvajes; que todavía quedaban muchos. Otro puestos denotaban un precipitado abandono, por la misma razón: aún los cultivos estaban en pie.

Más adelante admiramos Florida, magnífica altura de grandes proporciones que se adentra en el monte. Buena tierra para tinajas, detrás de la casa, el huerto y detrás del huerto, el cielo, con su cornisamento de nubes caliginosas.

Por ahí viboreaba una senda que procedía de Guayaramerín y llegaba a Riberalta y que había sido abierta para transportar el ganado que, eventualmente, se traía en balsas de los pueblos del sur. Encontramos muchas chalupas y monterías. El sector Cachuela – Riberalta, siempre fue el mayormente recorrido por la navegación.

Nos tocó hacer pascana, a la hora de la siesta, en la desembocadura del río Orton. Este río comenzó a ser recorrido por los exploradores desde 1880 en que Edwin Heath llegara a su desembocadura bajando el Beni. Antiguamente se llamaba Datimanu, nombre (como el de Tahuamánu y Manuripi, que le da origen) de procedencia araona.

La fabulosa riqueza de cascarilla (*chinchona calisaya*), ipecacuana y goma que encierra, concentró sobre él la atención. Pero no antes de don Antonio Vaca Diez, fue entregado a la navegación, por más que ya existía la barraca de Puerto Rico, en la precisa confluencia de los ríos nombrados. Vaca Diez lo recorrió en sucesivas ocasiones desde el 81, en que se hizo “amigo” de los araonas, hasta siete años adelante en que llegó al arroyo Nasebe, colaborado por uno de sus peones favoritos: Querubín Vásquez.

A dos tornos de la pascana, encontramos el barracón del mismo nombre, situado en la margen izquierda del Beni. A primera vista se apreciaba su importancia por la cantidad de casas bien construidas que se alineaban en la orilla. La vecindad estaba compuesta por la familia de los empleados y trajineros con agencias en ese sitio, todos los cuales dejaban traslucir en su conversación el bienestar que afirma un trabajo provechoso y la tranquilidad que da un seguro porvenir.

Vaca Diez —dueño de la empresa— no estaba en Orton. Se hallaba en las capitales de Europa (después de haber tentado a la compañía Huanchaca de Potosí, que era la más rica en Bolivia por aquel tiempo) empeñado en buscar

capitales para asegurar una buena colonización y explotación de la amazonía boliviana. Soñaba con transformar esas tierras en perenne emporio a la vez que afincar en ellas una seria civilización. Si recordamos que Vaca Diez fue el primero en introducir la imprenta en el Beni y difundir la lectura (*La Gaceta del Norte* en 1877), hacemos justicia —siquiera de paso— a uno de los prohombres de esta gigantesca jornada histórico —social que significó la siringa.

A Nico, tan lleno de simpatizantes, esperaba en Orton otro gratísimo encuentro: el de su compañero de infancia Rafael Araúz. Al verlo en el puerto, el viajero saltó con el remo en la mano y se confundió en sus brazos sin decir palabra.

Rafael —otro tanto que nuestro Mauro— potencia activa y desbordada, verdadero calibre del espíritu cruceño, era además soñador, apegado a los libros, inquieto, vivaz y despreocupado. Libre como un pez, era una especie de linyera pero de cuello limpio y barba rasurada. Andaba así, por donde le era grato...

Aquella noche, la sosegada luz de la luna le trajo el recuerdo de su amigo Tavarez, un negro fornido y relumbrante. Ignacio Antonio de Tavarez era —a pesar de su oficio de albañil— el *Brindis de Salas* de esa corte de caucheros. Tocaba la flauta y el violín, con tal sentido de su estro pagano, fantasioso, que parecía un taumaturgo. Todo el mundo le rodeaba con asentimiento, estimulándolo a la creación. Esa noche, el inefable Tavarez nos hizo oír las composiciones en que desleía toda la gama de sus sentimientos, al par que música

blanca en la que introducía florilegios y variaciones alucinantes.

Nicolás le siguió con la guitarra.

Y Rafael ya no quiso separarse de nosotros.

Tanto, que al siguiente día, en instantes de emprender la marcha, nos sorprendió con la decisión de acompañarnos. Tomó su pasaje.

Riberalta

Dos nuevas jornadas y una mañana brillante, nos pusieron a las puertas de Riberalta que, con el canto de los gallos nos daba la bienvenida.

—¡Fuerza, muchachos! —dijo el piloto.

Los remos roncaban y la rancia población que vivía en nuestras charlas desde hacía dos años, se hizo visible por entre el azuloso vapor fugitivo. Allá a los lejos, los cuerpos se alejaban de su materialización, convertidos en alas abiertas...

Ingrávido el volumen de los árboles, se diría que “desincorporados”, se transformaban en nube, manumitidos por la melodiosa atmósfera de todas las leyes físicas de la gravedad.

Los dorados techos y las arquerías enjalbegadas, la alegre gente madrugadora y la impotencia de la montaña en perspectiva, pronto ganaron el corazón ya rendido de tanta cabaña primitiva, de tanto mosquitero sucio...

El puerto al que arribamos, daba frente al pomposo Madre de Dios. ¿Quién bautizaría con este nombre al torrente tan fornido del viejo Amarumayo?

Los compra —venderos de productos, se atropellaron reclamando preferencias.

Esa misma mañana el intendente de la Delegación Nacional, ordenó el comparendo de patronos y de mozos. Se informó de que todo estaba en orden y de que no existía queja de ninguna clase. Pero reparando en Nicolás y algo extrañado, preguntó:

—¿Y ese chico, en qué condiciones va?

—Como auxiliar del capataz que soy, señor —contestó Mauro, correcto y serio.

—¿Su contrato?

—No lo tengo aquí a la mano.

—Aquí está —dijo Nico, que siempre lo llevaba consigo como si fuera un detente. Era un viejo papel doblado en ocho. La autoridad, después de darle vueltas, ordenó sencillamente:

—Este muchacho se queda.

Y como Mauro intentara protestar.

—No amigo —replicó vivamente — se le está dando falsa aplicación al compromiso —. Y no admitía más excusas.

Rafael Araúz que esperaba la audiencia, estuvo gozoso, nos abrazó a todos y fue con el chico al puerto para traer su equipaje, es decir, su sapicuá, o bolsa de lienzo engomado. Y consiguió más tarde que nosotros también nos quedáramos.

Gozando al reencuentro del espejo y del peine, ¡qué impresión sutil de felicidad y de belleza la que se tiene! La satisfacción del orden, dentro de un cuarto de paredes blancas, nos hacía recordar —por contraste — aquel desparramo de hamacas en el monte y por debajo, los botines duros de barro, con las suelas levantadas.

Cambiados de ropa, nos dimos cuenta de que, según la propia apariencia, nace la confianza o el recelo, por más que se diga que el traje no hace al monje.

Estimulados por los amigos —y aún por el mismo Mauro, siempre tan generoso y entero — nos presentamos a don Juan Alberdi que gerentaba la casa comercial “G. Saravia, hijos y Cía.”. Caballero de pueblo, atildado y cenceño, pero digno y en todo caso, noble. ¡Ojalá los hubiera hoy como aquel viejo!

Nicolás habló, pero su atolondramiento y su escasa decisión para exponer y pedir, casi embarraron la entrevista. Felizmente el señor Alberdi, siempre atendía, de quien fuera, las continuas demandas de habilitación y de empleo. En el momento en que nos hizo pasar, se hallaba en su despacho el Dr. Domingo Vargas y el Coronel don Pastor Baldivieso.

—¿En qué podría ocuparlos? —dijo, como si hablara consigo mismo.

—He vencido la secundaria...

—Tengo buena caligrafía...

En aquel tiempo no había máquinas de escribir y la buena caligrafía lo era todo.

—Pero es que están completos los cuadros correspondientes a escritorio, almacenes y venta...

Baldivieso pareció reponerle: “A los muchachos de voluntad, hay que ayudarlos a hacer su destino. Un destino hecho es solamente aquel que ha podido desarrollar con éxito todas las potencias que duermen en el espíritu”.

—También somos tipógrafos...

—Entonces... ¡aquí está el Dr. Vargas!

Vargas tenía un periódico y administraba la empresa tipográfica de la Delegación.

—¡Caramba! Pero es que tengo los operarios cabales.

¡Y más que nada, ocurre que pronto vamos a suspender todo trabajo!

Terció el Coronel:

—¡Hombre! Hay que darles cualquier ocupación.

Por hacer algo, el gerente de “G. Saravia, Hijos y Cía.”, nos mandó de aprendices de su sastrería. Y durante toda la primera quincena en Riberalta, comenzamos a mascar driles, cotines, cáñamos playeros, traídos desde el Brasil. Nos hicimos diestros en agujas y dedales, en forros y entretelas; y a la otra quincena, el maestro nos consideraba auxiliares importantes...

Libres de preocupaciones y mejorada notablemente nuestra situación, fue ensanchándose el círculo de nuestras amistades, no precisamente entre el gremio de

los solaperos, sino entre la muchachada de la primera generación criolla; muchachada, no podemos decir que virtuosa, dada la holganza y la comodidad en que vivía, sino más bien disipada, inclinada un tanto a las francachelas con guitarra y a la bohemia de capa arrastrada... Porque mucho mal han hecho en todo el mundo las heroínas del amor —enfermedad. Y esos eran los días en que las niñas se bautizaban con nombres de encantamiento (Lauras, Brunildas, Eloísas...) en tanto que los hombres irónicamente se llamaban Zoilos o Celestinos... Esos eran días de Strauss con *Vino, mujeres y canciones*. Eran los días de Chocano y de Darío, entrecortados por Vargas Vila, vale decir, los días de la verba frondosa, de los lagos azules y las duquesas...

¡Nadie pensaba en el indio, en el pobre indio emplumado o en ese otro del rancho de motacú!

Aunque grata la camaradería y lindas las ribereñas, Nicolás, el guitarrista y el centro de esas tenidas, huía en procura de algo que él mismo no advertía claramente. Por ese tiempo, llegaban los perseguidores del gobierno a raíz de frustradas revoluciones a Arce, Baptista y Fernández Alonso. La sublevación federalista en La Paz, tras de la ley que autorizaba el traslado del gobierno a Sucre (1889) formó una legión de descontentos que voluntariamente emprendieron el exilio. Nicolás conversaba con los soldados desollados y cuchuquis, escuchando de ellos historias fantásticas de fusilamientos y de fugas, las peripecias del largo viaje, la muerte de algunos compañeros y las tristes canciones del quechua. Y al regresar a casa, entrada en el cuarto champurreando un kaluyo.

* * *

Desde el comienzo, fue la Villa de Riberalta un pueblo de vastas proyecciones. La visión de su futuro que se tuvo desde el principio, inclinó al Gobierno a oficializar su radicatoria en ese sitio, y el 3 de febrero de 1894 se estableció la primera Delegación Nacional, presidida por el Dr. Lisímaco Gutiérrez e integrada por otros personajes venido del Altiplano.

Una vasta inmigración europea consolidó sus principios culturales.

El volumen del capital movilizado alrededor de la siringa, era de grandes proporciones e influencias. Los creadores del movimiento gomero en Riberalta, o residían, o estaban representados en el pueblo. Al lado de los pioneros bolivianos como Vaca Díez, Suárez, Salvatierra, Cárdenas, Roca, Mariaca, Velasco, Saravia, Aponte, se nombraban los Brillard, Clausen, Hénike, Winkelmann y muchos otros.

Ya traficaban como exponentes del progreso, pequeños paquebotes y lanchas movidas a motor con sus descomunales ruedas traseras, sus sesenta toneladas y una o dos alvarengas, acopladas a los lados, sin por eso dejar de verse enormes cantidades de batelones y monterías, que traían mercaderías y dejaban goma dejando en circulación dinero a montones para el derroche fastuoso.

Procedente de los ríos inmediatos todos los días eran subidos desde el puerto, grandes cargamentos de siringa a los almacenes o a los patios de las casas. Mismos cargamentos que a su turno bajaban a la aduana para su exportación.

Y, una cosa: aún no se había abierto en Riberalta una escuela pública, sin embargo, ya circulaban periódicos locales escritos por eminentes ciudadanos sembradores de ideas.

Otra vez a Villa Bella

Rafael llegó con una noticia de calibre: le habían hecho saber que una persona comisionada por don Lucio Pérez Velasco traía el propósito de llevarnos a los tres para que nos hiciésemos cargo de la tipografía que acababa de llegar a ese puerto. Y como había prometido contestar esa misma tarde, vino volando a consultarnos.

—¡Pero che, decíle que nos vamos!

(No obstante la respuesta, Nico estaba ya encariñado con Riberalta).

Y una sonora mañana del mes de mayo, fragante a malva y jacarandá, nos ubicamos, casi como patrones, en el camarote de hojas tejidas de una embarcación de mil arrobos.

No podíamos ocultar el gozo de sabernos en el futuro, no ya metidos como un gorgojo entre las bolachas y en aquella vasta feria de todos los humanos apetitos, sino puestos en situación tal, que nos era perfectamente dado seguir los encuentros y desencuentros de todos los colonizadores, desde el ambiente mismo de todos ellos.

El bajar sin gran esfuerzo al impulso de la corriente, la tranquilidad del camino que nos permitía disparar contra

los patos, almorzar aquí o allá y abordar a las *fregueñas* de las barracas, nos hizo —ya desde el comienzo— distinta de antes esa vida en el corazón de Mojos.

Pensamos también en el placer de ver otra vez a Mauro.

Las historias que Rafael nos contaba, llevaban nuestra mente a regiones fabulosas y remotas. En Buen Retiro viendo junto al cerco de los canchones una planta en la que una hoja grande, de venas rosadas, iba siempre unida a otra tierna y pequeñita, nos dijo que nació de la tumba de un indio, que después de vagar y vagar por la selva llevando en brazos el cuerpo de su amada muerta, se enterró vivo con ella... Rafael arrancó un tronquito diciéndonos que para el nativo, eso era considerado como un lazo de amor.

Así, Daniel Añez, joven a cuyo cargo estaba el beleño, se hizo con nosotros cada vez más atento y servicial.

Bajamos en Cachuela y ya no tuvimos que poner el hombro para trasladar la montería. Todo lo ordenó Añez y puestos al otro lado del tumbo, reembarcamos sin mayor inquietud por la marecía que golpeaba la popa.

Ya nos sentíamos en nuestros trechos.

Los cabañales, por ambas márgenes del río, se mostraban empenachadas con el humo del hogar, y desde el fondo del bosque lejano, nos era devuelta por un eco multiplicado, la palabra de nuestro grito. Y desde larga distancia, ya pudimos avistar el caserío con un panorama mucho más atrayente que el que divisamos la primera vez por el turbulento lado del Mamoré.

En dos semanas la imprenta estuvo en condiciones de producir.

Ramas para las planchas, galeras, componedores, regletas, todo lo ordenamos debidamente. No se trataba sólo de trabajos para el comercio sino de sacar un diario que fuera portavoz de los siringueros. Por vía de ensayo, efectuamos la impresión de etiquetas y carteles. Luego se incorporaron al plantel, otros operarios de gran competencia.

Los jefes o patronos se hacían presentes con alguna frecuencia en los talleres, en especial don Abel Reyes Ortiz, a quien se había delegado —como experto— la empresa. Era su flaco sacarse “mentiras”, haciendo sonar la mesa sobre las sillas o sobre un cajón, los nudillos de sus dedos, uno por uno.

Pero pasaban los días y no se hablaba del periódico.

En cierta ocasión nos visitó don Lucio que, como ya hemos dicho, era el propietario de todo eso. Se trataba de un hombre garboso y alto, joven, que siempre que saludaba lo hacía como bien cuadraba a él:

—Oh, mi señor don Rafael, ¿cómo está esa salud?

Rafael, con esa su desenvoltura tan llena, abordó el tema.

—A usted se le deberá uno de los adelantos que ostentará esta región.

—No hago más que responder al espíritu de mis amigos. Y todo obra que puedo realizar en beneficio general, no es sino mi retribución a este pueblo en que me lisonjeo de ser estimado...

—Así es, don Lucio. Por el ejemplo de sus obras, su nombre es pronunciado con orgullo.

—Gracias, amigo, pero usted exagera un poco...

—¿El periódico será comercial y político?

—Comercial y de propaganda nacionalista. Procuraremos transparentar para los hombres de adentro y de arriba, el valor de estas riquezas abandonadas. Nada de política. El ambiente es ajeno a esta preocupación y tal vez por eso es tan unánime y cordial. ¿No le parece?

—Y ¿qué nombre llevará el periódico?

—Yo creo que *El Eco... El Eco del Beni*.

* * *

A fines de junio de 1897 empezó en serio la actividad tipográfica.

La presentación de *El Eco del Beni*, con sus más vistosas galas, debía hacerse el 16 de julio, como contribución de los paceños al festejo que se hacía todo los años.

No eran sino ocho páginas, pero de gran formato, las del periódico. El trabajo se comenzó con singular empeño, no dándonos ningún reposo los tipógrafos, para cumplir con el compromiso contraído con los jefes y que estos a su vez habían contraído con el público.

El Eco del Beni, debía ser entregado la noche del 15 de julio a la medianoche, en circunstancias en que, acabado el banquete, comenzaba el gran sarao.

Nos vimos en duros aprietos, primero, por los menudos accidentes que traía la nerviosidad del patrón, y segundo, por las muchas deficiencias de la prensa e inconvenientes imprevistos.

Las diez de la noche, las once... las doce.

El tiraje de la última página se atrasó porque los rodillos se fundieron. Hubo que poner la tinta a mano, emparejándola con un cepillo. La impresión no era nítida y atrás, los cuatro ojos de don Lucio y las exclamaciones entrecortadas de don Abel, todo lo acabaron por estropear.

El pobre Rafael, literalmente sudaba tinta... en tanto que de la calle, llegaban los acordes de la banda “defendiendo” un chotis del maestro Tavarez.

De balde iban y venían los caballeros almidonados del baile a la imprenta y de la imprenta al baile, en la esperanza de ser unos, primero que otros, los portadores del gran “número”. Al fin —por la madrugada— pudo ser satisfecha la ansiedad general.

Las aclamaciones en los salones del hotel, atronaron el ambiente. Corrió sobre las copas el *Clicquot*, el *Príncipe*

Alexandre y la *Pomery*, que eran las champañas más conocidas de entonces.

Nosotros celebramos el bautizo de nuestro diario, durmiendo como troncos descabezados, después de tres fatigosos días de labor.

Se impuso *El Eco del Beni* hasta en los estados brasileños fronterizos, no tanto por el tanto por el esmero de la presentación que nosotros cuidábamos desvelados, cuanto por la calidad de la información escrita con atildamiento.

De todo se ocupaba el periódico: prevenciones a los industriales, cotizaciones, tráfico, fletes, accidentes, notas de sociedad (con inefable adjetivación) y artículos de fondo y referencia a los acontecimientos del interior en general.

Vida social

Y entramos al periodo de una vida ebria de sí misma.

Los banquetes o comilonas y los bailes, se producían en ocasiones patrióticas o simplemente en acontecimientos familiares. En ambos casos acudía al lugar de la cita, toda la sociedad, compitiendo en elegancias. Los primates de la siringa vestían a sus mujeres con atuendo versallesco: perlas, oro, plumas, encajería. Rasos celestes o verde olivo, y nácar o salmón, según fueran rubias o morenas, alto el corpiño y bien ceñido el corsé. Blondas, encajes de *Chantilly*, joyas, faya granate, para las señoras maduras; las manos un poco tiesas, empedradas de brillantes. Terciopelos, brocado negro, muarés con argenterías para las suegras; abanicos y relojes de oro pendientes.

Muchas bujías en las repisas, rinconeras, lampiones colgantes entre horcón y horcón. Los sirvientes de pantalón blanco a media canilla, “choto”, llevaban y traían las porcelanas; y las sirvientas —cunumis o “peladas” — indias o mestizas, con el cabello suelto y lustroso de cusi, aretes y gargantillas de oro, limpiaban y pulían presurosamente la vajilla.

Algunas fiestas, sobre todo las de cumpleaños, duraban dos y tres días y también una semana. Los anfitriones ofrecían toda comodidad a los invitados que se daban a ruidosos esparcimientos, ordenándose a la servidumbre que incluso atendiera a los curiosos y transeúntes de la calle. Así, los benianos, se instalaba en los portones, fuentes con picana, carne al horno embutida de huevos y uvas pasas, y grandes cántaros de chicha para que todo el que atinara a pasar comiera y bebiera a su antojo. Pasada la noche del sarao y avanzado ya el día siguiente, a las ocho o nueve de la mañana, se despedía la banda y se llamaba la orquesta de aficionados, compuesta siempre de flautas y violines, intercalándose números de guitarra y canto.

Música nocturna con bordoneo de responso. Cantos tristes, evocadores de bienes lejanos o perdidos: premonición de la tragedia inevitable...

Como en toda sociedad, entre los pinganillos y pisaverdes de las casas pudientes, había el grupo de los bohemios y soñadores. Máxime en este tiempo en que —a pesar del torrente de esterlinas que producían los gomales — hablaba de un modo lírico la aristocracia del espíritu.

Lisandro Guzmán Rosell —el de mayor edad — la frente pálida, alto el jopo y los largos cabellos ensortijados, era el poeta y conferencista del círculo; seguido Rafael, de palabra cabrilleante y festiva, hacía las delicias de la tertulia; René Rodríguez, con sus camisas de cuello abierto sobre el ancho tórax, declamaba y pronunciaba discursos en los aniversarios patrios y se lo reputaba como a la mejor figura de nuestro teatro; Nicolás, en todo comedido, lo mismo era el trovador

de las serenatas que el bardo inspirado de las postales de natalicio. Se daba a pasto en todas las juergas. Que sabía bien que los señorones de las agencias de exportación, más que el verso en el sentido de la belleza marfilina, gustaban de la orquestación verbal, y así no se mezquinaba ni mucho ni poco, dando vuelo al trombón declamatorio.

Severino Vásquez, los Mejía, Céspedes, Mendoza y otros muchos, integraban el grupo. El grupo de las amanecidas...

Hubo —claro está— la idea de formar un cenáculo serio pero todo se resolvía en parrandas para, a la semana siguiente, arrepentidos, libres del marasmo delicuecente, empezar de nuevo.

Estas andanzas eran las que mejor barajaban la monotonía diaria. Había animadores apasionados como el Dr. Arano Peredo, que recordaba tal vez sus propias inclinaciones juveniles.

Los escenarios para la representación teatral, eran todos de nuestra creación. Los papeles escritos a mano, eran distribuidos y ensayados en verdaderas sesiones con santo y seña.

Las muchachas jóvenes, regateaban su concurso, pero se dio un caso singularísimo de la inteligencia del pueblo: una joven llamada Manuela Melgar, era analfabeta como todos las jóvenes de su condición pero vivaracha y desenvuelta. Se aprendía de oído largos papeles —tan largos como eran entonces las parrafadas del teatro— y se presentaba como una heroína, ansiosa de laudes, disputando a Rodríguez los aplausos y los regalos del público entusiasta.

* * *

La revuelta iniciada en La Paz el 12 de diciembre del 98 y concluida con la victoria del Segundo Crucero, hizo sensación a ser conocida —meses después— en Villa Bella. No obstante la fiebre por la especulación económica de todas esas gentes, aparecieron los liberales que no sólo eran la mayoría, sino que también eran los más calificados elementos. Se trajeron simpatías y con grandes regocijos organizaron formalmente el Partido. A este entusiasmo contribuyó no poco, el haberse sabido que don Lucio había tomado parte activa en las barricadas, en calidad de coronel y caudillo.

* * *

La ley del 19 de enero de 1900, creó la provincia de Vaca Díez. Señalándole como capital a Riberalta. Conjuntamente fue establecida la segunda sección municipal de Villa Bella, que no tardó en organizar su Junta en una elección popular tranquila.

Inmediatamente entró en prosperidad la flamante institución, pues supo usufructuar el estado bonancible de la época. La acción edilicia fue efectiva. Se crearon por primera vez las escuelas y se echaron las bases para establecer un servicio sanitario. Casi de inmediato, se levantó el edificio de la Comuna, como un ejemplo del nuevo espíritu público.

Oro y sangre

Como ya hemos visto, frente a frente con nuestro puerto de Villa Bella, aunque un poco más abajo, sobre la orilla oriental del Mamoré, se perfilaban las casas de *Villa Murtinho*, naciente población brasileña, naciente población brasileña regida por una autoridad que llevaba el nombre de Agente Fiscal. Era un cargo semejante al de Alcalde de Campo, en la organización política boliviana, aunque con facultades policíarias y sobre todo, con mejores recursos económicos.

Los pocos vecinos del *Murtinho*, cubrían sus necesidades con el comercio fronterizo, pues aún no se había terminado de explotar su rica tierra litoral. Sólo estaban habilitadas pequeñas estradas gomeras y los colonos más se daban a la caza que la pesca que a la pica. Abundaba en sus aguas mucho pescado, especialmente aquel de la familia de los gádidos, del que se saca grasa medicinal.

En cierta ocasión el Agente Fiscal, llamado Lorenzo de Oliveira —hombre elemental, alma de chonta, oscura montaraz— exagerando sus derechos, dispuso que toda embarcación que arribaba a *Santo Antaon* (San Antonio) debía encostar en su puerto para recabar una visación.

Los comandantes no tenían inconveniente de cumplir esta orden, máxime si eran tan cordiales las relaciones con el país vecino. De paso, se tenía noticia de que el tal Oliveira, era un maniático insoportable que más valía tenerlo satisfecho así con tan poco esfuerzo.

Eso sin embargo, no duró.

Viniendo don Miguel Antonio Chávez en uno de sus muchos viajes, hartó retrasado y sobre eso enfermo resolvió pasar de largo por *Murtinho* en la intención de explicar posteriormente su conducta al agente Sr. Oliveira. Como que así lo hizo. Y fue para su mal.

En un próximo viaje, llegó a su puerto y se encaminó a la Fiscalía sin sospechar que un ánimo de la autoridad, había fermentado abundantemente su “desobediencia”. Fue apresado y encadenado sin ningún miramiento, aún a sabiendas de que este buen señor era uno de los vecinos representativos de Villa Bella y un hombre de muchas vinculaciones desde Santa Cruz.

Naturalmente se hizo alarma.

Nuestra autoridad y todos los viajeros propios y extraños, intercedieron. Incluso se movilizó el propio Cónsul brasileño, Soares da Rocha, ordenando la libertad de ese pacífico ciudadano tan injustamente vejado. Pero nada consiguió.

Oliveira —rostro curtido, de ancha mandíbula— padecía la ceguera de un tenebroso despecho por la prosperidad regional de nuestra tierra.

A los dos días, los habitantes de Villa Bella, se reunieron espontáneamente, para deliberar sobre la forma de salvar tan ingrata situación. Los más exaltados no encontraban medio mejor que el rescate de hecho, violento e inmediato, temperamento que apoyaba la mayoría. Pero la palabra de algunos hombres reposados, contenía el desborde. Don Gerardo Velasco, creía en los medios conciliatorios ya que —decía— se había dado al funcionario tiempo suficiente para reflexionar.

El Cónsul brasileño, también estaba sofocado, no sin condenar abiertamente el exabrupto de Oliveira.

Al final, el pueblo enceguecido se desbocó con Mauro Hurtado Justiniano a la cabeza; con ese Mauro impaciente, ansioso de romper bretes, eternamente de pie contra todo oscuro impulso de prepotencia y de barbarie.

Catorce hombres decididos ocuparon una chalupa, en tanto quedaban en el puerto otros sesenta que

hubiesen también querido ir sobre el Fiscal. En *Murtinho*, se notaba movimiento, tal vez en prevención contra los expedicionarios.

Conviene dejar constancia de que los mejores vecinos de la banda del Brasil, estaban disconformes con los atropellos —este no era el primero— del “Lorenzote”, como le llamaban.

Ante la expectativa general, la piragua tocó tierra sin ninguna novedad. Los hombres avanzaron casi sin precaución, en la creencia de que —con su sola presencia

— si liquidaría en bien este asunto. Ni siquiera llevaban un plan preconcebido, por si ocurriera lo contrario.

Mauro ingresó al corredor de la fiscalía, llamó a la puerta, penetró en el despacho y, desconcertado de no hallar a nadie, quiso buscar a la gente por fuera. Mas, aún no había dado para salir, cuando de entre la armazón de palos que servía de cama de Oliveira, salió un alevoso disparo de Mauser que se le incrustó en el pecho. Cayó de bruces contra una mesa. Hubo desconcierto tanto entre los brasileños cuyo jefe escapó a la selva, como entre los incursores azorados, ante lo que jamás hubiesen creído. Pero reaccionaron estos últimos, disparando contra el bosque, en tanto que otros quitaban de los pies y de las manos, los hierros que sujetaban al pobre don Miguel Antonio.

Era ya casi de noche cuando los expedicionarios, pusieron pie de vuelta. El sol, caído, rociaba el poniente de oro y sangre... Los dioses del Monte, asistían en cortejo al entierro del último ensueño de aquel siringuero. Ensueño fabuloso y andante. Andante y fabuloso como las basílicas de pedrería que lucía el cielo...

Luego se hizo de noche. Una noche siniestra y apretada...

El filibustero

Al par que en los puertos bolivianos crecían cuantiosas fortunas en instalaciones, vehículos de transporte y enorme cantidad de productos acumulados, listos para el embarque, por la otra orilla se movía con sigilo el pie descalzo y la faca de la piratería.

Había de reeditarse en la selva, a los dos siglos, la vieja fricción hispano —portuguesa.

Puerto Alonso, fundado el 2 de enero de 1899, no contaba con ninguna fuerza ni civil ni militar, que fuese una garantía para la soberanía nacional y menos contaba con recursos para la más mínima resistencia en caso de una agresión que parecía inminente.

Sublevados los brasileños y una cantidad de mercenarios que eran los más desalmados, obtuvieron a muy poco costo la rendición de la pequeña plaza.

Lejos de nosotros, el pretender historiar los sucesos de la campaña del Acre —todavía desconocidos, con todo lo que se ha escrito — aquí nos limitamos a su recuperación microcósmica en los puertos y las barracas.

Los primeros que pensaron en la reivindicación y en la defensa del solar patrio, por pensar en la reivindicación y

defensa de sus propios intereses, fueron los patronos y el personal que con ellos trabajaba. El siringuero en su senda, era el verdadero dueño y señor de esas riquezas, por ser el hombre sin segundo en las luchas contra los misterios y las inclemencias del monte. No concebía pues, que hubiese alguien sobre la tierra que pretendiese despojarlo de su propiedad. Propiedad secular, si él era camba, como lo eran lo más.

Tras la noticia del asalto, que cundió en todo el territorio del Beni y de colonias, los *fregueses* comenzaron a meter baqueta y engrasar los dos cañones de sus arcabuces.

— “¡Al primer negro que pille, lo bandeo!”

Y recién cuando los partes oficiales, tramontando los Andes llegaron a la sede del gobierno —cerca de cuatro meses adelante — bajaron desde las quietas cumbres, a esta zona dinámica, tan llena de vaivenes y de furias, humanas y cósmicas, tropas regulares con bayoneta, mochila y quepí.

Es historia aparte la de estos seres inmolados por sendas borrascosas dentro de las cuales fracasaban por la acción del clima. Interminable sería referirse a su ominoso desamparo material.

El primer delegado del gobierno que llegó a la región acreana, fue don Andrés S. Muñoz. En Villa Bella organizó la Junta Pro —defensa, cuya primera diligencia fue la de colocar un empréstito voluntario, suscrito por importadores y exportadores, bajo la garantía de vales de aduana descontables en sucesivas operaciones.

En el transcurso del primer año de este siglo, sucedió a Muñoz, don Lucio Pérez Velasco, ya Vicepresidente de la República, a quien acompañaban un lúcido Estado Mayor. Su gestión fue provechosa, dejando establecida la Guardia Nacional, que agrupaba en su seno a todos los hombres aptos, entre los 18 y los 60 años; al mismo tiempo concretó un modo operativo, para la aplicación de esta fuerza.

El tráfico por el Madera, ya estaba entorpecido. Y con la incorporación a las filas de los personales que llegaban del Sur, el comercio por el Mamoré y el Iténez se vio casi paralizado.

Por lo que a nosotros respecta, fracasada tiempo atrás la empresa de *El Eco*, desahuciados en nuestro trabajo, trasladada a Trinidad la tipografía en donde después prestó más amplios servicios, no tuvimos ningún inconveniente en alistarnos con las tropas irregulares de la Guardia. Sobre todo, siguiendo a Rafael Araúz, una vez muerto Mauro.

En tanto, los sucesos del Acre tomaban proporciones de peligro y la masacre parecía cernirse con inminencia fatídica.

Aumentadas considerablemente las huestes filibusteras, no pudo ya negar su intervención el gobernador estadual de Manaos, que apoyó sus pasos en la actitud del *Barón do Rio Branco*. Y en la entraña americana abortó la disolución de un presente; de un presente en suspenso todavía, sin esperanza —hasta hoy— de un porvenir, que debiera ya llegar...

Un pelotón de soldados de línea nos entrenaba en el ocioso ejercicio de las marchas y contra —marchas, entre estentóreas voces de “carrera” y “tenderse”, bajo soles abrazadores y entre nubes de mosquitos. Recorrimos al trote pampas y caminos. En cuarenta días, de las campiñas de voluntarios de Villa Bella, sólo unos cuantos hombres estaban en pie.

Presas del sopor de la malaria, Nicolás expiró oscuramente.

En tanto a nosotros nos salvaba la naturaleza, por milagro.

Rafael, desesperado, como un autómata, tomó el camino del centinela Paredes, el camino del sacrificio.

Mediaba el año 2, cuando llegó con su habitual cargamento de víveres, desde Baures, don Carmelo López, con sesenta mozos. Los sesenta fueron incorporados a la Guardia Nacional. Mas como las tropas combatientes allá en el Norte, sobre los males del trópico también morían de hambre, se dio la orden de que todos los tripulantes volviessen a sus batelones para formar columnas de abastecimientos. Y los mozos de don Carmelo, como los de otros viajeros, fueron dados de baja. Y con ellos, desgarbados en la idea de tornar a Santa Cruz, vacilantes aún por la fiebre, huérfanos de todo afecto, de todo apoyo, hicimos el rumbo de regreso.

Glosario

Acopaibado: También se dice “atintilado”: Tonto, atolondrado, bellaco, opa.

Aguahí: Árbol de fruto aguanoso que se come cocido, ya sea en las brazas o pasado por agua hirviendo.

Ambaiba: Hay la llamada “real” que es apta para comer, y la silvestre. El fruto cuelga en pencas como manos de dedos largos y sarmentosos.

Araonas: Nombre de una tribu aguerrida de la región amazónica boliviana.

Anta: Tapir. (*Tapirus Americanus*).

Aribibi: Arbusto que da un ají pequeño, salvaje y fuerte.

Aña: Diablo, espíritu del mal.

Batelón: Bote, embarcación.

Balsamino: Liana que crece abundantemente. Su hoja sirve para infusiones que curan el paludismo y su tallo, lavado y seco, se emplea para hacer colchones.

Barcino: Sucio, en varetas. Color de algunos perros atigrados.

Bejuco: Liana. Especialmente empleada en amarrar cercos y hacer casas.

Borocho: *Canis rufus*. Carnívoro semejante al zorro.

Buyón: Hornillo semisubterráneo en que se fumiga la goma.

Bufo: Delfín o marsopla. (*Inia bolivianis*).

Carayana: Nombre que dan al blanco indígenas de tierras bajas.

Cacharpaya: Despedida.

Cacha: Baúl grande de fina madera en que se guarda la ropa.

Caneco: Vaso para beber agua. Se fabrica de guayacán.

Cayu: Árbol de fruta ácida que tiene la peculiaridad de su apéndice, que posee cáustico venenoso.

Casuarina: Árbol delgado y alto como el pino.

Capiguara: O capibara, roedor anfibio. Su carne es comestible y su grasa sirve de emulsión, como la del caimán.

Cunumi: Niño indígena puesto en servicio doméstico. Por regla general, se llama así a los hijos de los sirvientes.

Curucusí: Luciérnaga. (*Lampirus noctíluca*).

Curupau: Madera que se usa en las construcciones a la intemperie (corrales) y que dura mucho.

Cusi: Palmera de fruto comestible del que se saca aceite y cuyas hojas se emplean en construcción.

Cupesí: Algarrobo. Árbol espinoso. Da una vaina amarilla que sirve para hacer chicha.

Cuchi: Quebracho.

Cuyabo: Ave nocturna que vuela tras de los viajeros.

Curupirá: En la mitología indígena, es el dios tutelar de la selva que la defiende de los que cortan sus árboles o los destruyen en las quemadas.

Cuchuqui: Desaliñado, sucio.

Chancaca: Pan de azúcar que se saca de la miel. También se le llama “empanizado”.

Charuto: Cigarro del tabaco negro, envuelto en hojas finas de maíz o chala.

Chalupa: Piragua. Pequeña embarcación muy liviana, para viajes rápidos.

Checheveco: Nombre de una clase de bailarines, entre los itonamas, indios del pueblo de Magdalena.

Chiñi: Ave nocturna de grito estridente, de la familia de la lechuza, pero más pequeña y colorida.

Chori: Nombre que se da los indios salvajes. En lengua guaraya, significa extranjero, bárbaro.

Chivé: Harina que se obtiene de la mandioca.

Chuchio: Caña frágil usada en las paredes, esterados para techos de teja, etc.

Chaisita: Nombre de palomas muy pequeñas.

Chirapa: Prenda de vestir, gastada y vieja.

Chimori: Nombre que se da a los aborígenes de la provincia de Velasco de Santa Cruz.

Chotota: Hormigas grandes que se alimentan especialmente de azúcar.

Chuturubí: Avispa venenosa muy grande.

Chulupi: Cucaracha.

Churuno: Como el “tari”, se hace de calabazas grandes abiertas por el lado estrecho. Se usa para portar agua o guardar miel.

Fyanca: Movimiento de los laceadores por el cual sujetan las reses al huir.

Fregués: Trabajador de las estradas gomeras o de las faenas agrícolas.

Gorgojo: Zancuda, llamada Urutaú por los guaraníes.

Guaporé: Nombre indígena del río Iténez.

Guayacán: Palo santo. Madera fina de la que se fabrican útiles domésticos, con especialidad vasos o canecos.

Guapamó: (*Salacia elliptica*) Fruta comestible.

Guapurú: Fruta de color negro brillante que se da pegada a las varas del arbusto. Su fruta es blanca y dulce.

Guayabo: Árbol mirtáceo de la América tropical, de hasta 6 metros de altura, con tronco torcido y ramoso, hojas puntiagudas, ásperas y gruesas y flores blancas y olorosas, cuyo fruto es la guayaba.

Guaroyane: Nombre de bailarín de una danza indígena típica de la región de Magdalena, en el Beni.

Guaraca: Pava silvestre.

Hurina: Gacela.

Isopo: Planta acuática de hoja redonda y pulposa utilizada para engordar el ganado.

Itaúba: Madera aplicable a la ebanistería y a la construcción.

Jaúsi: Reptil similar a la lagartija.

Jacaré: Saurio, caimán.

Japutamo: Parásito que ocasiona filarfa.

Jasaye: Canasto cerrado hecho de hoja de cusí.

Jarajorechi: Planta ornamental similar al lirio de raíz tuberosa y flores grandes color rojo y blanco.

Jenecherú: Palabra guaraní que significa “el fuego que nunca se apaga”. Designa a un tipo de madera cuyo fuego no se apaga.

Jorebaré: Hormiga colorada.

Joco: Zapallo silvestre.

Jochi: Roedor salvaje menor que la capiguara.

Jumbarayú: Excremento de las gallinas.

Lopopo: Hinchazón del párpado.

Lúcuma: Árbol corpulento. Da una fruta del tamaño del mango, amarilla y aromática.

Maúri: Pájaro negro, insectívoro que vive en los barbechos.

Manechi: Mono Aullador. (*Alouatta sara*).

Mapajo: Planta textil que ofrece una hebra finísima.

Matico: Pájaro de colores, amarillo y negro.

Machadiño: Hacha de los sirigueros.

Marayaú: Palmera acuática.

Motojobobo: Planta rastrera que produce un fruto amarillo utilizado para hacer dulces en conserva.

Motacú: (*Scheelea princeps*) Especie de palmera que habita en la cuenca amazónica y de la cual se obtiene el palmito.

Montería: Embarcación intermedia entre la chalupa y el batelón.

Mutum: Pavo silvestre de pluma negra tornasolada.

Nichoro: Bailarín típico de Baures, en el Beni.

Omoro: Nombre de bailarín entre los Itonamas.

Pachiuba: Tipo de madera empleada en la fabricación de útiles domésticos.

Pacumuto: Asador de madera, excelente para asar monos y pavas.

Paduca: Padre en lengua itonama.

Patujú: (*Heliconia rostrata*) Planta tropical cuya flor es símbolo patrio nacional.

Pelotas: Balsa hecha con cuero de vacuno.

Peta: Tortuga.

Posetacú: Hormiguero formado en la rama de los árboles.

Pitaí: Erupción cutánea producida por el calor.

Pitajaya: Fruto de color amarillo, hueco por dentro con semilla negra y abundante pulpa.

Pirapitinga: Piraña.

Portabalayo: Cajón grande en que se guardan las provisiones para viajes largos.

Pujosó: Se dice de las cosas que con la humedad crían una capa musgosa blanca.

Punilla: Extremo descubierto de paredes en una casa de campo.

Quitachiyú: Árbol acuático de fruto pequeño, redondo, blanco y agradable.

Quirichi: Verruga.

Sapirá: Hinchazón purulenta.

Sapicuá: Bolsa engomada que usan los siringueros para recoger la leche, en lugar del balde o la lata.

Sinini: Anonáceo similar a la chirimoya.

Singa: Vara para impulsar embarcaciones.

Sicurí: Boa.

Sirionó: Pueblo indígena que habita en los bosques de las tierras bajas de Bolivia, al sur de Beni y al noroccidente de Santa Cruz.

Sirari: Semilla vistosa pintada de rojo y negro.

Somó: Chicha de maíz.

Sucha: Ave de rapiña.

Sumaqui: Árbol similar al curupaú.

Taropé: Planta acuática de la familia de las Ninféáceas, especie de nenúfar de hojas grandes.

Tari: Utensilio hecho del fruto de la calabaza con una pequeña abertura que le sirve de boca.

Taruma: Árbol grande de la orilla de los ríos. Da un fruto como la aceituna pero dulce.

Tapera: Casa vieja y abandonada.

Tapeque: Avío o provisiones del viajero.

Tapiti: (*Sylvilagus brasiliensis*) Conejo de tamaño medio.

Tajibo: Lapacho.

Tacuara: Bambú sólido y fuerte empleado en la construcción.

Tambaqui: Pez de gran tamaño similar al atún de cuya carne se hace charque.

Tacú: Mortero hecho de troncos excavados.

Trasao: Machete.

Tracaya: Tortuga.

Tichela: Vaso de hojalata en que se recibe el latex de la goma.

Tiluchi: Hornero.

Tipoy: Túnica larga, generalmente de lienzo o algodón, con escote cuadrado y mangas muy cortas.

Toborochoi: Palo Borracho. Árbol de la familia de las Bombáceas, del que existen dos especies principales, caracterizadas por el color de sus corolas: amarillo y rosado.

Turiro: Termita.

Tupa: Dios supremo en la mitología indígena amazónica. Genio del bien y del mal.

Uchulo: Baile de los itonamas.

Urucú: Árbol de la familia de las Bixáceas, de poca altura, con hojas alternas, aovadas y de largos pecíolos, flores rojas y olorosas, y fruto oval y carnoso que encierra muchas semillas. Pasta tintórea que se prepara con esta semilla.

Yomomo: Lugar pantanoso en que crece una capa vegetal que simula ser tierra firme.